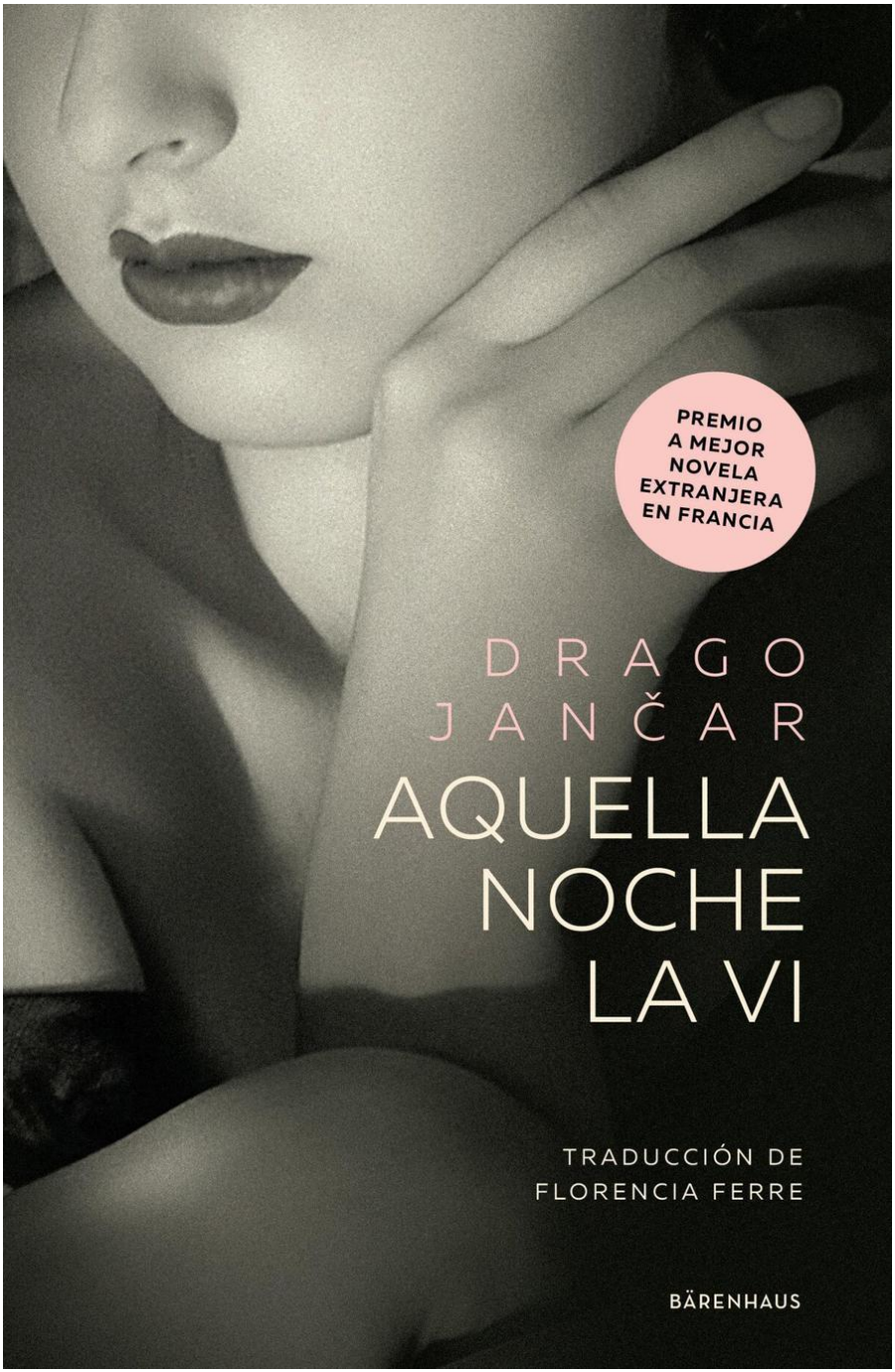
PREMIO A MEJOR NOVELA EXTRANJERA EN FRANCIA
DRAGO JANČAR
AQUELLA NOCHE LA VI
TRADUCCIÓN DE FLORENCIA FERRE
BÄRENHAUS

DRAGO
JANČAR

AQUELLA NOCHE LA VI

TRADUCCIÓN DE
FLORENCIA FERRE

BÄRENHAUS

Jančar, Drago
Aquella noche la vi / Drago Jančar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Bärenhaus, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: María Florencia Ferre.
ISBN 978-987-4109-56-9

1. Narrativa Eslovena. I. Ferre, María Florencia, trad. II. Título.
CDD 891.84

Publicado con el apoyo de Trubar Foundation, Eslovenia. La traducción fue subsidiada por Slovenian Book Agency, Eslovenia.

JAK JAVNA AGENCIJA ZA KNJIGO RS

Título original: To noč sem jo videl
Primera edición en esloveno: © 2011, Modrijan, Eslovenia.
Corrección de textos: Mónica Costa

© 2019, de la presente edición en español:
Editorial Bärenhaus S.R.L.
Publicado bajo el sello Bärenhaus
Quevedo 4014 (C1419BZL), Buenos Aires, Argentina
www.editorialbarenhaus.com

Diseño de cubierta e interior:
Departamento de arte de Editorial Bärenhaus S.R.L.
Todos los derechos reservados
ISBN 978-987-4109-56-9

1º edición: mayo de 2019
1º edición digital:septiembre de 2019

Conversión a formato digital: Libresque

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Sobre este libro

Aquella noche la vi es la novena novela de Drago Jančar, y tiene su origen en la historia real de una aristocrática pareja de Liubliana, el matrimonio Hribar, y en la trágica suerte que corrieron en enero de 1944.

La historia se centra en la joven Veronika, rubia excéntrica, educada, y cuya misteriosa desaparición agita los recuerdos de cinco personas directamente ligadas a su círculo íntimo.

El amante, un oficial del ejército real yugoeslavo, que recuerda su naturaleza indomable y caprichosa; su madre anciana, que rememora los extraños sucesos inmediatamente previos a la desaparición de su hija; un médico alemán, que trata de deshacerse de toda responsabilidad; la devota ama de llaves, que alaba la generosidad de su señora; y un partisano celoso, que desea desaparecer del lugar de los hechos.

Todos, regidos por una frase en común: “Aquella noche la vi”, reviven retrospectivamente escenas particulares, a partir de las cuales se desgrana y rearma la imagen de Veronika, y de su infortunado destino.

Sobre Drago Jančar

Drago Jančar es novelista, cuentista, dramaturgo y ensayista, y uno de los escritores eslovenos contemporáneos más traducidos y premiados. En Eslovenia recibió el premio Prešeren y en tres oportunidades el premio Kresnik; además, recibió los premios europeos Herder (2002), el premio ACEL (Association Capitale Européenne des Littératures), el premio Hemingway en Italia y el premio al mejor libro extranjero en Francia por la novela To noč sem jo videl, Aquella noche la vi. Entre sus novelas más célebres se destacan Galjot (El galeote) (1978), Katarina, pav in jezuit (Caterina, el pavo y el jesuita) (1998), y Zumbidos en la cabeza (2000), traducida al español.

Índice

Cubierta
Portada
Créditos
Sobre este libro
Sobre Drago Jančar
Epígrafe
1
2
3
4
5

Nuestras historias inventadas, hechas de realidad...
H. C. Andersen

1

Anoche la vi como si estuviera viva. Venía por el corredor de la barraca, entre las literas donde mis compañeros dormían con pesados estertores. Se detuvo ante mi cama, y se quedó algún tiempo mirándome pensativa, un tanto ausente, como cuando entonces, cuando no podía dormir y deambulaba por nuestro departamento de Maribor; se paró junto a la ventana, se sentó en la cama y volvió a ir hacia la ventana. ¿Qué pasa, Stevo? dijo, ¿vos tampoco podés dormir?

Su voz era baja, profunda, casi masculina, y un tanto retraída, ausente como su mirada. Me asombró reconocerla, era tan propia de ella, tan su voz, esa voz que se había perdido a lo lejos con los años. Yo podía traer a mi memoria su imagen en todo momento; sus ojos, su pelo, su boca; sí, también su cuerpo estaba como ante mis ojos, su cuerpo que tantas veces había estado tendido sin aliento junto a mí; pero su voz... no podía oír su voz. De una persona a quien no has visto en mucho tiempo, lo primero que desaparece es la voz; el sonido, su color y su fuerza. Y no la había visto en mucho tiempo... ¿cuánto?, pensé. Al menos siete años. Tuve un escalofrío. Aunque era la última noche de mayo y la primavera llegaba a su fin —la terrible primavera del 45—, y aunque se acercaba el verano y afuera hacía calor, y en la barraca había un aire asfixiante por los cuerpos de los hombres respirando y transpirando, ante ese pensamiento sentí escalofríos. Siete años. Čez dolgih sedem let... después de siete largos años, solía cantar Veronika, ay, Veronika mía, después de siete largos años nos vamos a volver a ver; cantaba aquella canción popular eslovena que tanto le gustaba, cuando la nostalgia le teñía la mirada de ausencia, esa mirada como la que tenía ahora mismo, sólo el dios de los cielos sabe qué pasará después de siete largos años. Quise decirle qué bueno que viniste, aunque sea después de siete años; Vranac sigue conmigo, si quieres verlo, quise decirle, está ahí en el picadero, junto con los otros caballos de los oficiales, está bien, puede correr por el campo, no necesita estar en la caballeriza, está en buena compañía, aunque extraña tu mano... tanto como yo, quise decirle, pero la voz se me anudó en la garganta, en lugar de las palabras que quería pronunciar, salió un gorgoteo ahogado de mi boca. Pensé que vivías en una mansión de un castillo al pie de las montañas eslovenas, quise decirle, ¿salís a veces a montar por los alrededores? Extendí la mano para tocar su pelo, pero ella se apartó; ahora ya me voy, Stevo, dijo, sabés que no puedo quedarme.

Sabía que no podía quedarse, como no pudo quedarse siete años atrás, cuando se fue para siempre de nuestro apartamento en Maribor;

si no había podido quedarse allá, cómo podría quedarse aquí, en la barraca del campo de prisioneros, entre oficiales dormidos del ejército del rey, sobre los que vela, colgada en la puerta, una fotografía del joven rey en uniforme de teniente de la guardia real, con una mano apoyada en el sable; es la fotografía de un rey sin reino entre sus hombres leales, que se han quedado sin patria. En ese momento relinchó un caballo, habría jurado que era Vranac; tal vez, antes de irse para siempre, ella lo había visitado también a él, o tal vez había relinchado de alegría cuando sintió su presencia; acaso, como siempre entonces, le haya puesto su mano en los ollares y haya dicho, Vranac, ahora te voy a ensillar.

Esto ocurrió por la noche, ahora es de mañana y los soldados a lo largo y a lo ancho del campo se reúnen para el saludo matutino a la bandera; nosotros, un ejército sin armas, seguimos izando la bandera cada mañana; los soldados ingleses se pasean por la entrada y observan el hormigueo matutino del ejército real despojado de sus armas, que llega desde las tiendas; de los oficiales, que están alojados en barracas, y siguen preparados para devolver el golpe por las llanuras eslovenas hacia el interior, en los bosques bosnios donde, según los informes que recibimos, se fortalece la guerra de guerrillas contra el poder comunista. Pero yo miro mi cara en el espejo y sé que no hay nada más, ni Veronika ni rey ni Yugoslavia; el mundo se ha hecho añicos como este espejo roto desde el que me miran fragmentos de mi cara sin afeitar. No tengo voluntad para enjabonarme y afeitarme y ajustarme el cinturón y acicalarme e ir al sitio de reunión; miro este rostro, sobre el que anoche se inclinó Veronika, y me pregunto si habrá podido reconocerme. Me pregunto si éste aún soy yo, Stevan Radovanović, mayor, comandante del escuadrón de caballería de la primera brigada, aquel otrora capitán en la división del Drava, a quien su mujer abandonó en Maribor y de quien todos sus soldados se burlaron a sus espaldas. Ahora nadie se burla de él, nadie se burla de nadie, porque nadie tiene ganas de reírse; ahora todos son un poco dignos de compasión, un ejército castigado, expulsado de su patria por salvajes comunistas ignorantes de las armas y la táctica, acaso será éste aún mi rostro, estos ojos, esta nariz, estas mejillas surcadas por los quiebres del espejo roto que cuelga de la pared sobre el lavatorio en la barraca. Estas ojeras de noches sin dormir, que parecen magullones, los mechones grises en las sienes, los labios partidos y el hueco negro en la hilera de dientes amarillos. Ese hueco supo tener un diente, apenas hace un mes; entonces un proyectil de mortero disparado en las montañas sobre Idrija alcanzó la pared de la casa de campo y un fragmento de piedra o de hierro me cayó justo en la boca; en el mismo momento estaba sangrando, pero cuando volví en mí y me limpié la sangre, resultó que gracias a Dios me faltaba sólo

un incisivo, pero los labios estaban en jirones, ahora sólo están partidos, y sólo me falta el diente que se quedó cerca de la frontera con Italia, hacia donde nos retirábamos para reagruparnos —como se decía—, y volver a atacar —como se decía—, pero después nos entregamos más temprano que tarde al llegar a Palmanova. Nos entregamos, qué íbamos hacer, a pesar de que se decía que los ingleses eran nuestros aliados y que juntos íbamos a atacar a los comunistas. Durante algunos días tuvimos nuestras armas; luego nos llegó la orden de entregarnos, es decir, de permitir el oprobio de que los soldados ingleses nos desarmaran; en señal de honor, a los oficiales nos dejaron los revólveres sin municiones, y hace unos días también se los llevaron, nos llevaron este último símbolo de dignidad, ya no somos un ejército, es el final, finis del Reino de Yugoslavia, el fin del mundo.

Hace siete años, cuando Veronika se fue de Maribor, pensé por primera vez que para mí ése era el fin del mundo. Pero ahora veo que ése era apenas un pequeño dolor personal, la vida siguió su curso y el ejército al que pertenecía en cuerpo y alma seguía estando ahí, su orden y disciplina, su famosa artillería y caballería, su infantería, todas las generaciones envueltas en la gloria de las batallas de Kolubara y de Cer, éramos los continuadores y herederos de la victoria serbia, una de las mayores victorias de la historia de Europa; los oficiales éramos respetados y apreciados, el mundo aún estaba entero y la vida tenía sentido, aun cuando Veronika hubiera partido. El cuartel, las maniobras... cumplir con las obligaciones es en sí mismo un modo de solapar la tristeza personal; el sentido del honor y de la defensa de la patria dan la sensación de ser una gran misión, y la pérdida personal tiene que subordinarse a ella. Debo decir que yo era un oficial modelo; en la academia aprobé los exámenes generales y especiales con sobresaliente, en todas las maniobras —que aquellos años eran cada vez más frecuentes—, mi unidad se ganaba todos los elogios.

En la primavera del año 37 trasladaron mi escuadrón de caballería de Niš a Liubliana. Según pude entender, se trataba de una maniobra táctica de fortalecimiento de la división del Drava, que por los sucesos políticos en Alemania se había vuelto el núcleo de defensa principal de las fronteras norte y oeste del reino. Como en otros lugares, también ahí me encontré a gusto. La vida del soldado no son las ciudades en las que debe vivir transitoriamente, sino el cuartel, la pista, el ejército; mi vida era el ejército y eran... los caballos. Debo decir que era el mejor jinete de la unidad que comandaba. No da lo mismo que el comandante dé órdenes desde una oficina o desde algún vehículo de terreno durante las maniobras... un comandante que monta al frente de su unidad es algo completamente distinto. Exigía de mis soldados lo que al fin y al cabo exigía de mí mismo:

entrenamiento sin pausa en la pista, agilidad, destreza, cuidado de los caballos, pulcritud, agua fresca; la rasqueta en la mano era para mí tan importante como el sable, que hay que saber desenvainar cabalgando al ataque, o como la carabina al hombro, a la que hay que saber descalzar y sacar el seguro incluso al galope. La caballería es la estirpe más noble del ejército. La caballería escupe sobre la infantería, decía el mayor Ilić cuando estaba de buen humor. Y cuando estaba de buen humor y decía que la caballería escupía sobre la infantería, siempre había alguno que agregaba: también puede mear... Estábamos de buen humor, éramos orgullosos como los ulanos polacos, la caballería ligera más valerosa que ha conocido el mundo. Además, me gustaban los caballos; la primera vez que monté tenía siete años, mi padre era comerciante de caballos; yo los cuidaba y conversaba con ellos desde la infancia; no por casualidad fui a parar a la caballería. Y una vez en la caballería, si hoy lo pienso, seguramente tampoco por casualidad terminé en Liubliana.

Ahí conocí a Veronika.

Llegué a ella por... por su esposo. Y a él por mi comandante, el mayor Ilić. Recuerdo con precisión aquella mañana de verano: hacía calor, yo supervisaba la práctica de giro en el lugar en la pista con la camisa arremangada. Luego dejé que los reclutas cabalgaran en círculos y en los últimos minutos soltaran las riendas hacia la caballeriza. Y ahora, dije, laven con agua limpia las partes sudadas del lomo, en especial bajo la montura. Después rasquetéenlos, ¿está claro? Jamás olvidaba ordenarles eso; sabía que eran haraganes, todos los reclutas son haraganes; si fuera por ellos, dejarían a los caballos holgazaneando en la caballeriza, y ellos harían lo propio en el prado más cercano, a la sombra del muro de la caballeriza, aunque fuera entre la paja de la cama de caballo, donde sea. Yo estaba por explicarles por qué el cuidado del caballo era tan importante, cuando llegó el mensajero, saludó y dijo que me llamaba el mayor Ilić.

Me preguntó consternado si estaba preparado para asumir una tarea especial. Yo siempre estaba preparado para asumir cualquier tarea. La mujer de su amigo, un señor distinguido y de gran alcurnia, era una joven dama que había recibido un hackney inglés de regalo; y ahora quería aprender a montar. Vi que el bedel y el secretario, que me miraban con atención, estaban algo risueños. En lugar de andar jodiendo con reclutas zonzos, dijo el mayor Ilić, vas a ser instructor de equitación por un tiempo. No tenía nada en contra de trabajar con reclutas zonzos, que bajo mi mando terminaban por convertirse casi todos en excelentes jinetes; tenía en cambio bastante en contra de la idea de enseñarle a montar a una dama joven, rica y consentida; después de todo había rendido todos los exámenes generales y especiales de la academia con sobresaliente para servir al rey y a la

patria. También de esta manera se sirve al rey y a la patria, dijo el mayor Ilić, como si hubiera leído mis pensamientos; por lo demás se trata sólo de dos meses, para las maniobras de otoño vas a volver a estar al mando del escuadrón. Dije que estaba a su disposición, qué otra cosa puede decir un militar. Luego Ilić me miró a los ojos por un tiempo. Stevan, hijo, dijo con tono paternalista, como si me estuviera enviando a la batalla, te recomiendo encarecidamente una cosa.

Honor de oficial, dijo. Ya sabés lo que es el honor de oficial.

Entendí lo que quería decir. Que había que comportarse con el debido respeto con la dama. Lo sé, dije. Entonces está todo en orden, el mayor Ilić se rio con ganas. Y el bedel, que se dio cuenta de que la parte oficial de la conversación había terminado y de que el mayor estaba de buen humor, agregó: cuidado que no te muerda el cocodrilo que siempre va con ella. Ahora los tres se rieron. ¿Qué cocodrilo? Ya vas a ver, dijo Ilić, descanse, puede retirarse.

Antes de empezar a cumplir esta tarea especial, es decir, de empezar a servir al rey y a la patria de esta manera particular, debía encontrarme con el esposo de mi futura alumna. Nos reunimos en el café Union; dijo que le gustaría invitarme a su casa, pero primero quería conocerme. Era flaco, alto, de pelo rubio bien peinado; estaba impecablemente vestido, como salido de una revista de modas, donde se mostraban los dandis ingleses. Yo llevaba uniforme militar, y aunque en ese tiempo los uniformes militares inspiraban beneplácito y admiración en todas partes, en comparación con él me sentí un poco torpe. El elegante caballero de traje blanco y zapatos blancos era evidentemente una persona acostumbrada a provocar una especial impresión en la gente con la que tenía trato. Llegó en un gran automóvil, tomamos dos coñacs, dijo que las clases tendrían un pago acorde, a lo cual me negué. Recibí una orden, es una tarea oficial. Se sonrió: ah, este mayor Ilić, para él todo es oficial. No era precisamente un conversador, completó con el mismo aliento lo que tenía para decir: van a practicar al principio en la pista de Štepanjska vas, luego estaría bien que empezara lo antes posible a cabalgar por los alrededores, por prados y bosques; Veronika está deseosa de hacerlo, dijo, y yo mismo me les voy a unir cuando hayan llegado al punto en que Veronika ya sepa montar. Eso es todo; me pidió que cuidara de su seguridad, a veces es un poco imprevisible, es probable que enseguida quiera saberlo todo, dijo. Quería conocerlo antes, dijo; mi amigo Ilić dice que usted es su mejor oficial, y veo que no se equivoca. Y cómo será que lo ve, pensé, puesto que estuvo hablando él solo todo el tiempo, y sobre el ejército, como él mismo lo admitió, no tiene la más mínima idea. Por supuesto, la gente de su paño sabe de la Bolsa, de trajes elegantes y grandes automóviles; sí, también sabe de aviones, dijo que aparte de los caballos y los automóviles, las aeronaves

deportivas eran su gran pasión; tal vez me lleve un día a sobrevolar las montañas de los alrededores; voy a ver lo bella que es la tierra de Eslovenia, si es que también es Serbia, ¿usted es de Valjevo, no es así? Sí, soy de Valjevo, mi padre vendía caballos, dije, y pensé que él conocía gente rica como ésta; sabía que su hijo nunca iba a ser rico, por eso sería oficial, lo que en Serbia era tan valioso como aquello, si no mucho más. Nunca he estado en Valjevo, dijo, ¿allí se dedican al cultivo de ciruelas? Y a la producción de aguardiente, ¿no es así? No, dije, allí se dedican a la producción de los mejores militares; nos reímos, yo estaba contento de que todo se hubiera despachado rápidamente.

Al otro día —por la noche había llovido—, la mañana era fresca y límpida, y él la trajo en el automóvil; una dama joven en pantalones de montar. Nos presentó, fuimos a ver al caballo, un hackney inglés de gran alzada; después dijo algo así como: se la confío al cuidado de usted. La besó en las mejillas y se alejó con su automóvil descapotable; y saludó una vez más desde la esquina. El nombre del caballo era Lord, qué se va a hacer, pensé, qué otro nombre le podía dar una dama joven y rica. Pero era un lindo caballo, retaceó un poco la cabeza cuando lo acaricié, pero pronto se mostró confiado; tenía un paso elevado y una buena postura de cabeza y cola. Dije que lo primero que les decía a los reclutas que querían formarse como jinetes era que la escuela de equitación no empezaba montando; empezaba con la rasqueta, el cepillo y la gubia para limpiar los cascos.

Ella dijo que no era una de mis reclutas.

Me quedé en silencio por un momento; en ese mismo instante ya estaba lamentando haber aceptado esa “tarea especial”. Es posible, dije, pero siempre es necesario limpiar al caballo antes de ensillarlo. A los caballos que están la mayor parte del tiempo en la caballeriza, donde tienen poca luz, hay que limpiarles el pelo todos los días, aun si no los montamos. ¿Por qué están en la caballeriza?, preguntó, ¿por qué no corren libres por el campo? ¿Por qué están en la caballeriza? Eso nadie me lo había preguntado. Los caballos son seres libres, dijo ella, más libres que la gente, debería permitírseles que corrieran por prados y bosques. Pero entonces no los montaríamos, dije, tendríamos que tirar de los coches y carros y cañones nosotros mismos, y no habría en el ejército una antigua y noble estirpe que llamamos caballería y a la que estoy orgulloso de pertenecer. Es aquella ufana estirpe militar que hizo famosa en muchas batallas la caballería ligera inglesa y francesa, y en especial los temerarios ulanos polacos. No la impresionó en absoluto la mención de los ulanos. Eso de arrastrar los caballos a la guerra es algo tremendo, replicó de nuevo, en verdad es irresponsable, los puede dañar alguna bomba. Bomba no, una granada. Las bombas se arrojan desde aviones a las fortificaciones, con

las granadas en cambio se ataca a la infantería y también a la caballería.

¿Pero por qué?, masculló, ¡qué insensatez!

Así, inmediatamente y desde el comienzo nos enredamos en una discusión acerca de los caballos y la caballería. Me di cuenta de que eso no conducía a nada. No seguí escuchando sus comentarios; le mostré cómo ponerle a Lord el bozal, cómo cepillarle luego con cuidado la cabeza, entre las orejas y bajando por la testuz, y después se limpia el pelo con el cepillo. Ella empezaba a aburrirse. ¿Cuándo voy a empezar a montar?, dijo. Me tragué la respuesta: que justamente es eso lo que preguntan todos los reclutas zonzos. Dije que iba a rechazar la tarea de enseñarle, si ella no tenía intenciones de colaborar. Me miró furiosa; también ella se tragó alguna respuesta. Muy bien, dijo, muéstreme cómo se limpian los cascos. ¡Pero ni piense que los voy a limpiar yo! Acarició al caballo —según ella, los caballos eran para acariciarse, como los gatos—, Lord la miraba agradecido; yo apreté los dientes y seguí adelante. Me contemplaba con los brazos cruzados. Veo que trata muy bien a los caballos, dijo después de un rato. Le aclaré que esto era el alfa y el omega; el caballo siente y sabe cuando es bien tratado, si no, se retoba. Imagínese, distinguida señora, dije tan amablemente como pude, imagínese que el caballo se niegue a ir al ataque. ¿Esto les dice a sus reclutas?, dijo ella. Sí, esto es lo que les digo. O sea que los trata bien sólo para poder lanzarlos bajo esas bombas, es decir, granadas. Le dije, enojado, que ahí también nos lanzábamos nosotros; en la batalla de Kolubara hubo miles de muertos.

¿Pero por qué?, siseó con tono inocente.

Por el rey, dije, por el rey y por la patria.

Bufó como un caballo y se rio con malicia y de viva voz.

A la mañana siguiente me presenté a darle un informe al mayor Ilić. Le rogué que me relevara de esa obligación. Me preguntó qué era lo que me molestaba. Dije que la respetable señora pensaba que la caballería militar era, con perdón, una insensatez. ¿Eso es lo que piensa?, dijo Ilić. Sí, y además de eso dice que ella no es mi recluta. Ilić se echó a reír. Pero es que efectivamente no es tu recluta, mi querido Radovanović; a las damas respetables hay que tratarlas de manera distinta que a los reclutas; bueno, agregó, a las mujeres en general. Miró por la ventana. ¿Te contó, preguntó después de un tiempo, que estudió en Berlín? No, eso no me lo contó. Es una dama educada, dijo, puede que aprendas algo de ella. Es cierto que —guardó silencio un tiempo, como si pensara si contármelo o no—, que la joven es un poco... cómo diría, un poco fuera de lo común. Mi amigo Leo Zarnik, su marido, me contó que unos días atrás ella se fue a las playas de Sušak en tren. Nadie sabía dónde estaba, y cuando volvió

dijo que había ido a darse un baño. ¿Te das cuenta? Me alcé de hombros, no me pareció importante; sólo me ocuparía de esa señora en tanto y en cuanto fuera necesario para lo que me había sido encargado. Pero eso no era nada fácil. Se dice que su abuelo, continuó Ilić, construyó la mitad de Rijeka. ¿Estuviste alguna vez en Rijeka? ¿Cómo?, dije, ahí están los italianos. Sí, dijo Ilić, pero ya volveremos a estar nosotros. Si vas en barco al puerto, esos grandes edificios que se ven sobre la costa, los cafés, todo eso era de él. Esa gente, mi querido Radovanović, es inconcebiblemente rica. Inconcebiblemente. Y el ejército quiere mantener buenas relaciones con ellos, ¿entendido? Dije que había entendido, pero me temo, agregué, que a la respetable señora le da exactamente igual. No va a colaborar, ¿cómo hago para enseñarle a montar si me da órdenes ella a mí? Además, no tiene la menor idea de quiénes son los ulanos. ¿Los ulanos?, preguntó Ilić, ¿qué tienen que ver los ulanos con la enseñanza de la equitación? Se quedó en silencio un tiempo. Sencillamente a ella no le interesa, dijo después, a ella le interesan otras cosas. Ella es un poco..., dijo Ilić, no sólo un poco fuera de lo común, cómo diría, un poco excéntrica. Oí que tenía un cocodrilo como mascota, agregó. Lo llevaba de paseo desde el correo hasta el parque Tivoli. ¿Te imaginás? En suma, dijo el mayor y me miró a los ojos, ahora ya sabés todo. Gracias, dije, pero esto no me ayuda en nada. Me mordí los labios; me había puesto a charlar con el mayor, no tendría que haber dicho eso. Se puso serio. ¿Y qué le digo a mi amigo Zarnik? ¿Que mi oficial, mi mejor oficial, renunció porque su mujer piensa que la caballería militar es una insensatez?

No sé, dije, puede decirle que no estoy para estas cosas y que me vuelvo al escuadrón.

Ilić se puso muy serio. Escúcheme, señor teniente, dijo en tono oficial, el que usaba para los asuntos de servicio. Usted, Radovanović, no me va a venir a decir qué tengo que decirle a quién. Y no lo mandé allá para que departiera con esa señora sobre la caballería militar ni para que le enseñara quiénes son los ulanos polacos o cuál es la batalla de Kolubara, sino para que le enseñara a montar. ¿Entiende? Dije que lo entendía. Y el próximo informe me lo dará cuando haya terminado con este asunto. Me va a informar que la tarea está cumplida y que la señora es una excelente amazona. ¿Entendido? Entendido, señor mayor. Me fui un poco alicaído, pero también entregado a mi suerte. Pensando en la joven mujer que se va sola a Sušak y se pasea por Liubliana con un cocodrilo con collar y correa. Y pensando aún más en el mayor Ilić. De él dependía mi carrera. A veces era muy paternal, me trataba de Stevo, hijo. Cuando empezaba a tratarme de usted, la cosa era peligrosa. Pensé que podía ponerse aún peor. Lo conocía; lo que había ocurrido poco antes era su enojo de

grado medio; si hubiera sido el grado superlativo habría dicho en voz muy baja: marche. A la pista, qué te parió.

Cabalgué hasta la pista con mi caballo, Vranac, y arreglé que se quedara en las caballerizas de allí mientras durara la instrucción. Decidí acelerar la cuestión tanto como fuera posible; cuanto antes terminara, mejor. Aquella mañana la esperé en vano. Ella también se había quejado. Con su marido. Desde el auto nomás me informó que su señora requería un civil como instructor. Pero él no quería ofender al mayor Ilić, que le había enviado su mejor oficial, y esperaba de mí que me comportara como un caballero y que como tal me disculpara y llevara a cabo las clases de equitación hasta el final. Mañana continúan, dijo y arrancó con el brazo apoyado en la ventanilla y el viento revolviéndole los cabellos rubios.

Así empezó, con los dos queriendo renunciar. Pero quizá por eso mismo continuar fue más fácil. Me disculpé: ...si ella había entendido mal, porque dije que lo primero que les digo a los reclutas es que... y entonces la respetable señora pensó que la estaba tratando como a un recluta... y en realidad yo... ay, pero no es nada, dijo entre risas, deme esa rasqueta. Así era Veronika. De pronto su ánimo podía cambiar por completo. Le di la rasqueta. Se rio y empezó a rasquetear el pelo del caballo con todo empeño.

Desde entonces evitamos conversar sobre reclutas, ataques de la caballería, bombas y sobre la batalla de Kolubara; pronto nos dedicamos a ensillar y después de unos días trabajar la postura correcta del cuerpo sobre la montura, la movilidad de la flexión, la firmeza de la zona lumbar y la liberación de los hombros, las riendas y pronto los primeros pasos. La joven dama avanzaba rápidamente. Me pareció que entendía que la monta es la íntima relación entre el caballo y el jinete, y aún antes, entre el alumno y el maestro. Aprender a tratar al caballo no es sólo una cuestión técnica; hay que ganar su confianza, y si queremos que el caballo nos tenga confianza, antes hay que confiar en el maestro. No le dije lo que decía a los reclutas: que hay que tener en cuenta y cumplir sin condiciones las instrucciones del maestro, si queremos que el caballo tenga en cuenta y cumpla las nuestras. Parecía que iba entendiendo esta triple relación de subordinación. Por suerte ella no quería departir sobre el tema, porque una conversación sobre esto habría terminado de seguro en una nueva pelea. Se me hizo más fácil una mañana, cuando nos sentamos sobre el pasto y me dijo que le hablara sobre los caballos. ¿Qué podía decir? Todo lo que supiera. Es una larga historia, dije, sé mucho. Entonces cuénteme mucho, dijo ella, ¿es cierto que en la prehistoria el caballo era tan pequeño como un perro? Es cierto, era un animal pequeño que vivía en los bosques de Siberia y del centro de Europa, y ahora es grande y bello como Vranac y Lord. Le hablé de los

árabes y los lipizzanos, de los haflinger y los hannover, le conté que había vivido con caballos desde la infancia, con los caballos de mi padre, que llegaban y partían; a Vranac lo había criado yo mismo, había logrado llevarlo al ejército y traerlo conmigo desde Valjevo a Liubliana... No volví a hablarle de los ulanos ni de batallas donde matan también a los caballos, no sólo a sus jinetes.

¿Usted piensa que de verdad entienden?, preguntó, miran como si entendieran a las personas, agregó.

Si un cocodrilo puede entender a una persona..., dije con precaución, entonces un caballo también.

Se rio. ¿Usted también lo ha oído? Claro, ¿quién no? Era un pequeño cocodrilo, amoroso, dijo ella. No podía dejarlo solo en casa, y a veces lo llevaba de paseo por la ciudad. Se rio, seguramente al pensar qué gran atracción resultaba el animal entre los paseantes confundidos. Pero no se entendía con todos, por ejemplo con mi marido no. ¿También sabe que lo mordió en la bañera mientras tomaba un baño? Así que tuvo que irse de casa; el cocodrilo, quiero decir. Se rio. Y se puso seria inmediatamente. Leo lo llevó al veterinario. Ahora está embalsamado. Por desgracia, no hubo otra salida.

No pregunté en qué parte había mordido el cocodrilo a su marido. Sentía una gran aversión ante la idea de que aquel animal estuviera en la tina del baño de su casa. Incluso si podía imaginarme a la señora llevando a su pequeño cocodrilo de paseo con correa, y al animal, habituado a otro entorno, chapoteando detrás de ella... y a la multitud mirando anonadada a su paso, la idea de la bestia de los pantanos en la tina del baño me parecía insoportable. No comprendo ese mundo y a la gente como ésa. Al menos eso es lo que aún pensaba entonces. Ella hablaba de aquella pequeña bestia como si se tratara de un gatito doméstico. Estaba triste porque habían tenido que sacrificarla. Y su discurso sobre los caballos, sobre los animales en libertad, no estaba en absoluto de acuerdo con un cocodrilo que luego termina viviendo en su departamento de lujo. Eso no se lo dije, no quería ninguna nueva pelea, me resigné a la idea de que la joven señora, como había dicho el mayor Ilić, era alguien un poco fuera de lo común, y como ocurre a menudo con la gente rica, también un poco excéntrica. En ella había cierta contradicción, se notaba incluso por su disposición de ánimo, que cambiaba como el tiempo de abril; un día llegaba radiante y sonriente, otro melancólica y como ausente, algunas de mis instrucciones ni siquiera las oía. Pero de eso no me podía ocupar, al menos aún no entonces. Éramos de distintos mundos, dos que se encuentran por casualidad; después de alrededor de un mes, o aun menos, ella se iría con su marido, y yo volvería al cuartel junto a mi escuadrón. Aunque ahora con todo y todo parecía que estábamos

llevando adelante la instrucción de equitación y nos íbamos entendiendo mejor, y aunque me sorprendí una mañana con la alegría de volver a verla, quería que todo esto terminara lo antes posible.

Y ella de veras quería mucho a los caballos. Tal vez más que a las personas. Con el tiempo comencé a entender por qué la perturbaba tanto que los soldados arrojáramos a los caballos bajo las bombas, es decir, las granadas. Eran los últimos días de agosto, que lentamente daban paso al otoño. Por la mañana temprano iba al cuartel, donde los oficiales me asestaban algún que otro comentario suspicaz por mi doble vida; a media mañana me lo pasaba en la pista con ella y los dos caballos; con el marido apenas cruzábamos alguna palabra cuando venía a buscarla. Pero eso sucedía cada vez menos; cada vez más a menudo la traía y la llevaba su chofer. Al parecer, Leo Zarnik estaba muy atareado, no sólo con sus ocupaciones, sino también disparando a jabalíes y ciervos. Evidentemente a mi alumna no la molestaba que él matara animales. La molestaba que arrastráramos caballos a la guerra, donde los podían alcanzar las bombas, es decir, las granadas. Vi que su marido llevaba escopetas de caza en el asiento trasero; una vez dijo que me iba a invitar a disparar al tiro al blanco. Pero evidentemente se había olvidado en el acto de su invitación.

Cuando por primera vez dimos unas vueltas juntos a la pista, ella con Lord, yo con Vranac, y cuando desmontó con gran destreza, me puse a aplaudirla. Admito, distinguida señora, que no esperaba que avanzara con tanta rapidez. Podría decirse que usted ya sabe montar. Y además, Lord la tolera muy bien.

Me parece, dijo ella, que mejor que usted.

Discúlpeme, quise decir que ya la acepta como su ama. Ama, dijo ella, qué palabra tan estúpida. Pero es así, dije, cuando él obedezca sus órdenes, cuando entienda sus palabras, entonces ya estaremos sobre el final de nuestra instrucción. ¿Y cómo se logra eso?, preguntó. Hay que hablarle, dije, y tocarlo, entonces entiende; entre la persona y el caballo se traba una fuerte relación... Se me quedó mirando un momento, luego preguntó: ¿como entre dos personas? Sí, respondí. Casi igual.

A la mañana siguiente llegó con un humor extraño. Pensé que había tenido una noche difícil con el marido por una excursión a Sušak, o por un nuevo cocodrilo o quién sabe por qué motivo, pero se trataba de algo completamente distinto. Estuve pensando, dijo ella, en lo que me dijo ayer sobre los caballos y las personas, sobre cómo hay que hablarles. Usted y yo en realidad hablamos muy poco, dijo. Es cierto, distinguida señora, le contesté. Aparte de los caballos, claro; sobre los caballos hablamos mucho.

Se echó a reír. Deje de llamarme distinguida señora, Stevan, dijo ella. Después miró al otro lado del río Sava, como ausente, hacia las

laderas verdes de las montañas. ¿No tiene ninguna novia, Stevan? Tengo, dije. Después me puse a pensar que en realidad no sabía si aún tenía novia. En realidad no sé, dije, tenía novia, en Valjevo, a veces todavía me escribe alguna carta. Cómo se llama, preguntó. Jelica, respondí. ¿Es linda? Me alcé de hombros, a mí me parecía linda. Tiene el cabello castaño, dije con pudor. ¿Y cómo te llama Jelica?

Stevo.

Bueno entonces, Stevo. ¿Puedo llamarte como te llama Jelica?

Me dejó un poco pasmado. Yo soy Veronika, dijo, podés llamarme así. Entendido, señora, dije, como si estuviera respondiéndole al mayor Ilić. Nada de señora, sólo Veronika. Entendido, Veronika. Qué bueno que hayas entendido, dijo ella.

No había entendido del todo, no todavía. Tal vez ella tampoco había entendido. Pero algo comenzó a suceder. Empezamos a hablar también de otras cosas, no sólo de caballos. Yo le contaba sobre Šumadija, sobre sus grandes laderas verdes y sus pueblitos con casas de madera, sobre sus supersticiones y sus fiestas de bodas. Sobre los campesinos que sobrevivieron al frente de Salónica en la Primera Guerra Mundial. Sobre la academia militar. Ella me contaba sobre Berlín, ahí había estudiado dos años, se escribía con las amigas que le contaban sobre los teatros y los cafés, sobre los barcos y veleros que había en no sé qué lago. Le gustaba aquella gran ciudad, espaciosa y aireada. La vida en Liubliana la aburría. Todos se conocen y nadie quiere a nadie. Por eso a veces ella huía, se iba al mar en tren. Qué decía de eso su Leo, no me lo dijo. Sobre su familia no decía nada, excepto que su mamá vivía sola en un gran departamento desde que ella se había mudado a lo de Leo. Su madre, se llamaba Josipina, estaba llena de recuerdos de su vida en Rijeka; allí había muerto su marido, el padre de Veronika; se llamaba Peter, como nuestro joven rey. Su madre tenía el cabello rubio como ella, Veronika, aunque ya un poco agrisado por las canas. Le gustaba bailar, cuando aún vivía en Rijeka. La llamaban bionda, la rubia. Un día me la va a presentar, cree que yo le voy a gustar.

Dos que pasan tanto tiempo juntos, empiezan a acercarse; puede que también comiencen a odiarse, y eso pareció al menos en un principio, pero es más probable que se acerquen y se lleven bien. Nosotros dos nos acercamos. Mucho.

Ahora estoy en Palmanova. Miro mi rostro en el espejo quebrado y vuelto a pegar; miro las partes de mi rostro. Para mis años, tengo muy pronto el pelo cano en las sienes. Me falta un incisivo, es muy feo ver ese agujero y los labios partidos a su alrededor. Es un verdadero milagro que haya sido herido por primera vez tan sólo poco antes del final, en alguna parte por sobre Idrija, antes de que nos retiráramos a la llanura friulana. Antes de venir a parar a este campo de prisioneros,

donde quienes hasta ayer íbamos codo a codo como compañeros de armas, hoy somos apenas prisioneros, una gran multitud de veinte mil soldados y oficiales que hasta apenas ayer combatían y hoy se pisan los talones entre las barracas y las tiendas de campaña. Un ejército vencido. Un ejército quebrado. Un ejército sin país. Con el cuadro del joven rey en la pared de la barraca, de un rey que no estuvo en ninguna parte cuando nosotros combatimos por su reino, y que ahora, cuando su ejército ha sido tomado prisionero, se pasea por algún parque de Londres con sus perros. O está tomando el té. O escucha por la radio las noticias sobre el último discurso de ese espía ruso con el raro nombre de Tito, un cabo del imperio, aquel hombretón croata que se estableció en el palacio real en el barrio más lujoso, Dedinje. Cada vez que paso por delante del cuadro del rey, miro hacia el suelo. Si lo mirara a los ojos, tendría que preguntarle dónde estuvo cuando nosotros, sus soldados, nos arrastrábamos entre el barro y la sangre. Su abuelo, su padre, ambos habían estado con su ejército cuando hizo falta, envueltos en sus sobretodos en medio del invierno balcánico, entre cañones y caballos. Él se pasó toda la guerra paseándose por el parque de Londres, y ahora sigue de paseo. No puedo mirarlo a los ojos sin empezar a enojarme o hasta despreciarlo. Prefiero mirar al suelo. A veces me parece que todos miramos hacia el suelo, todos, los veinte mil hombres que hemos sido avergonzados y humillados en Palmanova. Y por la noche miramos hacia las estrellas. Y no entendemos cómo puede habernos ocurrido esto.

Cuando por la noche miro el cielo estrellado de mayo, a menudo me pregunto si ella estará mirando estas estrellas. Si es que sigue viviendo en aquella mansión que le había comprado su marido, entonces debe de estar mirando el mismo cielo, pero a unos doscientos kilómetros de aquí. Por un momento me asaltó como una sombra negra: ¿qué significará su vívida visita de anoche? En mi tierra la gente cree que las almas de los muertos vagan por los alrededores. ¿Le habrá ocurrido algo? Hubo una guerra. Pero de inmediato ahuyenté ese pensamiento; ella sabría cómo estar bien; si no ella, su marido Leo sí sabía. Ese siempre encuentra el modo. Quizá ya no estuvieran en el edificio aledaño al castillo, porque los comunistas, que ahora gobiernan al otro lado de la frontera, probablemente no gustan demasiado de los señores de los castillos, pero sí adoran sus bienes. Hace unos días estuve en el campo vecino; ahí tienen alojados a los domobranci eslovenos, los defensores de la patria. Pregunté si alguien conocía a Leo Zarnik, claro que no era él quien me interesaba, quería saber qué había sido de ella. Un oficial me dijo que de seguro estaba ahora en la Koroška austríaca, en Carintia. En mayo se retiró hacia allá una gran cantidad de eslovenos, Zarnik debe de haber estado entre ellos, no es tonto, no se iba a quedar a esperar a los comunistas.

Si Zarnik, su marido, está en Austria, de seguro ella también está allá. Eso me tranquilizó. Y su visita nocturna puede significar otra cosa... si las almas de los muertos vagan, ¿por qué no podrían andar vagando las almas de los vivos? Los que estaban muy próximos fueron separados unos de otros. Quizá también mi alma errabundea de cuando en cuando, y llega hasta su cama, cuando miro el hormiguear de las estrellas sobre la llanura friulana y pienso en ella, que estará mirando las estrellas sobre las cumbres de los Alpes. Desde las ventanas de la mansión de Gorenjska, y si ya no está allí, tal vez desde el otro lado de los montes Karavanke.

¿Pensará alguna vez en aquellos días de agosto, cuando cabalgaba con su maestro de equitación junto al río Sava?

Nos acercamos mucho, intimamos aquel agosto del 37. El día que me preguntó cómo se llamaba mi novia ya estábamos tan cerca uno del otro que las cosas no podían ir hacia otro lado que no fuera la completa intimidad. Al principio fue por las mañanas, luego pasábamos juntos todo el día. Mi alumna estaba cada vez más entusiasmada. Igual que los reclutas —eso no se lo quise decir—, cuando descubren que después del primer galope no se han caído del caballo y, más aún, que el caballo les obedece, que incluso se detiene cuando se lo ordenan. El asiento correcto, el uso de las riendas, los giros, el trabajo con el peso; ella adoptaba cada nuevo elemento como jugando. Y porque estaba tan entusiasmada, le fue fácil descubrir cómo entenderse con el caballo: “paaaa-so”, “tro-te”, “aaaal-to”. Lo único difícil fue convencerla del uso de las espuelas y la fusta, aunque el trabajo con las ayudas, le expliqué, es tan necesario en la equitación como la comunicación con el cuerpo y la voz. Lord había tenido ya instrucción básica, así que la cuestión era mucho más fácil. Cuando vio que él le obedecía, y cuando después de alguna práctica le daba unos topetazos suaves con el hocico en el hombro, amable y juguetón, ella quedaba totalmente embelesada. ¿Es posible?, decía, ¡de verdad me entiende! Con Vranac le mostré cómo era el ataque con el sable —que por supuesto no tenía en la mano, para que ella no recordara que la intención era matar—, y cuando desmonté, empezó a aplaudirme. ¡Qué increíble, gritaba, pero si son como un solo ser! Pasábamos días enteros, incluso almorzábamos juntos en uno de los restaurantes de los alrededores, “Bajo los castaños”. A veces, por la mañana temprano, veía a su marido, cuando la traía; ya avanzada la tarde llegaba a buscarla el chofer, y miraba inexpresivo hacia las montañas mientras nosotros dos nos quedábamos parados junto al automóvil sin poder separarnos, repasando lo que había sucedido en el día, las prácticas y opiniones sobre los caballos.

Por eso aquel día, cuando me preguntó cómo se llamaba mi novia, no me sorprendí. Jelica. ¿Y cómo te llama Jelica? Stevo. Stevo será,

entonces. Yo soy Veronika, nada de señora, ¿entendido? Qué bueno que hayas entendido. Entendí que había empezado algo que desde un principio era inevitable. Cuando cabalgábamos junto al Sava y llevábamos a los caballos de las riendas por los bordes del bosque. Cuando nos sentábamos en el pasto y conversábamos sobre los caballos, que alguna vez fueron pequeños como perros, y ahora son grandes, inteligentes y más libres que las personas.

Porque las personas no son libres, dijo, yo no lo soy.

Se puso de pie y empezó a caminar inquieta de aquí para allá por el pasto. Y vos aún menos, dijo, vos sos aún menos libre ahí en tu cuartel.

Una vez más, fue algo que no entendí. ¿Por qué no sería libre el ser humano? ¿Y por qué no lo sería ella? Y del cuartel hablaba como si se tratara de una cárcel. Pero yo jamás tomé mi profesión militar como algo que cercenara la libertad. Le expliqué lo que sinceramente pensaba y sigo pensando hasta hoy: dentro de las reglas que hay que observar, hay, en mi opinión, más que suficiente libertad para una persona que piensa, lee, se ocupa de la historia militar y cabalga por los prados. Se quedó pensativa. En realidad tal vez sea muy cierto, dijo, si te trazás un límite, y si ese límite es tuyo, y si dentro de él te sentís bien. A mí en cambio me ponen cercos todo el tiempo, líneas invisibles hasta donde puedo llegar y que no puedo atravesar; no, más allá ya no es tu mundo. Pensé que tampoco mi mundo estaba donde estaba el de ella. Y oía la voz del mayor Ilić hablando del honor de oficial.

Una tarde entró en un mundo que ya no era el de ella. En mi mundo. Aunque bien podría decir en nuestro mundo, entró en el mundo de nosotros dos. A partir del momento en que cruzó la línea que separaba su vida con Leo Zarnik y la vida de un oficial de caballería, todo iba a cambiar. Eso no podíamos saberlo; no sabíamos nada de nada, porque en aquel momento ni ella ni yo pensábamos en el futuro. En la vida en un departamento militar cerca de algún cuartel al sur de Serbia.

Después de almuerzo cabalgábamos lentamente por los bordes del bosque.

¿No estaría bien acelerar un poco?, dijo de pronto e hizo silbar la fusta en la grupa de Lord. El caballo se sacudió bajo su cuerpo, como si se despabilara, y un segundo después se lanzó a la carrera. Ella se alzó sobre la montura y lo impulsó con el movimiento correcto en una carrera cada vez más veloz. Me lancé tras ella y la alcancé en un extenso prado. Le grité con admiración: ¡pero si cabalgás como un ulano polaco! Se rio, ¡ulana!, gritó, ulana polaca. Giró por un sendero sombrío bosque adentro, tuve algo de miedo por ella, alguna rama podría haberla volteado del caballo, pero ella lo dominaba por

completo, en un claro del bosque lo calmó con una orden y palmeándolo, y saltó hábilmente de su lomo.

Si fueras mi recluta, dije, ahora estaría orgulloso de vos. Y también de mí mismo.

Unas semanas atrás aún se enojaba cuando yo mencionaba a los reclutas. Ahora sólo sonrió.

Es decir, dijo ella, que tu recluta ha terminado la instrucción.

Podríamos decirlo así, sí. A menos que también quieras aprender a disparar.

Le aclaré que en ese punto los reclutas podían empezar con los ejercicios de combate: disparo a caballo, uso del sable, avance y retirada. En cuanto a nuestra escuela de equitación, éste era el final.

¿El final?, preguntó casi sorprendida.

Luego nos sentamos en el pasto. Pensé que iba a empezar con una de sus diatribas sobre los caballos y la libertad, pero aquella mañana se quedó mirando a lo lejos, más allá del Sava, un poco ausente, hacia las largas sombras que caían sobre la ladera cubierta de pasto fino. De pronto se recostó sobre mi regazo y me miró a los ojos. Con permiso, dijo cuando ya estaba tendida sobre mi regazo. Como si yo pudiera darle para eso algún tipo de permiso. O como si pudiera renunciar a ella. ¿Qué diría ahora Jelica?, preguntó. Pensé que mejor sería que preguntara qué diría ahora su marido Leo. Jelica estaba lejos, en Valjevo, había pasado un mes desde su última carta, en la que no había ningún "ay, qué lejos estás, cómo te extraño", sino sólo un "espero que te guste Eslovenia, también espero que pronto te asciendan y te aparezcas con las estrellas de capitán de segunda clase, tu padre va a estar muy orgulloso". Jelica estaba lejos, pero su marido estaba cerca, esta misma tarde tal vez llegara en su automóvil deportivo vestido con su traje blanco, esta misma tarde preguntaría, bueno, ¿cómo van los avances de nuestra amazona? Acariciame el pelo, me ordenó. Sé que tenés ganas, agregó cuando me turbé por un momento. Se me apareció ante la vista el mayor Ilić, el honor de oficial. Pero el gesto autónomo e imparable de mi mano fue más fuerte que el honor de oficial, que no debe abusar ni siquiera del más sumiso y tonto de los reclutas para sus fines personales, ni qué decir de una alumna que le han confiado, ni qué hablar de una mujer casada, esposa del amigo del mayor y uno de los pilares de la sociedad local, que ha trazado un límite invisible a causa del cual Veronika se sentía prisionera y sin libertad.

Por suerte aquella tarde no apareció. No hubiera sido posible ocultar lo que sucedió. Estábamos distintos, embriagados por aquella tarde. Hasta para el chofer, que cambiaba el peso de una pierna a la otra en el lugar junto a la puerta abierta y oteaba algún punto en las montañas mientras nosotros dos demorábamos la despedida, tiene que

haber sido claro lo que ocurría. Cuando por fin se fueron, me saludaba con un pañuelito blanco que luego en la curva, antes de desaparecer, dejó caer de su mano. Corrí por el camino vacío y lo recogí.

Prolongamos la escuela de equitación sin acuerdo explícito. Teníamos dos semanas para unas bellas cabalgatas otoñales... y para nosotros dos. Dos semanas en septiembre, cuando en los alrededores de Liubliana se extiende la neblina hasta bien entrada la mañana y por encima se alzan los árboles con las hojas amarillas. Y cuando Vranac y Lord echaban nubes de aliento en los claros del bosque, se adentraban entre las hojas caídas y chapoteaban con sus cascos por los senderos encharcados. O en medio del sol del mediodía, que alrededor de las once termina de disipar la niebla blanca, cabeceaban asintiendo satisfechos, atados en los árboles, mientras nosotros nos tendíamos en el musgo del bosque, libres, como ella decía, libres como si fuéramos los dos únicos seres humanos en este mundo. Al menos en este rincón del mundo.

Porque a lo lejos, a una distancia apenas insinuada, ya se abarrotaban las nubes de la tormenta próxima, en Alemania marchaban y se reunían en asambleas, en Italia tribunales especiales condenaron a patriotas eslovenos; cuando por la mañana temprano pasaban revista en el cuartel, oía que el ejército del rey se preparaba para grandes maniobras durante el otoño para dar pruebas de que estaba listo para lo que fuera. Si no hubiera ocurrido lo que ocurrió entre Veronika y yo, habría estado intranquilo; habría acelerado el entrenamiento de mi escuadrón, ante las noticias de las maniobras me habría latido más rápido el corazón, porque son tiempos cuando un oficial de fuste —cualquier buen oficial—, muestra todo lo que sabe. Muestra que está listo para todo. La oportunidad de un ascenso es un efecto secundario; de eso se habla cuando las maniobras han terminado, durante los preparativos para el avance nadie piensa en eso, la cuestión es por sí sola bastante candente. Pero ahora de pronto todo esto no me interesaba. El corazón se me aceleraba cuando estaba llegando a Štepanja vas; el corazón se me aceleraba porque sabía que iba a palpitar con fuerza cuando ella estuviera ahí, y que se calmaría cuando intercambiáramos las primeras palabras. Se calmaría ante la precaria certeza de estar de nuevo juntos, sólo nosotros dos, libres con nuestro secreto. No sé cómo ella lo conseguía, o si era sólo una coincidencia afortunada: aquellas dos semanas no vi en absoluto a su marido; por la mañana la traía el chofer, que al atardecer, a veces ya de noche, esperaba con paciencia hasta que aparecíamos por algún lado. Ahora me llevaba a casa también a mí; primero me dejaba en Polje, donde vivía en un pequeño departamento de una casa de dos plantas, y luego la llevaba a ella al centro de la ciudad. Y toleraba las largas despedidas. Y tampoco sé cómo ella conseguía que el hombre se

quedara callado.

Un atardecer, era ya casi de noche, dijo mientras íbamos en el auto que quería conocer dónde vivía. Me dio vergüenza. Mi departamento era modesto, un cuarto y una cocinita, el baño estaba en el pasillo. Allí vivían también otros oficiales; cuando entraba o salía, las puertas del largo y enmohecido pasillo a menudo se abrían y dejaban asomarse alguna cabeza de oficial, de mujer o de niño. El pasillo era el lugar social, el lugar de los saludos y las charlas; nos gustaba reunirnos, nadie tenía ningún secreto en particular. Tres éramos solteros, y dos suboficiales vivían con sus esposas y un montón de hijos. No me entusiasmaba que Veronika viera mi cuchitril de soltero y de militar, que se abrieran las puertas del pasillo o las ventanas que daban al patio y nos siguieran los ojos curiosos y que todo lo saben y todo lo cuentan. Sabía que al otro día en el cuartel iban a estar hablando de esa visita femenina. Pero ella insistió. Y se fue recién cerca de medianoche. Tiempo después le pregunté cómo había conseguido que Lojze —así se llamaba el chofer—, no contara lo que estaba ocurriendo. Podría haber perdido su trabajo, ¿lo había quizá sobornado? Yo no hago cosas así, me contestó ofendida; después se rio: es mi encanto. Era algo más que encanto. Había algo en ella que hacía que la quisieran, el chofer, los dos caballos y el joven teniente de caballería tan turbado por su presencia, su cabello rubio, sus besos, que olvidaba el cuartel, su escuadrón y las maniobras, los oficiales con los que vivía y el honor de oficial del que le había hablado el mayor Ilić.

Y probablemente también la querían aquel cocodrilo y Leo, su marido.

Aquellas dos semanas no lo había visto, pero no significaba que no existiera. Y si en septiembre del 37 para nosotros dos no existía nada más que nosotros dos y nuestros dos caballos, eso no significaba que el resto del mundo no existiera. O que nosotros dos fuéramos invisibles al mundo. En aquel bonito restaurante “Bajo los castaños” adonde íbamos a almorzar, ya éramos una pareja bastante conocida. Claro que no habría tenido nada de malo que el instructor de equitación y su alumna fueran juntos a almorzar después de su cabalgata matinal, si no hubiera sido porque Veronika cruzó con tanta alegría aquella línea invisible de la que a veces hablaba. Frente al mozo, que esperaba junto a nuestra mesa para tomarnos el pedido, ella decía en voz alta sin cuidarse de su presencia: Mi marido es muy celoso y siempre lleva en el asiento trasero escopetas de caza.

Yo notaba por el rabillo del ojo que el mozo estaba estupefacto. Quise darle alguna señal de que no estábamos solos. Pero ella gritó aún más vivaz: ¡Señor teniente! Usted le dispararía primero, antes de que nos disparara él a nosotros, ¿no es así?

El mozo se fue de inmediato para no estar presente en la escabrosa conversación o para que no llegara el día en que lo llamaran a atestiguar en el tribunal, mientras Veronika reía muy feliz. Buen chiste, dijo ella, el pobre mozo quedó de una pieza. Y vos también, señor teniente. ¡Qué clase de soldado sos, que te da miedo una escopeta de caza!

No tenía miedo de la escopeta de caza, tenía miedo de ella. Todo el jardín del restaurante nos clavó la vista cuando ella dijo que me iba a revolver un poco el pelo y derramó el vino cuando saltó hacia mí. Distinguida señora, dijo el mozo, que corrió a la mesa con una servilleta, a cualquiera le puede pasar. ¿No es verdad que le queda mejor el pelo revuelto?, le dijo ella al mozo, que evidentemente volvía a estar en aprietos y repasaba la mesa nervioso mientras ella remoloneaba por mi cabeza. Yo estaba ahí sentado como un poste y sentía las miradas de los circunspectos burgueses de Liubliana sobre mis espaldas; veía los labios de las señoras y señores respetables de la ciudad siseando comentarios en voz baja sobre el escándalo que tenía lugar aquí, a la vista de todo el mundo. Tuve miedo por ella, porque sabía que esto no podía terminar bien. Y así fue.

Aquella noche, mientras íbamos en el auto hacia mi casa, le dije que así no podíamos seguir. Su marido, toda su familia iba a enterarse muy pronto de lo que ocurría entre nosotros si ella seguía comportándose así.

¿Y cómo me estoy comportando?, preguntó enojada.

Me quedé en silencio. Si no lo entiende por sí sola, ella, la respetable señora de la alta sociedad de Liubliana, cómo se lo voy a explicar yo, un oficial de Valjevo, donde plantamos ciruelas y nos regamos con aguardiente de ciruelas, como piensa su respetable esposo. Ah, claro, dijo, ¿pensás que deberíamos escondernos? ¿De quién? Me quedé en silencio, al fin y al cabo no estábamos solos; el chofer Lojze tenía una máscara estúpida, como de quien nada sabe y nada escucha; miraba hacia la calle, tocó bocina a una yunta de caballos, pero de todos modos aquí estaba. No hay nada que temer, siguió Veronika, no te va a disparar. Leo no es celoso en absoluto. Yo estaba de mal humor, no quería saber nada de su marido ni de su entorno; me importaba un comino si era celoso o si no era celoso. Cuando el auto se detuvo frente a la casa donde yo vivía, ella bajó conmigo. Le encargó algo al chofer y él se alzó de hombros y arrancó. Si querés esconderte, vamos a escondernos, dijo ella. Me quedo a dormir en tu casa. Estábamos de pie, al borde de la calle; a mí me parecía estar al borde del abismo.

Como ahora, cuando miro mi rostro sin afeitar en el espejo y estoy en medio de la calurosa y húmeda llanura friulana en el fondo mismo del abismo. Todos estamos hechos trizas tocando fondo, derrotados

con nuestras banderas y caballos, juramentos y cañones, honor y metrallas, igual que se había hecho trizas un mes antes en el fondo del abismo aquel político Ljotić con su automóvil y todo al caer por el agujero que había dejado en el puente una bomba aérea. Sólo porque su chofer tenía una acentuada miopía y no vio el agujero. Se hizo trizas y expiró en el desfiladero, en un arroyo esloveno, lejos de Belgrado, lejos del rey que de cualquier forma estaba en Londres, expiró pensando que en poco tiempo volvería vencedor junto con los ingleses a su patria. Él no va a volver, y nosotros tampoco vamos a volver, qué miércoles vamos a volver. Ahora se acabó la historia. También la historia de mi vida. La trompeta llama a reunirse, y yo no tengo ganas de moverme. Oigo algunos soldados que corren y apenas los entiendo. Pero qué sentido tiene todo esto, izar la bandera y luego marchar sin sentido y cantar para mantener la moral alta y la disciplina militar. Marširala, marširala, kralja Petra garda, marchaba, marchaba, la guardia del rey Peter. Para que la gente no fuera a pensar que estaban derrotados, que estaban prisioneros, que no había vuelta atrás. Aquel teniente Stevan Radovanović, uno de los oficiales más disciplinados de la unidad del mayor Ilić, ya no estaba en ningún lado. Todos los ejercicios, los saludos militares, los saludos a la bandera, todo me resultaba ajeno. Una insensatez, querida Veronika, vos dirías una insensatez. Después de todo lo que había visto en Bosnia, en Lika y en las montañas eslovenas poco antes de la guerra, estos ejercicios eran una insensatez. El rostro ensangrentado de mi amigo, que dijo entre la espuma que salía a borbotones por sus labios "me cago en la maldita guerra", antes de expirar. También él, Čedo, supo ser un oficial que caminaba por Maribor con las botas lustrosas. También él cantaba marširala, marširala, los dos cantábamos. Quien ve a su amigo agonizar con espuma saliéndole por la boca como a un caballo después de una larga marcha, ya no piensa en cantos ni en saludos a la bandera. Saludos a la bandera en un campo de prisioneros de guerra, golpeados, vencidos. Al menos él, Čedo, no tenía que pasar por esta humillación.

Los oficiales ingleses se pasean por el campo, dicen que vamos a tener que comparecer ante una comisión que determinará quién colaboró con los alemanes y quién tiene sangre en las manos.

Marširala, marširala... Qué estupidez, ¿quién no tiene sangre en las manos después de cuatro años de guerra? ...kralja Petra garda. ¿Por qué no le preguntan a ese cabo con uniforme de mariscal, a ese Josip Broz, que vaya a saber si ése es su apellido, a ese comunero que empezó todo este asunto y atacó por la espalda a los nuestros en Serbia, por la espalda al general Draža? Apenas ayer a Draža Mihajlović, a nuestro Čiča, que tenía detrás la escuela especial militar francesa, que fue el primero en atacar a los alemanes, a él los tan queridos ingleses lo señalaron como el mayor

guerrillero de Europa; los norteamericanos publicaron su foto en la primera plana en los diarios. ¿Por qué no le preguntan a ese payaso de Tito, que se colgó el título de mariscal cuando en realidad es un cabo del imperio, si tiene sangre en las manos? Hace unos días habló en Liubliana ante una gran multitud. Nuestros mensajeros, que llegan desde Yugoeslavia, nos informan que han tenido que cercar a la gente, porque allá todos están contra el comunismo y pronto van a levantarse. Entonces llegará nuestra hora, dicen los nuestros. Por eso tenemos que estar preparados en todo momento: si llama la trompeta, tenemos que ir hasta la bandera.

Pero yo, en lugar de ir al punto de reunión y saludar a la bandera, pienso si me afeito o mejor no. Estos pelos hirsutos en mi rostro, estos tempranos cabellos grises en las sienes, el hueco en la hilera superior de dientes, todo me sienta bien y concuerda de perillas con mi sentimiento presente. En lugar de parlotear con mis compañeros de armas todo el día sobre la posibilidad de volver, pienso en los días más hermosos de mi vida, con la mujer que anoche volvió a visitarme después de siete años.

Ya después de aquella noche en que se quedó a dormir en mi departamento —si es que a eso se le puede decir dormir—, y luego por la mañana la acompañé a la primera estación de tranvía, sabía que no volverían días como los que estábamos dejando atrás. Era domingo y no había equitación; los domingos estaban reservados para sus almuerzos de domingo y para las reuniones sociales de las tardes de domingo; pero Veronika no apareció por la pista ni el lunes y el martes. Y entonces se abrió en mi vida un hueco; había un vacío tan negro en mi pecho, que no podía taparlo con una larga cabalgata solitaria ni regarlo y ahogarlo con aguardiente de ciruelas ni con vino ni con todo lo que hubiera a mano. Sólo ahora me daba cuenta de lo que había ocurrido; de lo estúpidas que habían sido mis críticas a su conducta; esta mujer me amaba y yo no podía estar sin ella. Ahora empezaba a sentir que me daba absolutamente lo mismo qué dijera quién, quién murmurara, cómo nos miraran y adónde fuera a parar todo esto; me cago en el honor de oficial, me dije, me daba lo mismo, en mi vida sin ella se abría un hueco, quería volver a tenerla, su cabello rubio, sus labios, su cuerpo, quería volver a oír su voz y reírme de sus críticas burlonas y me daba lo mismo cuáles fueran las consecuencias. Como le daban lo mismo a ella desde mucho tiempo atrás, porque ella entendía también hacía ya mucho lo que nos había ocurrido a los dos. Yo sólo lo entendí cuando ella se ausentó por unos días.

De modo que también me dio lo mismo que el miércoles apareciera su marido en la pista de equitación, adonde yo seguía yendo. Estaba vestido con traje de caza. Llamé por teléfono al cuartel, dijo, y el mayor Ilić me dijo que usted debía de estar aquí. Se me quedó

mirando un momento, como si esperara alguna explicación de mi parte. Es evidente que el mayor aún no sabe..., dijo y se quedó callado de nuevo por un tiempo, que usted ha concluido con las clases de equitación. No me quedaba claro si sabía o no, me daba lo mismo. Mentí que aún faltaba una que otra semana, quería volver a verla, al menos una vez más, la señorita Veronika ¿seguramente está enferma? El dandi me atravesó con sus ojos claros y su sangre fría, ¿por qué no la visita, si piensa que está enferma? No me lo permitiría, dije, sólo soy su maestro de equitación. Me sentí un miserable pensando que ahora me miraba como a un tramposo, un mentiroso de poca monta, pero ¿qué podía hacer? Podría llamarla por teléfono, dijo, seguro estaría contenta. Dije que intentaría llamar desde la oficina del cuartel. Porque entonces ahora voy a volver al cuartel y anunciar que las clases de equitación con su señora esposa, si entiendo bien, han concluido. Entiende bien, dijo él. Parece que monta maravillosamente, ella misma dice que monta como un ulano polaco; qué pena que no la he visto. Sonrió impasible. Va a estar en cama unos días más, dijo, luego nos vamos al mar. Hace mucho que quiere pasar septiembre en Dalmacia, parece ser que es cuando más hermoso se pone allá. Tenía la esperanza de que no hubiera visto cómo me temblaban las manos. No podía oír cómo empezaba a latir mi corazón ahí adentro, en el vacío del pecho.

Así que es el fin, pensé, el fin.

Si no me equivoco, dijo sonriente Leo Zarnik, el marido de Veronika, el dueño de su alma, el celador de su salud, el propietario de su cuerpo, si no me equivoco, dijo, alguna vez lo invité a tirar al blanco. De verdad me había invitado una vez; pensé que lo había olvidado. Estoy yendo al polígono ahora mismo, dijo, ¿viene conmigo? Quise rechazar inmediatamente este extraño ofrecimiento; recordé la broma de Veronika acerca de que nos iba a disparar a los dos. Odiaba su sonrisa, su auto, su traje de caza, su pelo peinado hacia atrás; quería que levantara esa escopeta que tenía en el asiento trasero y entonces dispararle ahí junto al auto en la frente bajo el pelo rubio y lustroso. No va a ir ahora al cuartel, dijo con una sonrisa, no hay clases de equitación, así que podemos ir a tirar.

Y fuimos a tirar. En el polígono había algunas personas con ropa de caza; el marido de Veronika me los presentó a todos uno tras otro. No muy lejos de allí había una mesa adonde los mozos iban trayendo unos bocadillos y botellas de vino. Luego vamos a brindar por la exitosa finalización de las clases, dijo. Ahora a trabajar. Cuando empezamos, me resultó claro que estaba fingiendo. Seguía sonriente, pero las manos le temblaban y erró cinco disparos seguidos. Yo no estuve mejor. Pero me sentía más tranquilo, ahora sabía dónde estaba parado. El dandi tenía todo claro; iba a intentar deshacerse de mí de

un modo elegante. Evidentemente también Veronika había jugado conmigo. Cuando levantamos los vasos, dijo: por lo demás, he oído que lo trasladan. Dejé el vaso: ¿dónde ha oído eso? Cerdo, pensé, y apenas pude contenerme y no decir lo que debí decir: la madre que te parió, ricachonazo, qué bien que me la hiciste. Tendría que haberlo hecho reventar ahí nomás, en el polígono de tiro de Liubliana. Pero a los que son como él nadie les pega un tiro; no les pasa nada, nunca; siempre tienen la sonrisa colgada en el rostro. El dandi sonrió: el mayor Ilić es un buen amigo mío, fue él quien me contó. Me di media vuelta y me fui. Señor teniente, gritó detrás de mí, no se olvide de llamar por teléfono.

No me olvidé. Me fui directamente al cuartel, me presenté a dar parte; en la oficina, mientras esperaba a que me llamara Ilić, disqué el número de teléfono. Una voz femenina me dijo que no podía hablar con Veronika porque estaba enferma. Cuando insistí, la voz me dijo que podía hablar con su madre, la señora Josipina, que estaba de visita. Colgué el auricular, fui de la ventana a la puerta y volví; después di un portazo y me fui al corredor que daba a la oficina del comandante Ilić. Me hizo esperar un buen rato. Estaba sentado tras el escritorio y ni siquiera me miró cuando choqué tacos y dije que venía a dar parte. Firmó unos papeles y extendió uno hacia mí por sobre la mesa. Si no te hubieras presentado, te habría llamado yo, dijo. Aquí está la orden de traslado. A Vranje. A la frontera con Bulgaria. No podía haberme enviado más lejos de Liubliana. Tomé aquella hoja de papel. Justamente era lo que quería preguntarle, dije: ¿adónde me manda? Entonces ya sabías, dijo. Lo sé, dije, por eso vine a dar parte. ¿Querías convencerme de que te dejara en Liubliana? Pensé que tal vez de veras era lo que quería y que por supuesto era una estupidez. Venía con la mísera súplica de permanecer cerca de la mujer a quien enseñaba a montar. Quería..., dije... sólo dije eso. Cuando te confié esta tarea..., dijo en voz baja. No siguió adelante. Tal vez quería decir algo sobre el honor de oficial. Yo quería decir lo que no dije: que me cagaba en el honor de oficial tal como él lo entendía, que el honor de oficial se demuestra en el campo de batalla, donde podemos morir, ahí es donde se demuestra el honor de oficial. Pero eso no lo dije. Él seguramente quería decir que no me merecía otra cosa sino que me degradara y enviara a la infantería, donde iba a tragar polvo y arrastrarme empapado por el barro. La caballería escupe sobre la infantería. Pero él tampoco habló. Comunicate dentro de tres días con el correo de guerra, dijo, tenés el número escrito. Apenas me moví del lugar: todo lo que dije fue quisiera saber qué significa esto. No dije que podías retirarte, dijo el mayor sin mirarme. Volví a chocar tacos en posición de firme.

Podés retirarte, dijo, no quiero volver a verte.

Y me fui. Sólo una vez volvimos a vernos. Y fue cuando empezó todo. Justo antes de aquel abril de la invasión de Yugoeslavia. Más tarde oí que había entregado su unidad al regimiento de tanques alemán en Dravograd. Lo tomaron prisionero, y pasó la guerra en paz y encerrado, él y su honor de oficial. Yo en cambio defendí mi honor de oficial y el suyo en medio de la sangre de Bosnia y Lika, y hasta el último día de la guerra en las montañas eslovenas. Podría haberlo sabido ya entonces; él era un cobarde, si no, no habría escuchado a un señorito de Liubliana, más bien me habría preguntado qué había ocurrido. Pero a él no le interesaba, no le interesaba qué había ocurrido ni qué pensaba yo; podés retirarte, dijo, ni siquiera levantó la vista cuando saludé y salí por la puerta.

Cuando llegué al corredor me alcanzó el mensajero: tiene una llamada telefónica en el cuarto de oficiales de guardia. Era Veronika. ¿Qué ocurre? Nada, dije, ¿no estás en el mar? ¿En qué mar? Estoy en cama con cuarenta grados de fiebre. Dijo que eso era lo que le pasaba a las mujeres si en septiembre se recuestan sobre el musgo del bosque. Intentó reírse, pero la interrumpió un fuerte acceso de tos. Mientras tosía dijo: Leo dice que te van a trasladar. Sí, dije, a la frontera con Bulgaria. Oía su respiración. No es cierto, dijo después de un momento. Es cierto, dije. No pude seguir hablando. Perdoname, dije y colgué el auricular. Todos los que estaban en la habitación me miraron; tuve la sensación de que se burlaban de mí. Me daba lo mismo. Fui a mi oficina a recoger mis cosas, pero entraba y salía gente sin parar. Para ver al oficial a quien le habían dado el traslado, por así decirlo, como castigo. Decidí que iba a juntar todo por la noche, cuando no hubiera nadie... durante la guardia nocturna. Así es, Ilić no había olvidado asignarme una tarea nocturna como despedida de Liubliana. Fui a buscar a Vranac para traerlo de vuelta al cuartel. Estaban los dos con Lord en la caballeriza y me miraban sorprendidos. Desde el domingo nadie los limpiaba ni ensillaba. Se me cerró la garganta cuando dejé solo a Lord y él miraba hacia la puerta por la que nunca más volverían su amigo ni su maestro. Es el fin, adiós, Liubliana, adiós, Veronika, hola, hola, montañas balcánicas, Vranje y Morava.

¿Pero qué me había imaginado? ¿Que esto iba a durar, a seguir adelante? Seguro que el inocente romance sin que nosotros lo supiéramos había estado en boca de todos y se había vuelto un asunto de familia. Seguro habían tenido mucho cuidado de que no se revelara demasiado; el dandi se comportaba como si no pasara nada, aunque pasaba todo, absolutamente todo. Y aunque sin duda la cuestión —que podía pasar de ser un asunto privado a un asunto social—, conmovía a toda la familia de Veronika y Leo, a sus amigos, a todos los que se habían enterado: ¿pero será posible? Ilić había dicho que esa gente era

inconcebiblemente rica. Así que también era completamente inconcebible que Veronika se hubiera enredado con un oficial de caballería de Valjevo, donde producen ciruelas, como jamás olvidaba mencionar su marido. Una mujer casada. En un país católico. Con estudios y educada en la mejor familia. Aunque con algunas rarezas, que se le dejan ver de vez en cuando. Como, por ejemplo, aquel cocodrilo que después mordió a su marido en la tina de baño, ¿en qué parte del cuerpo era que lo había mordido? ¿También se habrá reído así cuando el cocodrilo le mordió el trasero? ¿Y cuando después por eso hubo que matar al animal y embalsamarlo? De mí quedará un recuerdo como el de aquel cocodrilo. Y también Veronika dirá algún día, como decía del aligator: tuvo que irse de casa. Ah, dirá sonriendo, ¿aquel teniente? Leo lo envió a la frontera con Bulgaria.

Yo me equivocaba. La conocía muy poco. Su marido y sus parientes también la conocían poco. Ya todos nos habíamos resignado a mi partida, Ilić había firmado el papel y me lo había pasado por sobre la mesa; Leo estaba aliviado, de nuevo daba en el blanco; la mamá de ella, toda su familia respiraba aliviada, y yo no tenía otra posibilidad sino resignarme. Pero ella no, Veronika no. Cuando por la noche en el cuartel estaba guardando mis trastos militares, sonó el teléfono: en la entrada me esperaba una mujer. Estaba sentada en la recepción, en la puerta se había arremolinado un grupo de soldados de guardia que miraban hambrientos a la joven mujer con los ojos fijos en sus rodillas; no les molestaba en absoluto que tosiera sobre un pañuelo que sostenía sobre su boca. Cuando llegué se retiraron, porque los miré como un cocodrilo. Me senté junto a ella. Noté que el pelo se le pegaba a las sienes; volaba de fiebre.

No te irás a ir, dijo ella.

Parecía que iba a ponerse a llorar. Voy a volver, dije. Me miró sorprendida: ¿por qué estás mintiendo? Sabés muy bien que nunca vas a volver. No respondí nada. Estábamos sentados en aquella recepción en la entrada, en una nube de olor a sudor de soldados, cuero y rústicos uniformes transpirados, y a cada instante algún recluta asomaba hacia el interior su cabeza afeitada. Yo cerraba de un portazo, pero no servía de nada; después de un tiempo otra vez alguno golpeaba con una estúpida excusa y una de las cabezas aparecía por la ventana. Dejalos, dijo casi en un susurro, no importa. Voy a tener que acostumbrarme a los soldados, dijo y se rio con una risa breve y extraña. Empecé a disculparme por no poder conversar con ella en algún otro lugar, pero esta noche estábamos de guardia...

¿No entendiste?, me interrumpió. Me voy con vos.

Me llegó una oleada de repentina felicidad, pero también de miedo, como tantas veces después cuando estaba al borde de una batalla o mientras esperaba las filas enemigas en una emboscada.

¿Cómo? Pero si te vigilan. Me miró y empezó a reír hasta que la tos volvió a ahogar su risa.

¿A mí?, dijo ella, ¿te imaginás que alguien podría controlarme?

No, a Veronika no era posible controlarla. Y cuando tomaba una decisión, era irrevocable. Si había decidido irse en tren a Sušak, entonces se iba en tren a Sušak. Si quería tener un cocodrilo en lugar de un perro o una gata siamesa, entonces tenía su cocodrilo. Y si quería tener un teniente de caballería, su maestro de equitación, entonces tenía a su maestro de equitación.

Dejó una carta en su casa y se fue con el tren a Zagreb, donde me esperó en la estación. Qué decía esa carta, jamás lo supe. De cualquier forma su marido no hizo nada para impedir eso. Al contrario: lo que había hecho hasta ahora se le había vuelto en contra. La había presentado con su maestro de equitación y futuro amante. Cuando se enteró de lo que había pasado, intentó sacarlo de en medio, pero justo de esa manera la había arrojado a mis brazos. Creo que no me va a buscar, dijo ella, pero de todos modos se fue en el tren de media mañana, me iba a esperar en Zagreb en la estación, y después íbamos a seguir viaje juntos a Belgrado y más allá, muy al sur. Eso si no hay ninguna sorpresa en la estación de Liubliana, dijo. Yo entonces no podía pensar en el elegante señor, que sin embargo podría haber preparado alguna buena sorpresa; no me gustaba demasiado su sufrimiento ante la pérdida de su mujer, a quien quería complacer en todo, tanto que finalmente ella estaba huyendo de él. En ese momento yo no pensaba en otra cosa que no fuera que esta mujer joven, inteligente y bella había decidido irse conmigo. A Vranje. Ella no sabía dónde estaba eso. Muy al sur de Serbia, es casi Turquía. Las mujeres aún andan con pantalones turcos; las musulmanas, las serbias no. Y las ortodoxas no pueden salir de casa si no van acompañadas. Pero si no voy a salir de casa, dijo, voy a estar con vos todo el tiempo, rio, la mayor parte en la cama. Cuando estés trabajando, voy a prepararte la comida. Voy a aprender a preparar pasulj y a tomar aguardiente de ciruelas. Tosía y se reía muy contenta. Vranje, decía como soñando, qué hermoso suena. Como Vranac.

Cuando llegué a la estación de Zagreb con el tren de la tarde, la vi en el andén. Estaba sentada fumando con las piernas cruzadas sobre una gran valija. Aunque estaba embelesado de felicidad, o quizá por causa de todos los incidentes que se habían precipitado en los últimos días, no pude dejar de reprenderla. No tenés que comportarte así, dije, ¿qué va a pensar la gente de vos? Me miró sorprendida. En la estación, traté de explicarle, se juntan mujeres de cierta clase. ¿De cierta clase?, preguntó sorprendida.

Bueno pero eso soy yo, una mujer de una cierta clase.

No entendía por qué no debía sentarse sobre la valija en la estación

de trenes de Zagreb, con las piernas cruzadas y un cigarrillo en la mano. El primer desencuentro ocurrió antes de que nos sentáramos en el tren. Otros siguieron apenas unos días después, cuando me presenté en el cuartel en Vranje y, cansados y trasegados por el largo viaje, que probablemente no se correspondía con la imagen que ella tenía de un viaje romántico al sur, nos instalamos en un departamentito al borde del barrio gitano. En Vranje, de un lado de la ciudad viven los burgueses serbios, y al otro lado de un riacho bastante inmundo adonde van a dar las aguas servidas de la ciudad, y apenas por sobre los antiguos baños turcos, se extiende a los dos lados de la calle por la suave pendiente un gran campamento gitano al que llaman Cigan mahala, es decir, el barrio gitano. Para los burgueses de Vranje el riacho bajo los baños turcos es una frontera invisible que no cruza nadie a excepción de los uniformados y los comerciantes. Los gitanos cruzan al lado serbio a hacer algún trabajo, con frecuencia como músicos. Y a Veronika, a quien por supuesto no se le pasaba por la cabeza quedarse sola en casa, tampoco se le pasaba por la cabeza no cruzar la línea del territorio prohibido, aunque conocía perfectamente esta demarcación. Ya en el segundo o el tercer día, en medio de una espléndida tarde, se encaminó directamente al campamento gitano. No llegó demasiado lejos. Primero se arremolinó a su alrededor una multitud de chicos bulliciosos; después las mujeres empezaron a palpar su ropa de buena calidad; por último, aparecieron unos hombres sonrientes que le proponían que pasara con ellos a la casa más próxima. Uno de ellos la agarró de la mano y trató de arrastrarla tras él. Por suerte aparecieron dos uniformados y entre los gritos de los gitanos la trajeron de vuelta a nuestro departamento sana y salva. Con la seria advertencia de que si algo le ocurría, las autoridades no se harían responsables. Y con el pedido hacia mí de que cuidara que no se repitiera un incidente parecido.

Aquella noche nos peleamos por primera vez. Dije que tenía terminantemente prohibido volver a ir más allá de los baños turcos. Esto no es Liubliana, ni tampoco Belgrado. Aunque todavía estaba conmocionada por la multitud de rostros y manos entre los que de repente se había encontrado, me miró furiosa. ¿Terminantemente prohibido? ¿En qué tono me estás hablando? Dije que no podía ser de otro modo, que estábamos hablando de su seguridad. Vos, trinó como en nuestro primer encuentro, vos siempre creíste que yo era tu recluta. A la mañana siguiente estaba más calmada. Parecía que entendía. Había llegado a un mundo donde imperaban reglas distintas de las del tradicional paseo de Liubliana.

Luego pasamos algunas semanas en completa armonía. Claro que no era como en Liubliana, pero Veronika se esforzaba por adaptarse. Caminábamos entre las hojas de otoño junto al calmo, al ancho río

Morava, que pasa por el sur de la ciudad. Le enseñé la canción Oj Moravo y ella la cantaba a media voz, qué linda es, decía, qué linda, más lindo sería si pudiéramos montar aquí. Desde el primer día traté de que nos mandaran los dos caballos. Pero eso no era fácil de lograr desde un cuartel que se consideraba de castigo. Acá enviaban a oficiales que tenían en su historial graves faltas a la disciplina, incluso algunos con breves penas en prisión. Después de numerosos pedidos conseguí que me mandaran a Vranac junto con equipamiento para la intendencia. Para Lord no había ninguna esperanza. Claro que no era posible esperar que el marido mandara, luego de que su mujer se fugara con otro, a su hackney inglés de sangre pura. Y a Vranac, por quien yo estaba muy contento, no era posible sacarlo de la caballeriza militar; el uso del caballo para fines civiles era una falta terrible en aquella colonia de castigo.

La presenté a la mujer de mi amigo Čedo, capitán de artillería, y todos juntos cantamos en una boda Oj Moravo... Los trompetistas gitanos hicieron un corro alrededor de nuestra mesa y nos tocaron canciones de Vranje; Veronika se había encariñado especialmente con una: otvori mi belo Lenče, vratanca, vratanca..., qué linda canción, decía... da ti vidim, belo Lenče, ustanca, ustanca, ábreme la puerta chica, blanca Lenče, para mirar, blanca Lenče, tus labios, para besar, blanca Lenče, tus labios; me apoyaba la cabeza en el hombro con los ojos cerrados y escuchaba la melancólica canción, es tan melancólica, me susurraba al oído, que sólo quiero llorar. Čedo y su mujer le suplicaron que cantara alguna canción eslovena. Dijo que sabía una vieja canción de soldados, de los tiempos en que los muchachos campesinos iban a servir al emperador austríaco por siete años. Y cantó en voz baja, tan baja y tan bella que la escucharon desde las mesas vecinas, en todo el lugar se hizo silencio, y ella cantó: ne jokaj, ljubica, ne bodi žalostna, čez dolgih sedem let se bova vidla spet. Después de siete largos años.

Durante un tiempo parecía que Veronika se adaptaría a la nueva vida. Pero llegaron las largas noches de noviembre y los días lluviosos, en las calles de Vranje había que saltar arroyos de barro que manaban desde las montañas de los alrededores. No era posible pasear junto al Morava, que había crecido sobre las riberas. Veronika leía mucho; recibía libros que le enviaba regularmente su madre, iba a la biblioteca y había aprendido con gusto y rapidez el cirílico. Se quedaba cada vez más en casa. Cuando regresé después de tres días de marcha en medio del barro de noviembre, dijo que era como una Tašana. Tašana era entonces en Serbia una obra de teatro muy popular, en realidad una especie de musical, que contaba la historia de una mujer a quien se le había muerto el marido. De acuerdo con antiguas costumbres, la viuda ya no podía salir de casa, y Tašana,

encerrada, sola, sueña a la luz de la luna con su vida pasada, que ya no está aunque ella esté llena de fuerza vital, viva y a la vez muerta. Su historia ocurre en Vranje y Veronika, que leía todo lo que le caía en las manos, conocía la historia, por supuesto. Estoy encerrada en este departamento, dijo, ¿qué clase de vida es ésta? Yo estaba cansado y no tenía fuerzas para consolarla; es exactamente, dije, exactamente la vida que querías.

¿Ah, sí?, dijo en voz baja. Eso diría Leo, mi marido.

Seguía siendo su marido. Cuando se fue conmigo, cuando en verdad se fugó, dijo que se iba a separar y casarse conmigo. Bajo el ritual ortodoxo. Y yo dije que íbamos a tener una verdadera boda serbia, con trompetistas y doscientos invitados, con canciones y brindis, de esas que duran tres días. Después pasaron los días y de pronto no volvimos a hablar del tema. Ahora decía por primera vez que Leo seguía siendo su marido. Y allá donde Leo Zarnik es su marido, allá la vida es distinta.

Pasaba todo el día en casa, porque casi cada vez que salía a la ciudad, si es que se le podía llamar ciudad a aquel pueblo con casas turcas y barrio gitano, volvía de mal humor. Una noche estalló: ¿pero acá una mujer no puede salir a la calle sin que todos los hombres le claven los ojos encima? Pensé que también en el paseo de Liubliana le clavaban los ojos, cuando se paseaba con el cocodrilo con correa, así que no podía ser tan grave que algún hombre la mirara. No puedo entrar en un café, dijo, sin que dejen caer algún comentario. Le dije que tal vez ayudaría que anduviera con vestidos que cubrieran las rodillas. Y que sin duda sería mejor si saliera a la calle y al café sólo en mi compañía. Esto la enfureció por completo: ¿pero es que las mujeres acá son prisioneras? Empecé a ponerme irascible, no sabía cómo hacerle la vida más fácil. Les gritaba a los reclutas y los sancionaba.

En esa disposición de ánimo me enredé en un grave conflicto con un suboficial. Eran alrededor de las dos, poco después del almuerzo; iba caminando por un oscuro pasillo del cuartel, afuera había nubes bajas y cargadas, y en los pasillos las luces encendidas eran débiles. Oí voces tras la puerta de la oficina de la intendencia; sabía que ahí tomaban “mekano”, un aguardiente inofensivo que golpea con ganas la cabeza. Oí que alguien decía mi nombre, oí risas, y luego alguien dijo con claridad: ya sabés lo que dicen los croatas, nema kurvice do Kranjice, no hay mejor putita que una eslovenita. Abrí la puerta y pregunté: ¿quién dijo eso? Me miraron sorprendidos. El suboficial, que se quedó parado con la botella en la mano —acababa de servir otra ronda—, me miró con un rostro un poco enrojecido. Yo, dijo, y sonrió.

No era nada personal, señor teniente.

Me acerqué a él, le arranqué la botella de las manos; los oficiales

se apartaron, lo agarré de la cintura y lo estrellé contra la pared. Esto sí es personal, grité, esto es personal, perdí los estribos por completo, estaba extrañamente enfurecido, desabroché la pistolera para sacar el revólver, no es que quisiera dispararle, ni yo sé qué me pasaba, tal vez quise asustarlo, pero por haber desabrochado la pistolera poco faltó para que me mandaran a un tribunal militar.

Por haber infringido las reglas del servicio recibí sólo una sanción disciplinaria: una semana de cárcel. Lo mismo recibió el suboficial, por haber introducido alcohol en el cuartel. Y cuando unos días después entregamos los dos juntos los cinturones y cordones antes de entrar al castigo, dijo que lo sentía. No había tenido la intención de hacer nada grave. Yo pensé que era yo quien lo sentía, lo sentía por Veronika, que ahora iba a estar más sola arrumbada en aquel departamento, lo sentía por mí, que en lugar de estar en Liubliana, donde mi carrera estaba en ascenso, estaba en Vranje, en este antro turco con calles embarradas y un barrio gitano, en medio de estos oficiales a los que mandaban acá desde toda Yugoeslavia, por haraganes, borrachos e incompetentes, al contrario de mí, que hasta ayer era, por así decirlo, lo menos parecido a esto, era el mejor oficial de la unidad del mayor Ilić. El suboficial me palmeó la espalda: éste es el fin de la carrera, teniente. A menos que pronto haya alguna guerra.

Y llegó la guerra, no “alguna”, sino una gran guerra, la más grande y temible.

El día que salí del castigo, la encontré llorando. Pensé que la embargaba el dert, que es esa sensación de melancolía de aquel musical sobre Tašana, la nostalgia por la vida que no puede vivir una mujer encerrada. Pero no era eso. Estuve en el barrio gitano, dijo. No pregunté qué era lo que había ocurrido ahí, me asaltó la ira. Ira por la cárcel de la que acababa de salir, por el suboficial que ni siquiera ahí había dejado de burlarse de mí, por la carrera perdida, por ella sentada sobre la valija y fumando en la estación de Zagreb, como una Kranjica que espera a sus clientes, porque también acá, en Vranje, se comporta como si estuviera en el paseo de Liubliana, porque los oficiales se burlan de mí; ira por sus deseos indomables, porque siempre tiene que hacer exactamente lo que se le dice que está terminantemente prohibido. Escapa con su maestro de equitación. Va al barrio gitano. Antes aun de que pudiera darme cuenta de lo que hacía, le di una bofetada. No le había preguntado por qué lloraba, la golpeé, porque de nuevo tenía ante mis ojos la escena de la multitud de gitanos que la arrastraba de acá para allá, para que por fin entendiera que no puede hacer absolutamente todo lo que le pasa por la cabeza. Que no puede meterse en situaciones en que unos hombres le pongan la mano encima, que ellos sólo entienden que se está ofreciendo, no pueden entender otra cosa.

Se quedó mirándome durante un rato. Se secó las lágrimas. Tendría que haber sabido, dijo en completa calma después de un rato. Que eras un hombre violento. Sentí una tristeza terrible. Me fui a la primera taberna y tomé unos cuantos vasos de aguardiente. No entendía qué había ocurrido. Una semana atrás había atacado a aquel suboficial abotagado y lo había estrellado contra la pared; ahora había golpeado a Veronika, a una mujer que lloraba porque seguramente le había ocurrido algo grave. Ni siquiera le pregunté qué era lo que le había ocurrido. No sabía de dónde había salido todo esto; ser soldado no significa ser un hombre violento. La violencia es una parte de la profesión militar, pero el honor de oficial no permite que se golpee al más débil. Su marido seguramente jamás había hecho algo así. Él lo habría resuelto con una sonrisa en la boca. A ella no le gustaba la gente violenta, que arrojaba hermosos caballos a la batalla bajo las bombas, o sea, granadas. Un hombre que piensa que puede hacer eso, también golpea a su mujer. Es un hombre violento. Sabía que jamás me iba a perdonar esa bofetada. Por la noche cuando volví, ella estaba tendida en la cama mirando al techo. Quiero irme a casa, dijo.

Me arrodillé junto a la cama y le supliqué que me perdonara. Ya lo hice, dijo. Entiendo que no te resulte fácil estar conmigo. Le acaricié el pelo, pero ella retiró la cabeza. Te tengo miedo, dijo. Se apoyó sobre los codos y me miró a los ojos. Tenés una mirada oscura, dijo. Tengo miedo de la gente que tiene una mirada tan sombría.

Aquella noche le conté algo que aún no le había contado a nadie. Sobre el alma de un niño que por primera vez se enfrenta a la violencia. Tenía seis años cuando mi padre enganchó una yunta de caballos en el carro y nos llevó con mi madre a un pueblito más o menos a una hora de camino de Valjevo. Incluso ahora no entiendo por qué teníamos que acompañarlo. Quizá pensó que así sería más fácil cobrarle la deuda a aquel campesino. Tampoco sé por qué llegamos recién por la noche, tal vez se rompió alguna rueda, tal vez nos demoramos demasiado en algún restaurante por el camino, no recuerdo. Papá había tomado un poco de vino y quizá por eso estaba envalentonado, aunque en realidad era un hombre pacífico y amable, siempre quería arreglar todo por las buenas. Tal vez nos llevó con él justamente porque quería arreglar el cobro de manera pacífica, casi en el círculo familiar. Así que llegamos hasta una casa, nos detuvimos en el frente, ante la cerca. No había ninguna luz encendida. Mamá dijo, vámonos, no hay nadie en casa. Está en casa, dijo mi padre. Después llamó varias veces por el nombre a esa persona. Nada, no se encendió ninguna luz. Topalović, llamó con una voz amenazadora que no sé de dónde habrá sacado el bueno de mi papá, tal vez del vino que había tomado por el camino. Topalović, llamaba hacia la casa. Me acuerdo de ese nombre, Topalović, llamaba, sé que estás en casa, vine por el

dinero que me debés. Después oí que algo cambió de lugar junto a la cerca, una sombra se movió, oí un ruido sordo, y cuando miré hacia arriba, vi el rostro de mi padre chorreando sangre. Aquel hombre, aquel Topalović, había venido por la espalda en la oscuridad y lo había golpeado con todas sus fuerzas en la cabeza con un trozo de madera. ¿Vos, gritó el hombre-sombra, vos me vas a venir a querer cobrar a mí en la puerta de mi casa? Además del golpe, cayó una lluvia de insultos humillantes. Mamá lloraba, a mí se me partía el pecho, hasta entonces no había vivido algo tan terrible. Papá con la cabeza ensangrentada, mi madre, llorando, sus quejidos, sí, sollozos, tal vez llanto y la pregunta: ¿qué pasó, qué pasó? Los caballos se habían espantado del susto y habían arrastrado el carro por la calle del pueblo en medio de la noche. Y nosotros tres estábamos ahí parados, completamente inermes en un lugar extraño frente a una casa oscura por donde había desaparecido aquella sombra. Después anduvimos por el pueblo a oscuras, buscando el carro y los caballos. Durante muchos años el incidente desfilaba ante mis ojos, me despertaba y quería ser fuerte para poder defender a mi padre de aquella terrible violencia. Tampoco supe qué había ocurrido con el dinero de aquellos caballos, en casa no volvimos a hablar del tema nunca más; sólo sé que después, ya era casi la madrugada, clareaba sobre las montañas, un campesino tenía unos caballos del bozal y nos miraba meternos en el carro, todo el camino de vuelta nos deteníamos para que mamá volviera a atarle su blusa blanca en la cabeza a mi papá.

Veronika miraba al techo.

Es terrible, dijo después de algún tiempo. Después volvió a largarse a llorar. Pobrecito mío, pobrecito, dijo. Lo que tuviste que pasar. Y después fuiste a la escuela de oficiales. Tal vez justamente por eso. No fue por eso, dije, no podría hacerle a nadie algo así. En mi ciudad todos los jóvenes quieren ir a la escuela de oficiales, no tiene nada que ver con ese episodio. Ta vez es por eso, repitió, prometeme, dijo, prometeme que no vas a hacerle a nadie algo tan terrible. No podía prometérselo, ya había dicho que no haría algo así, no podía imaginarme haciendo algo parecido. A excepción de a una persona, Topalović, cuyo rostro no había visto nunca y de quien no volví a oír, a él podría haberle hecho eso.

Y lo hice. Y cosas aún peores, antes de terminar en Palmanova. No sólo disparé sobre personas, sino sobre mi propio caballo, Vranac, que ella quería tanto. Pero era la guerra, la guerra, la guerra de la que volví con una sola herida, sin un diente, tuve una suerte inimaginable.

Antes, mucho antes de llegar a Palmanova, estuvimos todo el invierno y la primavera del 45 persiguiéndonos por aquellas montañas y mesetas eslovenas con el noveno cuerpo de Tito, primero nosotros a

ellos, después ellos a nosotros. Tuve suerte todos estos años. Esto no es nada, una pequeña herida insignificante. Dios mío, qué heridas no habré visto. Gente muerta, cadáveres verdes en los pueblos bosnios que nadie había tenido tiempo de enterrar. Sí, también caballos muertos, querida mía, Veronika, los caballos que empujamos al ataque bajo la cortina de fuego de los morteros partisanos, no de las bombas, Veronika, bajo granadas de mortero que despedazaban los vientres de los caballos y arrancaban las piernas de los jinetes. De los jinetes a los que yo les había enseñado a montar, a descolgar la carabina al galope, a quitar el seguro, disparar, blandir el sable, qué locos estábamos, cabalgábamos directamente al puesto de la ametralladora y cantábamos: napred, braćo četnici, silna će borba da bude, avancen hermanos en armas, que la lucha será dura; insensatez es una palabra muy inocente, Veronika, locura es la palabra correcta, todos habíamos enloquecido. Y nos habíamos endurecido. Ellos y nosotros. Los heridos y los prisioneros no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir. Ni los nuestros ni los suyos. Ubićemo, zaklaćemo, ko sa nama neće, matemos, arrasemos a los que no están con nosotros; también eso cantábamos. Eso no puede decirse en esloveno, en esloveno se dice: lo carneé como a un cerdo. Eso dijo un prisionero partisano cuando le preguntamos qué había pasado con el capitán Vukmirica, que días atrás había caído en sus manos. ¿Con Vukmirica?, preguntó, ¿con ese chetnik? Nos miraba aterrorizado; era un muchacho joven, campesino, sabía que no iba a salir vivo; nadie salía vivo de nuestras manos, lo carneé como a un cerdo, dijo, aunque había miedo en sus ojos fue todo lo que dijo antes de que un muchacho de mi unidad, Šumadinec, tan joven como él, le atravesara el estómago con una ráfaga de su Schmeisser.

Todo esto y muchas otras cosas vieron mis ojos, que ahora miran este rostro con la barba crecida y estos cabellos grises en el espejo. Los cabellos grises en las sienes vinieron con la guerra. Tal vez llegaron el día que tuve que dispararle a Vranac. Tenía una mano rota; me miraba como una persona; ya sabés que a veces los caballos miran así, como si entendieran todo. Sé exactamente dónde ocurrió. De muchos compañeros no sabría decir dónde cayeron y murieron; de Vranac podría mostrar el patio donde terminó su trayectoria militar y sus años de vida conmigo. En el pueblo Udbina, en Lika, tal vez volvamos alguna vez, y entonces un día voy a ir ahí y voy a recordar una vez más lo que pasó. Ahora trato de olvidar, aunque todas las noches me retumba la cabeza por los disparos, las órdenes, las ráfagas, las huidas, las explosiones, los gritos, las escondidas, los sollozos de mujer y los llantos de niños, las carreras de los cascos de los caballos, las vigas ardiendo que caen en la casa junto con el tejado. Pero a Vranac no lo voy a olvidar, seguro que a menudo lo recordarás, Veronika. Encontré

otro caballo negro; también a él lo llamé Vranac, ahora corre libre tras el cerco con otros caballos de oficiales. Eso era lo que querías, ¿no? Que los caballos no estuvieran en caballerizas sino corriendo libres por los alrededores. Es joven e impetuoso, pero también asustadizo, él también vivió más que otros caballos en toda su vida, aunque tiren de carruajes imperiales y desfilen al trote ante el público reunido alrededor de la pista. Anoche lo oí relinchar; pensé que te había reconocido, ¿pero cómo podría reconocerte? El que podría haberte reconocido tembló y se quedó tendido en un patio de pueblo en Lika. Lo pensé porque yo sigo pensando en vos muy a menudo, Veronika. Desde que te fuiste no pasa un día en que no piense en vos, cuando cae la noche, o aun antes, en las montañas de Bosnia o en la casa de campo en Lika, junto al frío Soča o en este campo de prisioneros aquí en Palmanova. Los caballos conocen los pensamientos de sus jinetes, no quiero decir sus amos, los jinetes, que tan a menudo son parte de sus cuerpos. O se habrá despertado porque me desperté yo cuando te vi llegar tan vívida, tan vívida entre las literas de la barraca de oficiales directamente hacia mí.

No estuvimos mucho tiempo en Vranje, aunque a ella debe de haberle parecido una eternidad. En la primavera del 38 me trasladaron a Maribor. Intuí que detrás de esa orden se habían mezclado las suaves manos de un dandi de traje blanco. Manos que cuentan dinero y lo empujan metido en un sobre al otro lado de una mesa en el café Union o en el restaurante “Bajo los castaños”, ante el mayor Ilić. Tal vez después de aquella infeliz bofetada, Veronika misma había retomado contacto con su marido. No sé qué ocurrió. Un nuevo traslado repentino era algo muy inusual. Yo ya no era un oficial confiable, a quien del castigo de Vranje fueran a trasladar a la frontera con Austria, aunque la división del Drava necesitaba cada vez más soldados.

Sea cual fuera el trasfondo, a fines del invierno del 38 estábamos en Maribor; me dieron un departamento en el centro de la ciudad y me devolvieron mi escuadrón en el cuartel de caballería. La nieve se derretía, olía a primavera y Veronika florecía otra vez. Estaba entre su gente; iba de paseo a un maravilloso parque de la ciudad. Montaba en el club de equitación de Kamnica junto a otras damas de Maribor. Contaba sobre su vida en Vranje y las lentas y nostálgicas canciones que había aprendido allí, sobre el río Morava, sobre los baños de Vranje, sobre los trompetistas gitanos y las bodas; tomando el té, entretenía al grupo reunido con los relatos sobre las costumbres ortodoxas, que llevan a sus muertos su comida favorita a la tumba. Por la noche llegan los gitanos y hacen ahí una fiesta. Para ella era una alegre y excitante aventura, hasta mi entredicho con el suboficial adquiría una pátina de leyenda caballeresca, mi Stevo, decía, él es

todo un caballero medieval y también un gentilhombre. Se calló lo de la bofetada. Hacía reír al grupo con el dicho: la caballería escupe sobre la infantería. Un día oí desde la cocina que le contaba en la sala de estar a una dama que había llegado de visita cómo la había conmovido, cuando una vez fue al barrio gitano, y vio que allí carneaban corderitos. Yo escuchaba. Eso había sido cuando nos habíamos peleado tanto. Contaba que en plena calle, así como así, la sangre de los pescuezos degollados de los animales que aún tenían estremecimientos corría por la zanja junto a las casas. Hasta el día de hoy, dijo, si cierro los ojos veo esa escena terrible. A mí no me había contado ni entonces ni después qué había ocurrido aquel día cuando llegué de la cárcel y le pegué porque había vuelto a andar por el barrio gitano. Evidentemente yo no era digno de que me lo contara. Era digno de compasión por un episodio de la infancia, era un caballero, porque había luchado por su honor, era el compañero de baile en Maribor, baile que llamaban Jadranska noč, la noche del Adriático, pero eso era todo; entre nosotros dos algo se había desgastado en el desgraciado episodio de Vranje. Allá estaba en una jaula, yo sabía que era así como se sentía, tal vez también le había contado esto a alguna amiga. Y se desgastó también en otro lado. En Maribor todo iba para abajo, con bastante rapidez. Además pasábamos cada vez menos tiempo juntos. Las maniobras de la división del Drava eran cada vez más frecuentes, la frontera estaba a unos kilómetros de allí y tras ella estaba la convulsionada Austria, por donde ya marchaban desembozados los nazis locales; se acercaban grandes acontecimientos, se sentía por todas partes. Nuestro escuadrón de caballería recibió tanquetas, pequeños vehículos de combate de la marca Škoda, que debían reemplazar gradualmente a la caballería. Me parecía una completa locura, pero no me quedaba otra cosa que dejarme instruir y conducir aquel torpe, ruidoso y hediondo vehículo, en lugar de montar a caballo. Vranac, que era cada vez más mi única alegría, se quedaba solo en la caballeriza.

Poco después de nuestra llegada, la madre de Veronika vino a visitarla. La señora Josipina. En unos pocos días redecoraron todo el departamento, que entonces empezó a parecerse a uno en el que Veronika había vivido antes. Mientras tomaba el té con masas, mamá Josipina contaba de su juventud en Rijeka. En aquel entonces tenía el cabello rubio, por eso la llamaban bionda. Su marido, el padre de Veronika, se llamaba Peter como nuestro joven rey; como ya oímos, tenían una hermosa casa con vista al mar en la isla de Cres a lo lejos, con jardín al frente; Peter había comprado un barco, los dos bailaban en el café. También esto lo habíamos oído muchas veces. Nos puso un ama de llaves que andaba de acá para allá todo el día por el departamento y limpiaba cada pequeña cosa, a excepción de una: mis

botas con barro ni las tocaba. Probablemente le daban asco, en especial cuando volvían de maniobras de diez días y habían estado día y noche en los pies de su dueño, incluso para dormir. En el departamento remodelado había cada vez más gente, llegaban señoras, sus amigas de equitación, y con ellas también sus esposos. Yo me sentía cada vez peor entre ellos, algunas noches al salir del cuartel prefería desviarme y cenar en un restaurante.

Una noche comí en un restaurante de la calle rey Alejandro. En la mesa vecina había un grupo de hombres ruidosos, unos comerciantes, que se habían demorado en el hotel, y sus socios de Maribor; uno de los extranjeros era checo, vendía maquinaria; otro era viajante de comercio y vendía material de laboratorio. Éste, si entendí bien, parece que se dirigía a Trieste, y esperaba a que llegara aquí su compañero de trabajo de Praga, se llamaba —no sé por qué lo recuerdo—, Erdman. El más ruidoso era un comerciante croata; tenía una gruesa cadena de oro, y así como así, sin ninguna excusa, arremetió conmigo. Sabía que hablaba de mí aunque ni siquiera me miraba. Para estos serbios, dijo, todo el mundo es un cuartel de caballería. Un inmundo cuartel de caballería. No le presté atención, aunque en mi interior estaba temblando. Ya entonces tendría que haberme dado cuenta de que al final los serbios íbamos a ser los culpables de todo. Y entre los serbios, la caballería, a la que cambian por tanquetas de la marca Škoda. Y en la caballería yo, que de pronto ya no tenía mi departamento de oficial sino cortinas de encaje y de ahí para adentro mandaban mamá Josipina y su ociosa hija, sus consentidas visitas y su ama de llaves, a quien le daban asco las botas de oficial.

Ahora era sólo cuestión de tiempo y tras la madre iba a aparecer el dandi, de quien la distinguida señora hablaba ya incluso en mi presencia con cariño y admiración. De sus negocios, de sus automóviles. La señora madre le contaba muy entusiasmada a su señora hija —así nomás, en mi presencia—, que Leo había comprado un castillo en alguna parte de Gorenjska, en realidad una mansión aledaña al castillo; un antiguo edificio perteneciente al castillo, con parque y lago, con coto de caza y establos para los caballos. Mansión Sotomontana, así se llama, a toda la propiedad le dicen Podgorsko, es decir Sotomontana, porque a la mansión le corresponde también un extenso predio, bosques, campos, caballerizas; está ubicada bajo el pico Escarpado, que de escarpado no tiene nada, una ladera verde se alza tras el edificio; desde las ventanas la vista llega hasta la llanura, hasta Gorenja vas y otros pueblos desde donde llega la gente que cuida de todo el predio. Es muy bello, la señora madre Josipina había estado allí, se había paseado por el parque verde, que olía a la mañana fresca y helada de primavera. Leo, el marido de Veronika —esto lo

decía varias veces sin mirarme—, Leo, tu marido, pasa más tiempo allá que en Liubliana, sigue solo, pero a menudo lo visitan artistas de Liubliana; compra sus cuadros, los apoya; el pianista, Vito, te acordás, Veronika, ¿no?, de vez en cuando organiza alguna velada musical. Veronika estaba inusualmente curiosa, hacía todo tipo de preguntas sobre esta adquisición familiar, cómo eran los cuartos, dónde estaba la cocina y cómo era la vista desde los dormitorios. ¿Y se puede cabalgar por los alrededores? El poderoso Leo Zarnik apareció sin mostrarse. Cada vez estaba más presente. Como en realidad siempre había estado presente, cada día, también en Vranje, donde volvió a entrar en nuestra vida cuando cayó aquella bofetada infeliz. Ahora llegaba con las historias de su madre, la señora Josipina. La señora Josipina se fue, pero él se quedó, invisible, aquí entre nosotros dos. Pero también la madre volvió después de algunos días y se quedaba cada vez más en el departamento.

Yo andaba en tanqueta y me arrastraba por el barro en las maniobras de primavera.

Se fue aquella mañana soleada de invierno, me acuerdo perfectamente, entonces la ciudad estaba conmovida por la noticia de un crimen terrible que había ocurrido en Pohorje. Todos hablaban de la desventurada pareja que, según se decía, había subido con mochilas de excursión por un camino aún nevado del bosque y ahí los habían interceptado unos desconocidos y los habían matado bestialmente y al parecer, también les habían robado. También en el cuartel del mariscal de campo Mišić se hablaba de eso. Quién lo hubiera pensado, dijo uno, estos pacíficos eslovenos... ¡y son capaces de semejante cosa! A mí no me impactó especialmente, por todos lados hay gente violenta y criminal, ¿por qué no habría de haber también en Maribor? Cuando entrada la tarde volví a casa, el ama de llaves me abrió la puerta. Estaba pálida y al principio pensé que también a ella la había asustado la historia del crimen en Pohorje. Pero ella dijo que la señora se había ido, que había dejado una carta para mí. Supe de inmediato lo que había pasado, tal vez lo esperaba desde mucho tiempo atrás. El ama de llaves se quedó mirándome, mientras abría la carta, y dijo que podía quedarse si yo la necesitaba. Dije que no la necesitaba. Puede irse de inmediato, voy a limpiar yo mismo las botas. Como siempre lo había hecho hasta ahora. Ya no necesitaba a nadie.

Veronika me informaba que volvía con Leo. Seguía queriéndome, no se arrepentía de todo lo que habíamos vivido y padecido juntos. Pero yo, Stevo, tenía que saber que nos habíamos distanciado mucho uno del otro en el último tiempo. Me sentía como un cocodrilo recién embalsamado. Pero ni siquiera había mordido a su marido.

Recibí su última carta en la primavera del 38, ahora apenas empieza el verano del 45. Casi siete años han pasado desde que se fue.

Para mí es como si hubiera sido ayer. Recuerdo aquel departamento vacío de Maribor, nunca lo voy a olvidar. Los muebles estaban en su lugar, no se había llevado nada, excepto sus vestidos y algunas minucias; pero estaba vacío, porque ella ya no estaba ahí, ella no estaba ahí, ni su risa, ni sus pasos, nada, en el baño goteaba agua de la ducha; se había bañado por la mañana y se había ido. Esas gotas tampoco las voy a olvidar jamás, ahora mismo las oigo, plonc, plonc, golpeando sobre la bañera de porcelana, como segundos, como minutos, como el tiempo que corre en silencio. Como si ahí algo se hubiera detenido y hubiera comenzado a correr distinto, lo recuerdo con exactitud, aunque en estos siete años ocurrieron más cosas que en todo el resto de mi vida anterior. Ella ya no está. Yugoeslavia tampoco está más. El ejército real no está por ningún lado, porque a estos prisioneros que haraganean entre las barracas de Palmanova no es posible llamarlos el ejército real. Yo sigo aquí, si es que yo sigo siendo yo mismo.

El tiempo que viví entre su partida y el comienzo de la guerra se abre en mi memoria como una suerte de hueco vacío y sin fondo. Yo quería convertirme en lo que era antes de conocerla: un buen oficial. Pero en mí ya no había ningún entusiasmo. Hacía mi trabajo, gritaba a los reclutas, bostezaba en las guardias nocturnas, a veces me tomaba unos vasos de aguardiente de ciruelas en la oficina con otros oficiales, y por la mañana volvía al departamento vacío. Otra vez empezaron a llegar cartas de Valjevo. Jelica me decía que seguía esperándome. Me puse en camino, anduve por allá tres días, dormí con Jelica, en medio de la noche lloraba, decía que ya no me reconocía, ¿qué había ocurrido conmigo? Volví al departamento que estaba más vacío aún; le escribí pidiéndole que se mudara conmigo; no se decidía. Así pasó ese tiempo vacío. Después no fue Jelica sino Čedo quien se mudó conmigo; lo acababan de trasladar de Vranje a la frontera norte; cenábamos y desayunábamos juntos, él cepillaba y lustraba las botas, también las mías; juntaba las botellas vacías; evitamos hablar sobre Veronika. Las primeras semanas después de su partida, me llamó algunas veces para saber cómo estaba. Bien, qué otra cosa podía decirle. Por último dijo que se mudaba al campo, a aquella mansión de la que hablaba su madre. Muy bien. Después hubo un largo silencio. No pude contenerme, le escribí algunas cartas; no hubo respuesta. Luego aquel silencio se extendió, desapareció en una especie de hueco vacío sin fondo, en una especie de calma que interrumpía el retumbar de los obuses en el campo de maniobras de Slunje, adonde íbamos para las maniobras, las risitas de las amigas de Čedo, que llegaban con él de la noche de la ciudad, el canto y los pasos por el patio del cuartel, marširala, marširala.

Unos días antes de la invasión de Yugoeslavia en abril me encontré

con el mayor Ilić. Estaba sentado en un automóvil ante el depósito de la intendencia. Iba con su unidad de camino a Dravograd. Se estaban pertrechando en Maribor con municiones y alimentos. Dijo que se alegraba de verme. No se había alegrado de tener que mandarme a Vranje, pero yo entendería que no había otra posibilidad. Le contesté que entendía, pero en realidad me daba absolutamente lo mismo si lo lamentaba o no; ahora de todos modos todo era como antes. Veronika ya no estaba, no estaba en Vranje, sólo estaba el cuartel y el mayor Ilić, que se preparaba para partir a algún lado y vencer y ascender a coronel. Lo único nuevo era que había comenzado la guerra que esperábamos desde hacía tanto tiempo. Fuiste un buen oficial, dijo Ilić, pronto vas a tener ocasión de demostrarlo. Estaba por irse, pero luego se acordó de algo.

Sí, dijo, mi amigo Zarnik me invitó a su mansión. Allá volvieron a casarse él y su esposa. Ilić se rio a voz en cuello. La ataron con una cadena, dijo, para que nunca más pudiera separarse.

Buen chiste, ¿no?, dijo.

Y se fue hacia Dravograd, donde unos días después su unidad se entregó en acuerdo a todas las reglas militares al capitán de la división motorizada alemana.

Yo me quedé donde estaba con todas mis tanquetas. Pensando en Veronika, que ahora vivía en alguna mansión, de nuevo felizmente casada, por segunda vez con el mismo marido. Maldije al idiota que inventó las tanquetas que iban a reemplazar a la caballería, esas máquinas payasescas para las que no había combustible. No había combustible para moverlas en contraataque hacia Šentilje; justo entonces faltaba. Por suerte aún estaban aquí los caballos. Con los restos del escuadrón, con esa parte del equipo que en medio de la traición y la cobardía generalizadas no se había dispersado, junto con Čedo atravesé a caballo Eslavonia, donde los campesinos croatas se paraban en el camino y nos escupían encima. No era la caballería la que escupía sobre la infantería. Los campesinos escupían sobre nosotros y nos hacían gestos con las horquetas en alto, y los caballos bajo nuestros cuerpos a menudo se espantaban. Y cuando llegó la noche, nosotros, los jinetes del célebre ejército real, tuvimos que pedirles a los campesinos de Eslavonia que alimentaran a nuestros caballos con avena y a nosotros con comida. Cuando los ruegos no surtían efecto, el arma en la mano sí.

Nos enteramos de que en Bosnia se estaba formando la resistencia; de pronto me pareció que la vida volvía a tener algún sentido. Con Čedo nos juramos luchar hasta el final, contra los alemanes, contra los italianos, contra los húngaros, contra todos, por el rey y la patria. En una casa en el campo arrojamos los vasos a la pared; por desesperación, porque el célebre ejército se derrumbaba, y de alegría,

porque algo nuevo estaba por comenzar. Cantamos y tiramos tiros al aire en el patio. Apestaba a aguardiente de ciruelas y a muerte. Era una insensatez, ese juramento, una insensatez, como diría Veronika, que en nuestro primer encuentro se rio cuando yo le conté por qué cabalgábamos a la batalla, una insensatez, enfrentarse a todos los que se ciernen sobre nosotros, y más aún a los que nos traicionaron. Pero después de verdad nos enfrentamos, nos matamos, hedía a miedo y muerte, nos enfrentamos primero a los alemanes, junto con los comunistas. Después los comunistas nos golpearon por la espalda y de pronto nos convertimos en aliados de los alemanes. Esto era algo inconcebible para nosotros, los herederos de los célebres salónicos, nuestros enemigos, sus oficiales, entraban y salían como querían de nuestro cuartel general; coordinamos el ataque a los comunistas que cada vez eran más. A pesar de eso, en Bosnia nos enfrentamos a los ustachas, aunque ellos eran verdaderos esbirros de los alemanes; nosotros no, nosotros sólo coordinamos acciones con ellos. Y con Čedo estábamos todo el tiempo juntos; primero contra los alemanes, después contra los ustachas. Al final y hasta que terminó la guerra contra los comunistas. Por Bosnia, por Lika, en las montañas eslovenas.

Cuando justo antes de que la guerra terminara le acertaron en el vientre y al caer se golpeó la cabeza contra una piedra, lo tuve en mis brazos; entre los labios balbuceantes le brotaba espuma como a un caballo después de una larga marcha. Recordé cómo cantábamos en Vranje, Oj Moravo, Veronika apoyaba la cabeza sobre mi hombro y escuchaba con los ojos cerrados. Después a instancias de Čedo cantaba también ella, después de siete largos años nos vamos a volver a ver.

Y así fue. Anoche, cuando llegó tan vívida por el corredor entre las literas a la barraca de oficiales y se detuvo junto a mí. ¿Qué pasa, Stevo?, dijo, ¿no podés dormir? Quise decirle: Pensé que vivías en Gorenjska, al pie de una ladera verde, donde abajo hay una llanura con anchos campos; eso quise decirle, ¿salís a veces a montar por los alrededores? Pero ella ya se estaba yendo, ya no estaba más. Claro, quise decirle, claro que sabía que vivía en una mansión, en su jaula de oro, ¿no me había dicho una vez: yo ya no soy libre? Ahora está voluntariamente encadenada a un hombre al que tal vez no quiere más que a mí, pero prefiere vivir con él. De todos modos anoche vino a mí, anoche la vi, llegó sola, Veronika.

Hace unos días, los mensajeros trajeron la noticia de que aquel cabo austríaco, que ahora se las da de mariscal, había dado un discurso en Liubliana. Gritó ante la multitud reunida que los traidores no volverían a ver nuestras bellas montañas. Esos vendríamos a ser nosotros, los soldados del rey, los que nos habíamos mantenido leales. No ellos, que en el otoño del 41 nos encañonaron por la espalda. El

mundo está patas arriba. Está roto como este espejo en el que veo los trozos de mi rostro, los trozos quebrados de mi vida. De todos modos me voy a afeitar. Me voy a ajustar el cinturón, a alisarme el uniforme e ir al sitio de reunión adonde llama la trompeta; ya todos están reunidos. Y vivos. Por la tarde voy a montar para que Vranac no se ponga mañero. Tal vez le escriba una carta a Jelica.

2

Si se hubiera quedado con Stevo, le dije a Peter, hoy nuestra hija seguiría en aquel departamento de Maribor. En el departamento del oficial serbio que dejaba las botas embarradas en el vestíbulo. O tal vez estaría allá en el sur de Serbia criando gallinas. Pero yo al menos sabría dónde está. Y no me despertaría todas las noches pensando que fui yo misma quien la instó a que volviera con Leo. Para que se mudara a su mansión, de la que estaba casi tan enamorado como de mi Veronika. Y yo me mudé con ella. Y de ahí desapareció nuestra Veronika en el año 44, unos días después de Año Nuevo; desde entonces no se ha sabido nada más de ella. No tenés nada que reprocharte, dijo Peter. Se quedó pensando, como siempre, se quedó callado un momento, luego dijo: no tenés nada que reprocharte. Claro que no, no puedo reprocharme nada, ¿por qué tendría que reprocharme no haber soportado que viviera en departamentos militares y que criara gallinas? Ella, una amante de los papagayos, los caballos y los cocodrilos. Ella, que estudió en Berlín y escuchaba a Beethoven. Me afligía verla viviendo así; si ella podía soportar semejante vida, yo no podía. Pero por la noche, en mi departamento vacío de las afueras de Liubliana volvía a mí aquel pensamiento insidioso: si sólo se hubiera quedado con ese oficial... Encendí la luz y busqué la foto de Peter. Ahora ya converso con él todas las noches; él es el único que consigue tranquilizarme.

Hoy vino a casa Filip, el hermano de Leo. Vino a averiguar si tengo todo lo que necesito. Claro que no tengo todo lo que necesito; este departamento con dos cuartos en las afueras de Liubliana no es exactamente una mansión, dije. En realidad estaba bromeando, él sabe muy bien que no es la mansión lo que extraño. Se las arreglará de algún modo, dijo, hasta que todo esto pase. Me senté ante la ventana abierta, como siempre; él estaba de pie a mis espaldas y mirábamos el desfile de gente con pancartas y fotos de sus líderes, que pasaba por la calle marchando tras la banda de vientos. La multitud estaba de buen humor, vivaz; la gente los saludaba desde las ventanas y balcones. De pronto vi a un hombre que se detuvo y miró hacia arriba; me pareció que miraba hacia mi ventana, hacia mí. Era un hombre fornido de espaldas anchas y ojeras negras, como las que tiene la gente que trasnocha muy a menudo o que padece de insomnio. Su rostro me parecía conocido, tal vez era uno de aquellos peones que iban a trabajar al fundo alrededor de la mansión Sotomontana. Me estremeció su mirada; algo familiar, pero a la vez difuso me recorrió con aquella mirada. Después se dio la vuelta y siguió marchando, se

perdió en el alboroto de la multitud.

Me las arreglaré de algún modo, claro que sí, le contesté a Filip, aunque el departamento no tiene tina de baño y el toilette está en el pasillo, y por la mañana los vecinos hacen fila; las mujeres en bata, algunos hombres desarrapados con los pantalones desabrochados y el cinturón abierto; me las arreglaré de algún modo. No necesito nada; me siento junto a la ventana todo el día y espero ver su rostro, el rostro de mi Veronika, o al menos el de Leo, que va a venir un buen día en su auto; tal vez los dos, tal vez lleguen por la vereda y ella vaya tomada de su brazo, y mire hacia arriba, se ría como sólo ella sabe reírse y yo la salude con la mano. Poco antes vi acercarse a Filip; él me consiguió este departamento, viene día por medio y me trae algo de comida, pan y leche, harina, a veces un poco de carne. No ha terminado de comer, me dice, otra vez ha dejado algo en el plato. No tengo ganas de comer, digo, y él siempre me contesta: ¿qué diría Veronika de esto? Veronika diría, comé, mamá, eso diría, no se puede vivir sin comer. Primero a mamá, decía siempre en el comedor de la mansión cuando servían el almuerzo; incluso si había invitados y hubiera debido servírseles en primer lugar, Veronika decía, o a veces apenas con la mirada indicaba, y todos entendían: primero a mamá. Cuando estaba de muy buen humor iba directamente a la cocina, se mezclaba con las cocineras y las muchachas, se arremangaba y preparaba la comida que a mí más me gustaba, hongos frescos, recogidos por la mañana.

Yo estaba sentada junto a la ventana, la multitud desapareció tras la esquina, los sonidos de la banda se alejaban, los últimos rezagados corrían por la calle. En Kongresni trg, dijo Filip, ahí en la plaza del Congreso hay una gran asamblea, el mariscal va a hablar. Que hable nomás, que suene la música, que la gente salude y grite, la guerra terminó, que se alegren. Yo no puedo. Filip me dice que tenga cuidado con lo que hablo con la gente, corren tiempos extraños, a veces se llevan a alguno por la noche y no vuelve más. ¿Como a Veronika?, dije, ¿como se llevaron a Veronika?, le insistí cuando no me respondía. Ya sabe, dijo después de un tiempo, que se fue con Leo, se fueron de viaje, seguro están en algún sitio a salvo. ¿Y entonces por qué no dan alguna noticia?, dije, podrían mandarme al menos alguna carta. Y de qué es de lo que no puedo hablar, si igual no hablo con nadie.

Estoy sentada junto a la ventana, como me sentaba allá en la mansión bajo pico Escarpado todo el invierno pasado, después de que Veronika y Leo se fueron una noche de enero con unas personas y no volvió a saberse nada de ellos. Se fueron de noche y en medio del invierno más crudo, había un grueso manto de nieve en los alrededores. Recién a la mañana siguiente de ese día de principios de

enero del 44 me dijeron que se habían ido con las visitas. Por la noche esas visitas habían estado abriendo los armarios y dando portazos. Ya entonces me costaba caminar, en general estaba arriba en mi cuarto. Vino Joži, nuestra ama de llaves, y dijo que después de la fiesta las visitas no querían irse a dormir. ¿Y por qué están a los portazos?, pregunté. Justamente, dijo Joži, porque se entonaron un poco y no se los puede llevar ni a sus casas ni al cuarto de huéspedes. Al otro día me enteré de que con ellos se habían ido también Veronika y Leo. Y después me quedé esperando que volvieran.

Hoy sigo esperando. Yo estaba sentada junto a la ventana de mi cuarto cuando aquellos visitantes nocturnos se fueron; y ahí estuve sentada al día siguiente y todos los días del largo invierno y de la larga primavera, y luego abajo, entre nuestros peones, otras personas andaban por el patio, en uniformes alemanes, y después otros, con otros uniformes distintos. Yo miraba por la ventana esperando el momento en que Veronika me llamara desde el patio: ¡mamita, aquí estoy! Y ahora estoy sentada junto a la ventana del departamento en las afueras de Liubliana y miro cada rostro que pasa por la calle en esta mañana soleada de mayo, miro cada figura en el crepúsculo de la tarde, buscando reconocer su paso, o el de Leo. Tal vez está en Zagreb, le dije a Filip. Cuando huyó con Stevo se fue a Zagreb, tal vez él se la llevó a Vranje. Quizá ella y Leo se fueron en secreto a Italia. O a Francia, él conocía una gente en Francia. No creo, dijo Filip, llegar hasta Francia en medio de la guerra es muy difícil. ¿Y si estuviera en Berlín? Allá tiene una amiga. En Berlín todo está en ruinas, dijo Filip. ¿Y en Suiza? Mucha gente se ha ido a Suiza. Eso sería más probable, dijo Filip y miró por mi ventana hacia la calle, ahora ya completamente vacía. Entonces están en Suiza, dije. Tomaron algo de dinero y ahora están en Suiza. Filip, dije, vos ya sabés que están en Suiza. Filip no contestó nada. Tenés que confiar en mí, dije, sé que tenés miedo de que se lo diga a alguien, pero yo no hablo con nadie, nadie va a saber por mi boca que están en Suiza.

Miró por la ventana.

Filip, ¿me oíste?

Sí, dijo, oí.

Se quedó en silencio un tiempo. Después preguntó de pronto si yo recordaba a aquel médico alemán que iba a Podgorsko, a la mansión Sotomontana, durante la guerra. Claro que lo recuerdo, se llamaba Horst. Vestía uniforme militar, pero en él no había nada de militar. Era un señor amable, Veronika y Leo lo invitaban a menudo a visitarlos, a él le gustaba la música; cada vez que el pianista Vito daba un concierto, él estaba allí. Parecía una persona que se había encontrado en nuestra tierra de improviso, alguien que sólo esperaba que todo terminara de una vez. Le voy a confiar, dijo Filip, que

averigüé su dirección, vive en Múnich, si es que todavía vive, claro. Al menos antes de la guerra vivía allá. Le escribí, dijo, ahora vamos a tratar de hacerle llegar la carta. Lo tomé del brazo. ¿Él sabe?, dije, ¿él sabe dónde están? Tal vez, dijo Filip, tal vez sabe algo, ya veremos. Hay que esperar. Quise saber cuánto tiempo íbamos a tener que esperar, cuándo iba a contestar. La cosa es un poco complicada, dijo Filip, vamos a mandar la carta a Graz con unos conocidos. En la carta hay una dirección a la cual nos puede responder. ¿Por qué a Graz, por qué habría de ser tan complicado? ¿Por qué será que no le escribe desde Liubliana o busca su número de teléfono y lo llama? No entendí nada. Lo increpé con nuevas preguntas una y otra vez, pero Filip no quiso explicarme nada más. Espere, dijo, tenemos que esperar.

Después empezó a hablar de que en la región había una gran carestía y que había recibido la harina de uno que la traía en negro; parecía confiable, pero uno nunca sabe con quién está tratando. Como si a mí me interesara de dónde saca la comida, como si a mí me interesara siquiera la comida. Dijo que volvería a venir pasado mañana, ¿me oíste, Filip, están en Suiza, no es cierto? Ese médico alemán, Horst, él lo sabe. ¿Cuándo va a responder a tu carta? No me oyó; se fue, sus pasos retumbaron por las escaleras de madera. Y yo me quedé sentada junto a la ventana, lo vi volverse hacia arriba desde la calle y desaparecer por la esquina, y seguí sentada ahí toda la tarde, hasta cuando volvieron esas gentes con sus pancartas enrolladas y sus banderas y fotos de sus líderes, y estuve sentada ahí aun cuando se hizo de noche y los últimos manifestantes pasaron bamboleándose sobre sus piernas flojas y pasándose la botella. Miré con atención a ver si estaba entre ellos aquel hombre fornido que por la mañana se había vuelto hacia mi ventana; era parecido a uno de nuestros peones en la mansión Sotomontana, pero ya estaba oscureciendo y no pude distinguir sus rostros.

Tengo miedo de la noche. Por la noche, cuando en el departamento alumbra la débil luz de la luminaria de la calle, sé que pronto voy a estar dando vueltas en la cama. Siempre con la noche viene el vértigo, y estoy de pronto en la mansión, en el piso de arriba, y oigo las voces de los hombres abajo. Retumban en el vestíbulo y se sacuden la nieve de los zapatos; después oigo pasos por las escaleras, portazos. Un hablar entrecortado, oigo a Leo explicando algo, oigo a Veronika explicando algo, pero no distingo las palabras. Después me visto y quiero bajar, aunque ya entonces apenas caminaba. Pero en ese momento entra Joži, señora, ahora no puede bajar. ¿Por qué no? Veronika dijo que esperara en el cuarto. ¿Qué está ocurriendo abajo, Joži? No pasa nada, ahora están cenando y conversando. Pero alguien grita, dije, alguien da órdenes, dijo marche, oí que dijo marche. ¿Quiénes son estas personas, Joži, a quién le decían marche? Casi me

empujó de vuelta dentro del cuarto, no debe bajar, señora, pronto se van a ir. ¿Quién se va a ir? Me senté vestida sobre la cama y esperé que se apagara el ruido, que se fueran esas personas, quienquiera que hayan sido esas raras visitas. Y esperé que Veronika entrara y me explicara todo. Siempre me contaba quiénes eran sus invitados. El pianista Vito de Liubliana. Un pintor a quien Leo había ayudado a montar su atelier. El poeta que escribía sobre rubias, recitaba sus poemas y sobre todo contaba chistes. Me contaba sobre aquel médico alemán, se llamaba Horst, que en plena guerra venía de visita; había sido herido en Rusia y cojeaba. Le gustaba mucho la música y admiraba a Veronika. Pero aquella noche después del Año Nuevo del 44 no vino y no me contó nada. Ella no estaba. Aquella noche ella no estaba y por la mañana no estuvo y todos los días y noches que siguieron no ha estado. Cuando hubo silencio me deslicé hacia abajo; nuestro personal de servicio, Jožі, Franc y Fani, me miraban ahí de pie. ¿Qué ocurre, dije, qué ha pasado? Se fueron, dijo Jožі. ¿Dónde está Veronika? Se fue con ellos, dijo Franc, Leo también se fue. Ya van a volver, dijo Fani. ¿De dónde van a volver? ¿De dónde? Subieron al puesto de caza, dijo Franc, tienen que hablar de algo. Antes de que amanezca seguro van a estar de vuelta. ¿Por qué irían al puesto de caza en plena noche y con tanta nieve? Jožі dijo que Franc estaba hablando zonceras, qué iban a hacer en el puesto de caza; se habían ido en el auto por el camino. Franc dijo, ah, claro, es cierto, qué iba a ir a hacer a la cabaña de caza, se fueron por el camino, por supuesto. ¿Adónde se fueron? En la mesa grande del comedor había restos de comida en los platos tirados y entre ellos, algunas de las copas estaban dadas vuelta. Les dimos de comer, dijo Fani, estaban hambrientos; el señor Leo dijo que les diéramos de comer.

Aquella noche no dormí; la mañana llegaba lentamente. Por la mañana ella no estaba y Leo tampoco. De nuevo me asaltaban las preguntas. ¿Por qué se habían ido en plena noche? ¿Adónde? ¿Con quién? Es cierto que Leo no siempre nos avisaba adónde iba; estaba mucho en Liubliana y por otras partes, por sus ocupaciones. Pero esta vez se había llevado a Veronika. ¿Por qué? Veronika no me había dicho nada; cuando se iba a Liubliana, siempre venía a contármelo. Jožі decía que se habían ido con las visitas. ¿Quiénes eran estas personas? Yo no entendía nada. Pero seguro, pensé, seguro que Leo entiende por qué es necesario. Tenía que resignarme a la idea de que se habían ido. Y de que volverían, siempre han vuelto. Pero el vértigo en el que se mezclaban los hechos y las preguntas confusas no cesó ni siquiera la noche siguiente, y tampoco entonces pude dormir.

Ahora tampoco duermo, o me despierto sumida en el vértigo de aquella noche. Un extraño vacío se ha abierto tras mi frente. Por la noche. Llamo a Peter todas las noches para conversar con él. Él me

tranquiliza. De día no, de día nunca aparece; de día me quedo sentada junto a la ventana y miro hacia la calle. Contemplo rostros y figuras. Ya conozco a mucha gente, pero no les presto ninguna atención; son empleados del ferrocarril que van a trabajar por la mañana, y esos que vuelven de la guardia nocturna, las feriantes que llevan el carro con las verduras de primavera de su huerto al mercado de la ciudad, el oficial que sale en bicicleta del vestíbulo al otro lado de la calle, el joven que intenta arrancar sin éxito la motocicleta que petardea y luego da vueltas un buen rato a su alrededor. Conozco a todos estos y a muchos otros. Cuando alguna mujer desconocida va por la calle vestida de blusa y con paso leve, me palpita más rápido el corazón. Hasta que pasa por debajo de la ventana, hasta que veo con claridad su rostro y me doy cuenta de que no la conozco. Alguien va a venir, lo sé muy bien. Si no viene Veronika, si no viene Leo, tal vez venga Stevo, tal vez llegue cabalgando desde su cuartel de caballería o de algún otro lado, en fin, y corra hacia arriba por las escaleras, saltando de a dos escalones con sus largas piernas, y se detenga agitado en el cuarto y diga, dice Veronika que... o quizá venga algún hombre desconocido y me traiga una carta. O una hojita donde diga, mamita, está todo bien, no te preocupes. O puede que venga Filip y me diga que Horst, el médico de Múnich, ha respondido. Respondió que Veronika y Leo están sanos y salvos. Le dije a Peter que estoy otra vez llena de esperanzas, desde que me enteré de que Filip escribió a Múnich. Si llegara su respuesta, entonces me enteraría de su paradero y cuándo va a volver Veronika.

Va a volver, dice Peter, por supuesto que va a volver.

Yo le digo: si se hubiera quedado con Stevo no habría ocurrido esto; no se habría ido, no habría desaparecido con los visitantes desconocidos una noche helada de enero hace un año y medio. No puedo ahuyentar ese pensamiento. Se habría quedado en aquel departamento de Maribor, y aun si a Stevo su ejército lo hubiera llevado dios sabe adónde, ella se habría quedado ahí. No habría ido a la mansión Sotomontana y no habría partido de ahí a lo desconocido. Yo le aconsejé que volviera con Leo. Era su marido, era atento, la seguía queriendo aunque ella le había provocado un gran dolor cuando había huido con el oficial serbio hacia el sur. Se conocían desde la infancia; en los encuentros de las dos grandes familias él siempre intentaba acercarse a ella; también después, en los años de escuela, cuando Veronika no le prestaba mucha atención. A ella le interesaba todo, el deporte, la danza, los caballos, el arte, todo excepto Leo. Hasta quería ser piloto de avión. Fue la única mujer de Liubliana que se inscribió en un curso para pilotos de avión a motor, y más tarde, cuando ya ella y Leo estaban juntos, fue la primera mujer de toda Yugoeslavia que dio el examen de piloto. Todos sabíamos que

Leo la adoraba y que estaba muy apegado a ella. Todos lo sabíamos y lo veíamos, excepto ella misma, al menos eso pareció durante mucho tiempo. Y todos queríamos que se encontraran, no voy a decir que se acercaran, porque estaban cerca todo el tiempo, tal vez demasiado cerca. Quizá era porque se conocían desde mucho tiempo atrás y demasiado bien. Tal vez por eso mismo Leo era demasiado retraído. Y más tarde estaba demasiado ocupado; había heredado una fábrica en Liubliana, era el propietario de una gran mina en Serbia; primero retraído, luego ocupado, y Veronika estaba llena de fuerza, alegría, curiosidad por todas las cosas de este mundo. Poco después de la boda, que tenía que llegar inevitablemente —Veronika dijo: es el destino—, ella enloqueció por los caballos y la equitación. A mí me parecía que estos caballos eran su destino más que la boda con Leo, al menos entonces eso me parecía.

Porque el escándalo que provocó su repentina desaparición, que luego reveló ser la descarada, traicionera y desvergonzada fuga con el amante, un oficial de caballería, fue inaudito. Hasta ahora sus hazañas habían sido pilotear un avión o salir de paseo con un cocodrilo por las calles de Liubliana, o aquella vez cuando, ya casada con Leo, se fue al mar sin decírselo a nadie; pero eso no era nada en comparación con la ola de comentarios y chismorreos que levantó este hecho. Todos estábamos consternados y afligidos, yo durante un tiempo ni siquiera pude hablar con nadie. Me encerré en el departamento y busqué la foto de Peter. Por la noche conversaba con mi difunto amado, el padre de Veronika, que no podía creer lo que había ocurrido. Peter, decía, ¿sabés lo que pasó? Una gran desgracia. Él sólo se sonreía, como siempre lo hacía cuando estaba vivo; vi que sus bigotes temblaban, en esa foto aún tenía barba y bigotes; se sonreía y me dijo, hay cosas mucho más graves en el mundo. Él solía relativizar cualquier problema, para mí en cambio, no había nada más grave en el mundo. Su pequeña Veronika había dejado todo —y lo tenía todo, todo lo que una mujer joven puede querer—, y había huido al sur de Serbia, donde pasaba privaciones en un departamento militar. Si Peter viviera se le rompería el corazón, tal vez volvería a morirse. A Leo también le rompió ella el corazón, pero él se sobrepuso, tenía demasiado trabajo; ocupaciones tan abarcadoras demandan que uno se entregue por entero, y Leo era un hombre entero; se compuso, trabajó aún más. Se lanzó a la compra de cuadros y valiosas antigüedades; era la única alegría que le quedaba. Aunque se lo veía con alguna amiga, no pasó de eso; la única mujer en la que pensaba era Veronika. Leo era un señor elegante. Calmo. Capaz de estar al mando de una empresa. Y quería a Veronika, también a mí, era un buen hombre. Pero Veronika cocinaba y lavaba la ropa de un oficial de caballería serbio en una ciudad allá lejos en la frontera con Bulgaria, y en las cartas me

aseguraba que era feliz. En una carta me escribió que criaba gallinas, porque el pago del ejército era más bien escaso y el dinero extra, infrecuente. ¡Gallinas! Tu querida Veronika, le dije a Peter, ahora está en algún rincón de Serbia donde todos apestan a aguardiente de ciruelas, y ¡cría gallinas! ¡Ella, una joven dama admirada por toda Liubliana! ¿Para eso la mandamos a estudiar a Berlín? Nuestros antepasados también criaban gallinas, dijo Peter, y cerdos también. Peter a veces me sacaba de quicio, él se resignaba a todo. Yo no podía. Al principio estaba tan furiosa que ni siquiera le respondí la carta. Más tarde quise ayudarla, en una conversación telefónica le rogué que aceptara el dinero que le había mandado, pero lo rechazó; el envío vino de vuelta. Si cortás, es de una vez y para siempre, dijo. No quería el dinero. Jesús adorado, ¿y ahora qué es todo esto?, le dije a Peter, se abandonó a su suerte.

Pero Leo no se abandonó a su suerte. Consiguió que trasladaran a su oficial a Eslovenia, a Maribor, a la frontera con Austria; se instalaron en un departamento militar. Cuando la visité por primera vez me di cuenta enseguida de que de su tan mentada felicidad había quedado más bien poco. Stevo —que me recibió muy bien, casi afectuoso, con sus modales de oficial serbio, lo que significa muy ampuloso y con una risa sonora—, estaba mucho fuera de casa, es que el ejército entonces tenía todo el tiempo maniobras. Veronika estaba sola en aquel departamento, porque la compañía de los oficiales y sus mujeres no era de ninguna manera su forma de vida. Yo veía que algo se debilitaba entre ellos, pero no decía nada. Veronika era libre, y por eso mismo algo desdichada, pero también obstinada. Si entonces hubiera intentado esbozar su insalvable situación, se habría resistido. Por eso me callaba. Un día, durante un paseo, dije: no hace falta insistir si uno se ha equivocado... Se detuvo y me miró. No me equivoqué, dijo. Recién en la tercera o cuarta visita, una tardecita de primavera, cuando nos hubimos quedado solas una vez más, le dije que tenía la sensación de que su almita no se la estaba pasando bien. Encontré la palabra justa. Si hubiera dicho: no podés vivir en estas condiciones de privación, o: cómo has podido huir con un oficial, el instructor de equitación... me habría rechazado con firmeza. Pero cuando hablé de su alma, se le saltaron las lágrimas. De verdad su alma no estaba bien. Después de algunas semanas me llamó por teléfono para decirme que se volvía a Liubliana, a mi departamento. No se había equivocado, pero era sólo que no podía seguir así.

Esta vez me puse a llorar yo, de felicidad.

Y hoy que vuelvo a estar sentada junto a la ventana y se acerca otra noche de ansiedad, no sé si hice lo correcto. Tal vez ahí en Maribor su alma no se la estaba pasando bien, pero hoy seguiría viva. Quiero decir, al menos yo sabría que está sana y salva, podríamos

hablar por teléfono. Cada vez que me viene a la cabeza esta palabra, se me hiela todo el cuerpo. Pero si tiene que estar viva, seguro está viva. Sólo que no puede comunicarse, tal vez está con Stevo en algún lugar de Serbia, tal vez con Leo en Suiza. Sólo que no puede comunicarse, es eso. Pero lo va a hacer. Se va a comunicar.

Por ese entonces Leo había comprado una mansión al pie de las montañas en Gorenjska, no muy lejos de Liubliana. Con establos, huerta y estanque. Con un bosque arriba, sobre la construcción de la vivienda, y con extensos prados abajo. Ahí pastaban los caballos. Cuando nos invitó a las dos a conocer la mansión, Veronika estaba maravillada. No tanto por Leo, él era siempre el mismo, elegante, bueno, comedido, atento, la trataba como si nada hubiera pasado entre los dos, como si hubiera vuelto a irse de excursión a Sušak y acabara de volver. Más bien la maravillaba despertarse en esa mañana silenciosa, la maravillaba esa neblina fina que se posaba sobre los prados. Era algo nuevo para ella. Le encantaba el rocío en el pasto sobre el que caminaba, los caballos en el establo, los segadores por la mañana en los bordes del bosque, el barullo de los pájaros con el primer albor. ¿Oíste los búhos?, decía, ¿oíste cómo ululaban en la noche oscura, en los grandes bosques sobre la mansión Sotomontana? Para el desayuno estuve segura de que Veronika iba a querer vivir aquí. Ya pasada una semana nos mudamos. Así era Veronika, así es Veronika, dondequiera que esté. Cuando toma una decisión, nadie puede detenerla. Y decidió volver con Leo. La mansión y sus alrededores la maravillaron. Además estaba harta del trajín, de los departamentos militares y maternos, de los paseos de Liubliana y de las fiestas que hacía tiempo ya no la atraían; quería vivir en calma y andar libremente en la naturaleza.

A mis años ya no se pide demasiado de la vida. Pero ver a Veronika tranquila y sonriente era lo que iba a ponerme en pie. Y por algún tiempo fue así. Hoy me pasaría lo mismo. De inmediato me pondría de pie y buscaría los álbumes con fotografías. Con los barcos en Rjeka, con Peter, con Veronika cuando era una niña de falda clara y moños en el pelo. Yo era feliz cada vez que andábamos juntas por los prados, juntábamos hongos en el bosque o nos sentábamos junto al estanque. Cada vez que desde la ventana la veía andar a caballo entre los campos. O arremangada entre los peones a los que les había encargado alguna cosa. Ella y Leo se querían otra vez, él era atento y comedido, aunque estaba más tiempo en Liubliana que allá arriba. Tenía mucho trabajo con la fábrica y las minas en Serbia. Cuando más satisfecho se lo veía era cuando podía estar con Veronika unos días, hasta la invitaba a ir de caza con él. Era lo único que a ella no le gustaba de Podgorsko, de la mansión Sotomontana; de inmediato se iba del patio cuando traían ciervos o jabalíes abatidos. Venían

invitados de Liubliana, los amigos de Leo de su mundo de negocios, las amigas de Veronika, venían artistas y poetas. En la biblioteca de casa estaba cada novedad que se editaba en Liubliana, y claro, también libros en alemán, algunos del tiempo en que Veronika estudiaba, otros eran libros nuevos que ella había encargado por correo.

Venía el pianista Vito, él era un huésped especialmente bienvenido, a veces tocaba hasta bien entrada la noche, y nosotros lo escuchábamos y mirábamos sus dedos deslizarse y salticar por el teclado con admiración. A menudo venía un poeta de Liubliana. Le dedicó a Veronika su libro titulado Poemas sobre rubias. Le escribió la dedicatoria: A la rubia Veronika – ¡qué hacer si la edad joven es fugaz! Ella se rio. Le gustaba reírse como ríen todos los jóvenes que no creen que la juventud sea fugaz; yo también pensé alguna vez que la juventud era eterna, cuando con Peter viajábamos por Istria. Pero unos días después, cuando leí aquel libro, entendí por qué Veronika se había reído tanto ante la dedicatoria. Era una broma, al poeta le gustaba bromear; era una broma sobre su fuga con el oficial, el instructor de equitación. Encontré el verso de la dedicatoria en el poema titulado ¡Huyamos! Me lo copié y guardé la hoja en el álbum con sus fotografías, aún sigue aquí: Huyamos, vayamos al abrazo del goce salaz, / pues el día vendrá cuando ya no estemos / ¡Y en el camino una canción cantemos! / ¡Qué hacer si la edad joven es fugaz! No se reía por indolencia ante la juventud fugaz, se reía porque el poeta sabía su secreto, que ya era un secreto a voces. De cualquier modo era algo de lo que ya no volvimos a hablar nunca más.

Así era, y estaba bien. Veronika reía y con Peter estábamos conformes. Después empezó a fallarme la salud y pasaba mucho tiempo en mi cuarto. Miraba fotografías y recordaba los días que había pasado con Peter en Rjeka. Le decía: Peter, ahora estamos juntos de nuevo, eso está bien. Ya te dije, contestó, que todo iba a estar bien. No me dijiste eso, repliqué, dijiste que había cosas más graves en el mundo que el hecho de que nuestra hija criara gallinas. Que nuestros antepasados también criaban gallinas. Y cerdos. En invierno los carneaban y hacían morcillas con la sangre. Sabés que no me gusta la morcilla, le dije, me da asco pensar que echaron la sangre de los animales al balde y después la revolvieron todavía tibia en esa mezcolanza espesa. A Peter sí le gustaba, le recordaba los días de fiesta en la infancia, incluso en Rjeka se las hacía traer todos los inviernos desde su pueblo. Hablando con Peter siempre me quedaba tranquilamente dormida aquellas noches. Y después por la mañana descansaba la vista en los campos verdes y los prados en que los campesinos gritaban mientras juntaban el heno.

Leo y Veronika eran de nuevo marido y mujer, no sé a quién se le

ocurrió aquella ceremonia en que los volvimos a unir en matrimonio. Tal vez fue aquel poeta bromista. Los unimos literalmente, con una cadena. Es bien posible que haya sido Veronika misma a quien se le ocurrió aquella divertida ceremonia, a Leo seguro que no, era demasiado serio para semejantes bromas. Entre risas y de muy buen humor hicimos una especie de ritual pagano de boda. Los atamos con una cadena en el patio de la mansión, para que nunca más pudieran separarse. Nuestro poeta pronunció unas palabras graves y solemnes que no parecían cuadrar en una ceremonia en broma, más bien embonaban con el sacerdote que las dijo en su verdadera boda... "hasta que la muerte los separe..." pero quien hubiera visto a Veronika y a Leo aquel día y todos los que siguieron en Podgorsko, en la mansión Sotomontana, habría sabido que era para siempre, que ya nada podía ser de otra manera, iban a estar juntos para siempre, pasara lo que pasara... hasta que la muerte los separe. Como nos separa a todos, como separó a su padre de ella y de mí, como me va a separar a mí de todos los que aún conozco. Aquel poema con el título Huyamos, sigue: Y las tumbas un día se abrirán, / ya nos esperan húmedas y oscuras / y los dioses aviesos inquietos estarán... Y ahora que se acerca otra noche de ansiedad y revuelvo las fotografías y encuentro entre ellas la hoja con el poema, ahora pienso y le digo a Peter que nuestro poeta bromista no por casualidad dijo en la ceremonia hasta que la muerte los separe, ¿y si realmente se abrieron las tumbas? ¿y si la muerte de veras los separó? No me gustan estos horribles pensamientos que en noches de ansiedad se cuelan en mi silencio, soy pura angustia y de pronto siento un vacío en la cabeza, un espacio hueco en el que empieza a reverberar una idea insoportable, Peter, la muerte nos separó, tu muerte, y en este momento quisiera que me separara también a mí, ¿de quién? ¿De Veronika o de las pocas personas que me visitan en este suburbio de Liubliana? ¿De este departamento y los habitantes de la casa, que cada mañana, las mujeres en batas y los hombres con sus cinturones desabrochados, se paran en fila ante el baño en el pasillo?

Sólo disturbaba la tranquila vida en Podgorsko alguna que otra carta ocasional que daba trabajo a los carteros de Poselje, porque la dirección del sobre estaba escrita en cirílico. Veronika ni las abría. Sin embargo, cuando se las entregaban, las manos le empezaban a temblar. Luego quedaban en el pequeño armario de la sala hasta que Jožica hacía la limpieza. Yo entendía que no pudiera leer las cartas de Stevo. Cuando cortás, es de una vez y para siempre. Pero yo sabía que no le resultaba fácil. Ella seguía queriéndolo. Quizá tenía miedo de que todo volviera al instante si abría alguna de aquellas cartas, tenía miedo de volver a estar de repente parada en alguna estación de tren.

Hace una hora me desperté y encendí la luz. Algo me volvió a la

cabeza. Aquel hombre que hoy por la mañana pasó con el desfile y miró hacia arriba, hacia mí... lo he visto antes, ahora estoy completamente segura. Me puse de pie y volví a sacar del armario los álbumes fotográficos. Di vuelta unas pocas páginas y enseguida encontré lo que buscaba. Ante la entrada a la mansión hay un grupo de gente de nuestro personal, entre ellos hay algunos peones de Poselje que en ocasiones nos ayudaban con los trabajos más grandes.

Me puse los anteojos y lo vi inmediatamente entre ellos, un hombre fornido, joven, es el que hoy por la mañana se detuvo en medio del desfile en la calle bajo la ventana de mi departamento, se dio la vuelta, miró hacia arriba y se detuvo; me reconoció, ahora sé que me reconoció. En la foto está apoyado de espaldas sobre el muro de piedra; junto a él están Jožiy una mujer del pueblo que no conozco. El joven sonríe. Su cabeza está vuelta hacia el centro del grupo, donde están de pie Leo y Veronika. Veronika lleva una camisa de hombre y pantalones de montar, tiene las mangas arremangadas, ella también sonríe, vuelve a reír, qué hacer si la edad joven es fugaz, mira a la cámara, todos están de buen humor excepto Leo; él mira a lo lejos, más allá de los campos bajo la mansión. Sí, en ese instante recordé cómo se llamaba aquel hombre en ropa de trabajo. El que hoy por la mañana marchaba a la asamblea del Mariscal. Se volvió hacia mi ventana, se detuvo y desvió la vista.

Jeranek, ¡pero si es Jeranek, el de Poselje!

A menudo venía al fundo Sotomontano, cortaba el pasto y volteaba el heno, arreglaba las ventanas, trepaba a los techos, a veces ayudaba a cepillar los caballos. Fue como una iluminación, cuando vi la fotografía me acordé de todo. Y oí la conversación que venía de lejos, de lo profundo de una memoria vívida; me vi llegar del desayuno, Veronika y él hablaban de pie en el patio.

¿Cómo es el nombre de tu novia, Jeranek?, pregunta ella. Jeranek mueve su cuerpote, cohibido, mira las puntas de sus zapatos. La bautizaron Jožefina, se restriega las manos. Así se llama también nuestra criada, dice Veronika, la llamamos Jožy, la conocés. La conozco, dice, nos trae la colación cuando trabajamos en el jardín. Pero a tu novia no la llamás Jožefina, ella también es Jožy, ¿no? En su casa la llaman Pepca, dice. Jeranek, grita contenta Veronika, oí que te vas a casar. Jeranek mira hacia mí, que estoy en la puerta. Eso dicen, dice. Veronika se ríe: ¿Eso dicen? ¿Y vos qué decís? Se queda un momento en silencio, turbado. Y... sí, balbucea. Bueno, traela algún día por acá, así conozco a Pepca, dice Veronika. Le voy a dar alguna cosa para que use en la boda. Se da la vuelta y se va despreocupada hacia la salida. Él se queda duro como un poste y la mira alejarse, la mira pensativo, luego da vueltas, como si no supiera adónde ir, por qué tarea empezar.

Era él, el hombre que iba con el desfile y se detuvo bajo mi ventana, era aquel Jeranek, un muchacho de campo, de Poselje, que iba a casarse con Jožefina, de su pueblo. No sé si lo habrá hecho, sé que un buen día no fue más a Podgorsko, se decía que estaba en el bosque. Con los partisanos. La gente iba y venía, los últimos años algunos habían desaparecido sin más ni más. Como desaparecieron Veronika y Leo. Tuve una especie de intuición, cuando esa mañana se detuvo bajo la ventana, miró hacia arriba y desvió la vista. Aunque ya antes me había dado cuenta de que me había reconocido. Si me reconoció, ¿por qué habrá desviado la mirada?

En la mansión y por los alrededores pasaban cosas todo el tiempo; llegaban peones y se iban invitados, no puedo traer a la memoria todos los rostros de quienes salían de los automóviles o llegaban a pie desde la estación de trenes; la gente con quien nos sentábamos a la mesa y cuyas voces oía a veces, hasta muy entrada la noche, cuando ellos se quedaban haciendo bochinche y yo, por supuesto, siempre los dejaba mucho antes de eso. Después empezó la guerra y empezaron a llegar a Podgorsko personas de uniforme. Pero todo eso ha desaparecido aquí en mi departamento de los suburbios de Liubliana. Esta noche ha quedado ante mis ojos un solo rostro; aun después de apagar la luz y volver a intentar dormir lo veía y oía aquella breve conversación entre Veronika y él; él se la quedó mirando cuando ella salió; hoy por la mañana me miró a mí con aquella misma mirada pensativa y con esas aureolas negras bajo los ojos; él también me reconoció, ahora lo sé con certeza. Tendría que haberlo llamado y preguntado dónde está Veronika; tal vez él lo sabe. Es la única persona de Podgorsko que he encontrado desde que estoy aquí, aunque en realidad no lo encontré, sólo se cruzaron nuestras miradas por un momento. Por la noche corrí abajo en mis pensamientos; las piernas me sostenían como si fuera joven otra vez; salí al cruce a la banda de vientos y los detuve con los brazos en alto. Dejaron de tocar. Me acerqué a Jeranek en completo silencio; él me miraba sorprendido. No te voy a preguntar si te casaste con Jožefina, dije. Te voy a preguntar dónde está Veronika. ¿Y él cómo lo va a saber?, dijo Peter. Estaba en Podgorsko, dije, todos los días estaba allá, seguro que algo sabe. Calmate, dijo Peter, es el insomnio. No es el insomnio, los pensamientos se me agolpan, dije. Todo se va a arreglar, dijo Peter. ¿Cómo? ¿Cómo se va a arreglar? Me miró un buen rato desde su fotografía pensando qué decirme. De alguna manera, agregó al final con toda calma, de alguna manera todo se va a arreglar. Siempre ha sido así.

Se las arreglará de algún modo, había dicho Filip por la mañana, el hermano de Leo, hasta que todo esto pase. ¿Qué es lo que tiene que pasar? Para mí ya había pasado todo, muchas veces.

Soñé que era joven. Era tan vívido, sentía que era joven, tenía apenas veinte años. Estábamos con Peter sentados en una taberna de Istria, cansados de la excursión de todo el día; los músicos del lugar tocaban y cantaban una canción sobre una muchacha que tiene el pelo negro, pero todos la llaman bionda, y ella no sabe por qué. Estábamos tomando vino, y el cansancio, el vino y la canción nos acunaban. Era hermoso, yo era joven.

De todo lo que pasó, me quedaron las fotografías en estos álbumes. Aquí está todo lo que fue y lo que pasó. Mi pelo rubio y mi vestido rojo en Korzo, en Rjeka; Peter, mi marido. La mansión en que vivíamos. El barco, donde estamos apoyados en el guardamancebo y Peter tiene a la pequeña Veronika en brazos y le señala a lo lejos la costa, la ciudad donde vivíamos. Tal vez le está mostrando nuestra nueva casa recién construida y el pequeño jardín con canteros de flores y senderitos al frente. Una foto más: Peter y yo en el bote de pesca. Fue en la excursión por Istria, ya estaba claro que nos íbamos a casar, en el reverso de la foto dice: a esta barca de pesca se le llama batana. Ahí estaba también la hostería a la que llamaban bottega, una pequeña taberna donde cenábamos y donde escuché por primera vez aquella canción, todavía recuerdo la letra: Tutti mi chiamano bionda, ma bionda io non sono...

Eso ya pasó, pasó hace mucho. Primero pasó Peter; murió así de repente. Después pasaron Rjeka y la casa donde vivíamos; con la pequeña Veronika nos mudamos a Liubliana. Después también pasó la vida con Veronika; se casó y se mudó a lo de Leo. A mí me quedaron las fotografías de su boda. Y las fotografías de Veronika, la fugitiva, donde su oficial, Stevo, la toma por los hombros delante de una cafetería de mala muerte en Vranje, en el frente está el cartel Kafana Europa. Y las fotografías de la mansión Sotomontana: en el comedor en alegre compañía para Año Nuevo, artistas de Liubliana, amigos; junto al estanque con Veronika; Leo y Veronika a caballo; los tres en el automóvil; ellos dos, de nuevo juntos, una pareja joven en el salón junto al piano. En una de las fotos tenía un ramo de flores recién cortadas en las manos, con un vestido rojo en el campo florido bajo la mansión; eso fue cuando aún podía andar. Eso también ha pasado, las flores y mi salud. Y pasó el vestido rojo; se fue hace mucho junto con otros trapos al orfanato de Liubliana. El cabello rubio ha pasado. Yo tenía el pelo rubio, Veronika también.

Contá cómo tocaban bionda para vos, mamá, pedía Veronika.

Cuando era chica, yo le había contado que tocaban bionda para mí, cuando ella aún no había nacido. Aplaudía entusiasmada cuando le contaba que con Peter, después de que empezaban a tocar bionda, dábamos vueltas por el café Europa en Rjeka, que, con una mano en el corazón, era bastante distinto que el del mismo nombre, frente al que

muchos años después se fotografió ella en Vranje con su teniente, o tal vez entonces ya era capitán. Siempre quería volver a oír esa historia, y cuando ya era grande y vivíamos en el departamento de Liubliana tenía que repetírsela una y otra vez. Y tenía que cantar, nunca olvidé esa canción.

Y en Año Nuevo, en la mansión, el último año de paz antes de la guerra, me instó a que la contara, y a que cantara frente a los presentes. Me dio pudor, en especial cuando Leo y todo el resto se le sumó en el pedido. Bueno, cuéntenos qué misterio es ese de bionda, dijo el poeta. Voy a contar, dije, pero a cantar no. No es nada especial, dije, Peter estaba entonces en Rjeka, le iba bien en los negocios, había comprado un nuevo buque de carga, estaba atracado en Trieste... dejá la cuestión de los negocios, dijo Veronika, eso no le interesa a nadie.

Sí, no se trataba de eso, dije; llegué de visita a Rjeka; al llegar la noche nos sentamos en el café Europa; aún no estábamos casados y en una esquina había músicos tocando. Peter se puso de pie de pronto, fue hasta los músicos y les encargó algo. Y el primer violín dijo para todos los presentes en el café: ahora vamos a tocar una para la señora rubia de Liubliana, y me señaló con el arco del violín. Todos se volvieron hacia mí, y me dio mucho pudor, bajo aquellas luces se debe de haber notado que estaba ruborizada. Peter volvió del lugar de la orquesta lentamente, atravesó todo el café en dirección a mí y me pidió una pieza. Después bailamos. Eso es todo.

No es todo, dijo Veronika. Era una canción que habían oído en una taberna, en la botega, ¿o no, mamita? Botega es cualquier negocio, puede ser también la taberna con ese nombre, en Istria. Y los cautivó, a los dos. La canción es así... Veronika empezó a cantar: Tutti mi chiamano bionda, ma bionda ìo non sono..., y explicó: todos me llaman rubia, pero rubia yo no soy. La cosa es que mamita sí era rubia, tenía un hermoso pelo rubio, casi dorado. Y nuestra Ricitos de Oro daba vueltas, contaba Veronika, por el café Europa en Rjeka con su querido Peter, que decía, ¿qué te decía, mamita? Le decía que ya iba siendo tiempo de que se casaran. ¿Y qué dijiste, mamita? Dijo que sí, que ya iba siendo tiempo. Veronika hizo un silencio, aunque hasta ahí la historia no era nada especial. Iba siendo tiempo, agregó Veronika, iba siendo tiempo porque mamita estaba en la dulce espera. Yo estaba en camino, justo al comienzo del camino, gritó. Veronika se rio, yo tenía vergüenza, casi como cuando había ocurrido. En especial porque todos los otros rieron y aplaudieron ruidosamente. También en aquel café, cuando dejamos de bailar todos empezaron a aplaudir. Fue hermoso. El poeta dijo que conocía la canción. Que hablaba de una chica de Parenzo, para nosotros Poreč, una chica de ciudad, que dice lo que acabamos de escuchar, dijo él, y sigue: porto i capelli neri... sinceri nell'amor. Perché non m'ami più. Ella tiene el cabello negro...

y sincero en el amor. Alguien empezó a improvisar en el piano y yo entonces sí empecé a cantar, junto con Veronika y el poeta; yo seguí cantando, los otros cantaban el estribillo, que se aprendieron rápido: perché non m'ami più! ¡Por qué ya no me amas! La mia murusa vegia, canté, ga meso su butega, es decir, botega, negocio, que puede ser también una taberna, como aquella donde habíamos oído la canción por primera vez con Peter; su antigua amiga vende todo tipo de cosas, de tutto la vendeva, polenta e baccalà, polenta y bacalao. Perché non m'ami più!

Todavía hoy sé las doce estrofas de esa extraña canción que se llama La mula de Parenzo, ese raro vals que al final se vuelve casi una melodía alpina. Se repite el estribillo, que significa, por qué ya no me amas, pero Peter no había elegido esa música en el café Europa porque quisiera preguntármelo, porque yo entonces lo amaba, llevaba a su hija, Veronika. Eligió esa canción porque la habíamos escuchado en la excursión por Istria y nos había encantado, por el camino de regreso la habíamos cantado todo el tiempo. La muchacha de cabello negro, sincera en el amor, se había vuelto vendedora, y vendía polenta y pescado seco, nos reíamos. Con esta canción me había propuesto matrimonio.

Todos los que estuvimos cantando aquella noche estábamos en la fotografía. Luego, de pronto, de aquella fotografía había quedado sólo Jožica, nuestra ama de llaves. Todos los demás habían desaparecido. Los cuartos estaban vacíos, alrededor del edificio ya no había ningún bullicio, el jardín estaba tapado de yuyos, los peones nos habían abandonado. Quedaba Jožica, a quien Veronika tanto quería. Decía que ella era la verdadera regente de la mansión y el fundo, siempre sabía qué había que hacer en el comedor, en el jardín o en los campos. Después nos quedamos solas, mirábamos fotografías. Ella también sabía la canción de la bionda, a veces la cantábamos juntas arriba en mi cuarto. Al comedor o al patio yo ya casi nunca iba. Me fallaban las piernas, y tampoco quería ir a ningún lado. Por todas partes había demasiado de Veronika y Leo, sus cosas, no podía mirar ni al cocodrilo embalsamado junto a la entrada sin recordarla. Yo hablaba con Peter. Y con Jožica.

Aquella noche de Año Nuevo no sabíamos que ese mismo año iba a caer la guerra sobre nosotros. También sobre Podgorsko.

Allá arriba, de donde una noche de invierno se fue Veronika, mi hija. Tenía que irse. Todos los días me sentaba allá arriba junto a la ventana y esperaba volver a verla. Van a venir en auto con Leo, y cuando me vea sentada junto a la ventana abierta, Veronika me va a saludar. Era un bello pensamiento, pero entonces yo ya sabía que no iban a volver en auto. Una tarde bajé por las escaleras con la ayuda de Jožica y fui al garaje; el auto estaba ahí, en el asiento de atrás estaba el

saco que él siempre usaba al conducir. Su paraguas también estaba ahí. Así supe que con el auto no iban a volver. Los iba a traer alguien más. Tal vez alguna de aquellas personas que de pronto andaban por las habitaciones, comían y bebían, y a veces también se quedaban a dormir.

Este año en primavera volvieron a venir, no preguntaron nada, llegaron nomás. ¿Quiénes son estas personas?, le pregunté a Jožica, ¿son amigos de Leo? Jožica dijo que eran de Liubliana, dicen que van a alquilar la mansión por un tiempo. ¿Cómo que alquilar? Sí, alquilar, dijo. ¿Y con quién van a firmar el contrato si Leo no está? No necesitan firmar nada, dijo Jožica. Alquilan nomás. No entendía, pero ahora entiendo: eran el nuevo poder. Entonces Jožica miró a su alrededor y murmuró: y alguna que otra cosa se llevan también. Después de algunos días vi por la ventana que cargaban en un camión grandes cuadros del comedor, se llevaban también algunos cajones y cuernos de ciervos que colgaban de las paredes. Uno se llevaba bajo el brazo las cajas de los cubiertos, yo sabía que eran ésas. Llamé a Jožica: ¿adónde se llevan esas cosas? Las toman prestadas, dijo, para la administración de Liubliana. Está bien, que las lleven prestadas, pensé, ya las va a tener Leo de vuelta. ¿Pero para qué quieren cornamentas de ciervos, esas cabezas embalsamadas de ciervos y jabalíes? En verdad me daba lo mismo, que se las llevaran, pero que volviera Veronika, que volviera con Leo o con Stevo o sola, en automóvil o a caballo o a pie, pero que viniera, para abrazarla y preguntarle ¿adónde volviste a irte? ¿Por qué no dijiste, otra vez, adónde ibas? Cuando te fuiste a Sušak tampoco avisaste. Y cuando te fuiste a Serbia con Stevo, no dijiste nada. Durante el día me sentaba junto a la ventana, como ahora, y por la noche lloraba. Ahora no lloro más, sólo me despierto, cada noche, y miro al techo y espero la mañana para volver a ver los rostros en la calle. Unos días después de que se llevaran cuadros y cornamentas de la mansión Sotomontana, oí en el patio una conversación entre nuestra gobernanta y un señor de botas.

¿Cuánto tiempo va a estar la vieja acá?, rugió a Jožica.

Le están buscando un departamento, dijo Jožica.

Que se la lleve algún pariente, dijo aquel señor mientras pateaba con la bota la pared para limpiarse el barro. La señora ya es muy mayor, dijo Jožica. Por eso, que se la lleven a su casa, gritó, ¿voy a cuidarla yo? Así son estas gentes, dijo, dejarían a una pobre vieja en la calle. Yo estaba muy sorprendida: pero si no estoy en la calle, aquí vivo ya hace seis años, y Leo, el propietario de la mansión, es mi yerno.

Después, una mañana de mayo, vino Filip y dijo que me habían encontrado un departamento en el barrio de Moste. Jožica me ayudó a

llenar dos valijas, el hombre de uniforme me llevó en auto a la estación de tren en Poselje; también a Filip, que vino en tren conmigo hasta Liubliana. Y a Joži, que me saludaba con la mano mientras el jefe de estación con su gorra roja levantaba el palito para que el tren arrancara. Ella lloraba. Quise decirle que no llorara, que pronto iba a volver, tal vez junto con Veronika y Leo.

No sé dónde está Joži ahora, no sé dónde está Veronika. El único que viene es Filip. Ayer por la mañana me confió que había escrito a Múnich. Ahora sólo tenemos que esperar respuesta.

Se va la noche, tras la ventana está clareando. Oigo las voces de los primeros habitantes despiertos de los departamentos, que ya están haciendo fila para el baño. Alguien llena un balde con agua. Voy a quedarme acostada un poco más y conversar con Peter. Sobre aquel baile en Rjeka. Siempre fue retraído y tranquilo, pero aquella vez fue tan valiente. Después voy a sentarme junto a la ventana y mirar los transeúntes abajo, en la calle. Tal vez vuelve a pasar aquel Jeranek de Poselje, lo voy a llamar y le voy a preguntar si sabe algo, si sabe con quién se fue Veronika. Si no lo sabe Jeranek, tal vez lo sepa Horst, el médico alemán. Filip le mandó una carta. Voy a esperar a Filip, me va a saludar desde lejos con la carta que habrá llegado de Alemania. Tal vez esta misma mañana.

3

Esta mañana, alrededor de las ocho, cuando volví de mi paseo matutino por Luitpoldpark —si es que a este andar apoyado en un bastón puede llamársele paseo— me esperaba una extraña carta en el buzón, una carta que me devolvió violentamente a la época en que servía en la región montañosa eslovena. Una persona completamente desconocida para mí, de nombre Franc Gorisek, me preguntaba en la carta si acaso tengo algún dato del matrimonio Zarnik, Veronika y Leo, desaparecidos durante la guerra. Me puso de mal humor, ¿qué datos podría tener yo? Hace dos años que vi por última vez al matrimonio Zarnik, ¿voy a poder yo dar explicaciones de por qué desaparecieron, de lo que les pasó?

Mi mujer estaba trabajando, mi hijo quién sabe dónde estaría, yo, como todos los días, estaba solo en el departamento vacío a media mañana; yo, un hombre a quien muy pronto se le agrisan los cabellos y que no sirve para nada. Salvo para traer leche y pan por la mañana, ir después de paseo a Luitpoldpark, volver por Brunnerstrasse y quedarse mirando a la gente solícita que reconstruye las casas en ruinas. Y finalmente, para empezar a ocuparse de la última cosa útil que puede hacer cada día: preparar el almuerzo.

Esta mañana era distinta, tenía en las manos una carta que me envolvió en una zozobra infrecuente. Me cuido; quienes hemos vivido las cosas que hemos vivido durante la guerra nos cuidamos; nos cuidamos de los recuerdos. Cada episodio bello de aquellos tiempos trae consigo algo malo; es mejor que no haya nada, ni bueno ni malo; sólo el rumor de los pasos durante el paseo, leer el periódico, preparar el almuerzo, eso es más que suficiente. Y mirar con admiración a la gente joven, son sobre todo mujeres, que en una larga cadena se pasan ladrillos unas a otras. Los edificios crecen desde las ruinas, la vida se pone de pie y sigue su curso, lo que las bombas y los disparos enterraron, está enterrado. Aunque hasta hace algunos meses aún caían bombas en la ciudad, eso ya es pasado, y todos los que participamos de esta guerra desgraciada mañana mismo seremos el pasado. Yo lo soy ahora, porque no quiero acordarme. Sobre el pasado y sobre mis recuerdos se va posando, lentamente, un manto de olvido. Tengo el cabello gris donde hace apenas cinco años no había una cana. Y cuando me miro al espejo lo sé: la vida ha dado un vuelco al otro lado, adonde están mis compañeros muertos, los caídos en los humedales de Ucrania, en los senderos barrosos de los bosques de Eslovenia, donde nos emboscaban los proyectiles partisanos, y destrozaban los vidrios de los autos y los rostros; en las llanuras de la

Lombardía, por las que nos retiramos a los Alpes en el año 45. Para entonces la muerte asestaba sus golpes y abatía sus presas, y luego se iba en busca de más hacia otro lado. Y, sin embargo, yo no la percibía como ahora; ahora lo sé, ahora está dentro de mí, en este cuerpo que renquea de acá para allá por el departamento y en las caminatas matinales, donde en el parque los pájaros cantan muy temprano, y cuando vuelvo ya zumban los insectos de agosto, y después en la calle las manos perseverantes de los jóvenes que acomodan ladrillos y vigas en la ciudad vieja amuran ventanas y puertas, y hasta se oyen risas, gritos de aliento. Por todas partes despierta la vida, pero en mí se ha posado la muerte; he visto demasiados moribundos como para poder alegrarme ahora con el verano, cuando todo empieza de nuevo; la muerte humana roe mis pensamientos como una rata; no hay nada que hacer si no quieren recordar la guerra, los años pasados de servicio en la Wehrmacht, nada de nada. Me despierta en la noche y me da a entender que cada respiración, cada paso cojo de ida al baño y vuelta a la cama es tan sólo el camino hacia su vacío. No reconocía a la muerte cuando en lejanas tierras estaba tan cerca de mí; ahora la veo por todas partes, en las hojas caídas de mis paseos matutinos, en los ojos del perro viejo que se arrastra tras su dueño.

Ella, Veronika, sobre quien me pregunta la carta, la veía ya entonces; se inclinaba sobre una rana aplastada en el camino y decía, miren estos ojitos... una mañana me dijo allá en Podgorsko, junto al estanque: pero usted vive todo el tiempo entre la vida y la muerte. Oíamos relinchar a su caballo en el establo, el sol estaba asomando, atrás quedaba una larga noche, de alegre y bulliciosa compañía, y ella decía esto como una niña que de pronto reconoce que la vida es efímera, que la juventud es efímera; era como una niña que se asombra de todo lo que sucede a su alrededor, de los soldados, de los uniformes, de la muerte, de una rana aplastada. Hace dos años que intento olvidar todo, también a ella, aunque su imagen me sigue desde hace mucho tiempo, desde aquella mañana, su presencia constante, su voz, su paso ágil y sus ojos melancólicos, calmos, casi inmóviles, iluminados por los rayos del sol de la mañana.

Pero esta mañana de agosto la carta estaba aquí, pedía una respuesta; me embargó un desasosiego que no quería de ninguna manera. Se me apareció ante los ojos aquel paisaje verde iluminado por el sol al pie de las montañas, los campos fértiles, el camino blanco y nosotros tres en el automóvil que levantaba el polvo a su paso. Fue aquella tarde de domingo, casi al atardecer, cuando aplastamos la rana.

En septiembre del 42, o a fines de agosto, tal vez a comienzos de septiembre. Ya entrada la cálida tarde de domingo fuimos en auto a su mansión; Leo conducía, junto a él iba Veronika, yo estaba sentado en

el asiento trasero. Me recogieron en Kranj cuando volvían de Liubliana. Yo aquel domingo no tenía ningún automóvil a disposición; llamé por teléfono a Leo, sólo quería avisarle que no iba a poder asistir a la cena porque no tenía transporte. Ella atendió: faltaba más, dijo, nosotros lo pasamos a buscar y subimos todos juntos. Tenemos un pianista, vamos a escuchar Beethoven. Tuve mis dudas, sobre todo porque sabía que no era nada bueno para su reputación que la gente los viera acompañados de un oficial alemán. Un año antes nos recibían con los brazos abiertos, pero ahora los campesinos ya nos miraban con inquina, nuestra administración no siempre había funcionado de la manera más inteligente, y la suerte en la guerra se había vuelto incierta; las noticias de Rusia y África no eran siempre las mejores. Leo debía de entenderlo, pero ella vivía en la luna, así se dice; de cualquier forma la política no le interesaba, la guerra estaba allá lejos, en Rusia, nosotros estábamos en su tierra más o menos provisional o por azar, por un azar que se llama planificación de guerra; cuando todo esto termine, nos vamos a mandar postales. Dije que tampoco iba a tener transporte para volver, y por la mañana debía estar en el hospital para la ronda matutina.

Faltaba más, dijo de nuevo, se queda a dormir en casa y por la mañana lo llevamos de vuelta a ver a sus pacientes.

A veces no se la podía contradecir. No sé por qué ya entonces recordaba ese viaje en auto, ya en el año 44, cuando en Italia me enteré de que habían desaparecido de Podgorsko ella y su marido. ¿Sería sólo por causa de aquella rana? Y ahora ese viaje volvía a aparecérseme ante los ojos, el zumbido regular del motor, las largas sombras del calmo atardecer.

En medio de la marcha tranquila Veronika gritó de pronto, cuidado, una rana. Y un segundo después: la pisamos. Exigió que Leo detuviera el auto. Él se detuvo, ella bajó, y él me miró por sobre el hombro: en fin, así es ella. A veces un poco fuera de lo común. Volvió sobre sus pasos y se acuclilló en el camino junto a los restos del animalito aplastado. Los hombres esperamos un rato, luego también nosotros dos bajamos, encendimos un cigarrillo y nos acercamos hasta ella. Veronika estaba al borde de las lágrimas. Pobrecita, dijo, la rueda la pasó por arriba. Aunque estaba un tanto emocionada, se concentró en la anatomía de aquel cuerpecito como si quisiera que también nosotros dos entendiéramos lo que había ocurrido. Mirá, le dijo a Leo, aquí están las vísceras, se le reventaron el estómago y la vejiga a la pobrecita. Pero aquí en el muslo aún están los músculos con los que se impulsa. Leo se alzó de hombros y ella se puso de pie. Agachate, dijo, ¿que no lo ves? Leo se inclinó con paciencia, por complacerla.

Mirá, dijo casi en un susurro, mirá cómo miran esos ojitos, todavía están vivos.

Después se volvió hacia mí: qué pasa, doctor, no hay nada que hacer acá. No supe si era una pregunta o una afirmación. Dije en broma que no era veterinario, pero ella me miró seria y se fue hacia el automóvil. Por un momento me puse de mal humor. Con todo lo que yo había visto ya, vísceras humanas colgando de vientres perforados por las balas. Y ojos humanos, que todavía estaban vivos, y un segundo después ya no. En todo caso no me parecía necesario que alguien montara un circo por una rana aplastada y que para colmo se mostrara ofendido porque los demás no sienten lo mismo.

En ese entonces ya hacía casi un año que estaba en la parte alta de Carniola, en la región alpina de la vencida y desmembrada Yugoslavia. Desde el momento en que llegué, el paisaje me recordó mi tierra, el cordón montañoso sobre nuestros lagos. Luego, en los pantanos del Dniéper un proyectil de una granada rusa me destrozó el tendón poplíteo, y estuve un tiempo arrastrándome por los lazaretos donde los colegas me emparcharon, y después de un largo viaje en tren fui a dar a un sanatorio cerca de mi casa en Bavaria. Después de alrededor de un mes ya caminaba, aunque luego hasta el final de la guerra anduve renqueando. Pensé que iban a enviarme a casa, pero escaseaban los médicos y dijeron que aún estaba en condiciones de servir en algún recodo un poco más tranquilo. No estarás para un desfile a paso redoblado, dijo uno de la comisión, pero podés caminar perfectamente. Me mandaron a Kranjska Gora. En comparación con lo que había vivido meses antes en los humedales de Prípiat, en Rusia, esto era relativamente tranquilo. Trabajaba en el hospital de Kranj, vivía junto con otros médicos en una casa de gente que como a mí habían exiliado a los Balcanes, y todos los días nos decíamos ¡qué gran suerte! En especial eso podía decirlo yo, que había dejado atrás los humedales de Ucrania, el barro, las marchas, los disparos desde las emboscadas, los silbidos de las balas de mortero. Era relativamente tranquilo, se hablaba de los rebeldes y de la ofensiva de los italianos, nuestros aliados, en los grandes bosques de la parte baja del país. También acá ocurría algún que otro ataque a un arsenal o a una patrulla militar; los oficiales del derrotado ejército yugoeslavo intentaban organizar una resistencia desesperada. No se sabía mucho todavía de las hordas bolcheviques. A veces traían algún herido de los nuestros, pero en general tratábamos fracturas, llagas, úlceras y soldados de licencia que querían un poco de calma después de los ejercicios militares y descansar en una cama después de patrullar los valles y las laderas boscosas de los Alpes. A decir verdad, aquel año se podía vivir allá casi como en Alemania, donde aún los ataques aéreos no habían destruido todo; yo ejercitaba mi rodilla en largas caminatas en la niebla matutina por los alrededores, las cumbres rocosas a lo lejos me recordaban mi patria bávara; cuando el sol brillaba con más

fuerza las abejas zumbaban sobre los campos floridos, y la gente cosechaba papas; la guerra estaba lejos.

Conocí a Veronika poco después de mi llegada. Una mañana de domingo durante mi guardia trajo a una enferma con alta temperatura; la mujer se quejaba de dolor y estaba ya un poco pálida. Diagnostiqué inflamación de apéndice y prescribí cirugía. Había un hombre joven con ella; su nombre era Jeranek o al menos así lo llamaban. Recuerdo el nombre porque a mis oídos sonaba inusual, y porque volví a encontrar a Jeranek más adelante, cuando iba de visita a lo de Veronika y Leo en Podgorsko, donde él hacía trabajos ocasionales. Lo recordaba también porque la amorosa señora que trajo a la paciente y la tenía tomada de la mano todo el tiempo, pronunciaba ese nombre, Jeranek. No es cierto que la va a curar, señor doctor, decía en un alemán impecable, le digo todo el tiempo que no tenga miedo. Jeranek también está aquí; su paciente teme que se vaya. Jeranek es su prometido, agregó, se van a casar. Cuando llevaron a la paciente del consultorio, señaló hacia el patio; ahí caminaba alrededor del auto un hombre joven, fornido, con anchas espaldas y un sombrero verde sobre la cabeza; ése es Jeranek, dijo ella. Es un buen muchacho.

¿Ese Jeranek es su chofer?, pregunté.

No, dijo, yo la traje; él quiso acompañarla, la quiere mucho.

¿Usted conduce el auto?, pregunté asombrado.

No sólo el auto, se rio, también un avión si es necesario.

Dijo que era piloto de avión. Había dado el examen para aviones deportivos. Jeranek trabajaba para ellos de cuando en cuando. Más que Jeranek me interesaba esta señora elegante y fuera de lo común, que decía saber pilotar un avión, lo cual en un primer momento apenas pude creer, lo admito, pero sin duda sabía al menos conducir aquel auto de gran porte. Y hablaba alemán con acento berlinés. Dijo que había estudiado en Berlín. Vivía en un castillo al pie de las montañas, aunque a veces se quedaba en Liubliana, porque también tenían un departamento allí. Pero ahora pasaba la mayor parte del tiempo en el castillo, que se llamaba Podgorsko, es decir, Sotomontano; Liubliana estaba en la zona italiana y ella no quería conducir a través de esos molestos pasos de frontera, donde gente armada se pegaba al auto y se comportaba como si todos fuéramos unos contrabandistas. Preguntó cuándo podía regresar a buscar a la enferma. Dije que en una semana esperaba que estuviera todo bien.

Así conocí a la joven señora del castillo, y poco después de eso también a su marido, que me invitó a visitarlos a la mansión Sotomontana, como se llamaba el castillo; no sé por qué mansión, yo prefería llamarlo castillo; conocí también a la señora mayor del castillo, la madre de Veronika, la señora Josipina, y a la eficiente ama

de llaves, cuyo nombre era Joži, que más que un ama de llaves era una suerte de confidente de Veronika y de la familia; conocí a su jardinero, a su perro, a sus caballos, y luego de cerca de un mes era un invitado frecuente de la casa. No era el único; en el castillo se reunía un grupo de empresarios y de alcaldes de los alrededores con sus esposas, varios artistas de Liubliana y jóvenes damas, amigas de Veronika. También había oficiales alemanes, con quienes Leo tenía buenas relaciones, le venían bien para distintos pequeños favores, permisos de viaje, licencias de trabajo, mucho de lo cual hacía que su fábrica siguiera funcionando sin tropiezos. En suma, un grupete variopinto de todo tipo de gente, que bajo la ladera del gran bosque buscaba asilo, la sensación de una vida civil y normal en medio de una gran guerra. Veronika me estaba agradecida porque había operado con éxito a aquella joven campesina, por mucho tiempo me presentó como el señor doctor que había curado a la prometida de Jeranek, tal vez no lo decía así, tal vez decía el nombre de ella, pero lo he olvidado.

Volví a cruzarme con Jeranek a fines del año 42, tal vez era en noviembre, se formaban flores de hielo en los vidrios. Leo me llamó a la guardia y me dijo que tenía que pedirme un pequeño favor. La policía había detenido a su subordinado, sospechaba de su cooperación con los partisanos. Pero él pondría las manos en el fuego por Jeranek, un tipo leal, que no se metía en política en absoluto. Habían arrestado a unas trescientas personas, y entre ellos sin duda a algunos inocentes como con seguridad era Jeranek. Dije que era difícil que pudiera hacer algo, en especial si lo tenía la Gestapo entre manos; tampoco nosotros queríamos tener nada que ver con la Gestapo. Después me pasó a Veronika al teléfono. Se trata de aquel muchacho de sombrero verde, dijo ella, aquella vez... cuando trajo a su prometida con apendicitis, yo debía de acordarme. Me acordaba, claro, había sido nuestro primer encuentro. La novia estaba muy acongojada y asustada; ella, sus padres, todos me estarían muy agradecidos si yo pudiera hacer algo; también ella, Veronika, jamás olvidaría ese favor. Entre excusas prometí que iba a intentarlo. Si no me lo hubiera pedido Veronika con su voz suplicante pero al mismo tiempo implacable, seguramente no lo habría hecho.

Llamé por teléfono a Wallner, un tipo inmutable, con quien hasta entonces apenas había cruzado una palabra. Me dijo que fuera personalmente. Me fui del hospital en guardapolvo médico nomás hasta la sede de la Gestapo. Encontré a Wallner en el patio al salir del automóvil. Ahí nomás le dije que conocía muy bien a uno de los jóvenes que habían detenido en un gran grupo de personas arrestadas por los pueblos. Mentí un poco, lo conocía de cuando habían venido con Veronika a traer a su prometida, lo había visto algunas veces en el

castillo, pero ¿que lo conociera personalmente y bien...? Wallner me miró impasible, dijo que no me inmiscuyera en asuntos de seguridad. Estaba por abandonar, y luego pensé en cómo iba a presentarme ante Veronika; no iba a resultarme fácil mirar a sus ojos tristes, tal vez desesperados. Le asesté mi mejor golpe, sabía que era una afirmación bastante osada. Dije que podía responder por ese hombre como soldado del Reich, palabra de honor de oficial. Si es con honor de oficial, dijo Wallner burlón, entonces vamos a tratar de hacer algo. Le di los datos del arrestado. Después de unos días se reveló que realmente se había tratado de un error; Jeranek estaba en libertad.

No me había resultado fácil. Wallner era un tipo peligroso, impasible. Esa vez, cuando estábamos en el patio, en medio de nuestra conversación se oyó un grito aterrador desde las ventanas, y siguió un largo vociferar. Nos quedamos en silencio y Wallner me miró con sus ojos claros y vacíos. No pregunté nada, no dije nada. Continué como si nada hubiera pasado. Pero sabía bien qué era lo que pasaba, estaban interrogando a alguien. El que había gritado era uno de los arrestados, y después le había gritado furioso el interrogador. Yo sabía que interrogaban con fustas. Conocía las secuelas de esos interrogatorios, a veces me llevaban a alguno a la guardia para coserlo y vendarlo. Y eso si había aceptado colaborar. El que no aceptaba no llegaba hasta mí, lo llevaban ante el pelotón de fusilamiento. Si se hubiera sabido que había mentido a Wallner habría terminado yo en la sala de interrogatorios, o mejor dicho de tortura.

Me puso muy contento que trasladaran a Wallner a Trieste después de la traición italiana de Badoglio a nuestra alianza. Así no podía enterarse de que unos meses después, Jeranek desapareció del castillo y también de su pueblo. Con toda seguridad se había ido con los partisanos. Fue una suerte para mí, y para mi honor de oficial, que para entonces Wallner ya no estuviera cerca. Tal vez también para Leo, que habría puesto las manos en el fuego por el muchacho campesino. Sin embargo, cuando salvé a aquel Jeranek no pensé ni por un momento que no estaba respaldando a un inocente. Palabra de honor de oficial alemán.

Aquel día, cuando discurríamos junto a la rana aplastada, llevaron en camión un piano nuevo al castillo. Desde el comedor llegaban sonidos regulares, un poco molestos; el pianista lo estaba afinando él mismo. Por la noche empezaron a pasar automóviles por la entrada. Se oían portazos de los automóviles; nuestros oficiales bajaban en sus botas lustrosas, los choferes les abrían las puertas y las cerraban tras ellos. ¿Tanta gente viene a la cena?, pregunté a Veronika. Se rio y dijo que algunos se habían invitado solos. Se aburren en esta tierra extranjera, dijo ella. Vinieron también algunos empresarios de Liubliana, y algunos lugareños, alcaldes de los pueblos y políticos

locales con sus esposas. Ya no recuerdo por qué había tanta gente en aquella cena, tal vez era el cumpleaños de Leo o los había invitado así porque sí; sus negocios, que durante la guerra seguían su curso, necesitaban buenas conexiones.

El pianista, al que llamaban Vito, tocó Beethoven después de la cena. La sonata Claro de luna. La sonata Quasi una fantasia. Estábamos sentados a media luz entre ramos de flores campestres, que encendían todo el lugar con sus cálidos colores; las ventanas estaban abiertas, el fresco de la noche olía a los abetos del bosque próximo. Los cien dedos del pianista hormigueaban por el teclado; los pasajes calmos y crispados del concierto de piano se alternaban y flotaban en el espacio, recuerdo que yo estaba completamente embelesado. El adagio melancólico. Si en el salón no hubiera habido uniformes, también el mío, claro, habría pensado que no había guerra en ninguna parte del mundo, que estaba en la sala de conciertos de mi querido Múnich o que me encontraba en una isla bendita y maravillosa de alguna tierra extranjera. Miraba a Veronika, que respiraba profundamente, como si la música viajara a alguna parte de su interior o como si algo la llenara de recuerdos, con vivencias antiguas; pensé que le costaba contenerse y que de un momento a otro iba a llorar. Pero no fue así, se rio. Cuando acabaron de sonar los últimos golpes del dramático final, se quedó callada unos instantes, mirando ante sí; luego se rio como una niña feliz, fue hasta el pianista y lo abrazó.

Fue una velada inolvidable. En realidad toda una noche. Después del concierto la mayoría de los huéspedes se despidió; yo escuchaba por las ventanas abiertas a mis colegas oficiales, que con buen ánimo después del coñac de despedida bromeaban en el patio y subían a sus automóviles. El chofer de Leo llevó a los huéspedes eslovenos que eran de los pueblos vecinos. Leo también se despidió y subió a las habitaciones superiores. No trasnochaba nunca. Dijo que a la mañana siguiente debía ir a Liubliana; era lunes y tenía que hacer muchas cosas. Como convenido, podía llevarme de vuelta a Kranj.

No sé por qué esta noche, tantos años después, no se me va de la cabeza aquella rana verde aplastada en el camino, un hecho tan insignificante que me acecha en el recuerdo contra mi voluntad. Durante la guerra pasó de todo, pero a mí con la carta que encontré esta mañana en el buzón, me vinieron a la mente la rana destripada y sus ojos de rana, que todavía estaban vivos, aunque ya muertos.

El sobre había sido entregado al correo en Graz una semana antes, como era ostensible por el sello postal. Así que el correo sigue funcionando bien en estas condiciones, aunque también funcionaba impecablemente durante la guerra. Sin embargo, la carta estaba fechada mucho antes, el 20 de mayo del 45. Lo que significa ni más ni menos que fue escrita en Eslovenia y que hizo falta mucho tiempo

para poder pasarla por la frontera. De cualquier forma, la carta ahora está aquí y en ella un tal Franc Gorisek pregunta en nombre de la familia Zarnik si acaso tengo alguna información del matrimonio desaparecido, de Leon Zarnik, apodado Leo, y de su esposa Veronika Zarnik. Si acaso mientras servía en la región de Carintia, a la que entonces estaba anexada Oberkrain, Carniola, me había enterado de las circunstancias, y en especial de las consecuencias de su desaparición. La carta estaba escrita en un alemán anticuado, y el nombre del remitente casi seguro era inventado. Supuse que el que escribía era alguno de los familiares que en estos tiempos no puede revelar que se pone en contacto con un antiguo oficial alemán, un oficial de la ocupación, un nazi, como nos llaman todos ahora. La familia que le había encomendado averiguar algo conmigo, quisiera, en efecto, saber si las personas desaparecidas estaban aún con vida, porque no tienen ninguna señal de ellos.

¿Cómo podría saber yo qué pasó con Leo y con Veronika?

En febrero del 44, cuando me enteré de que se los habían llevado los partisanos, yo estaba en Lombardía, donde con los combatientes de la República de Salò preparábamos un contragolpe contra la escalada de los Aliados. Entonces ya no importaba que tuviera una rodilla dañada; nos enviaban de aquí para allá; y ante los grandes acontecimientos, mi cojera, y con ella el creciente dolor por los incesantes desplazamientos, era algo completamente insignificante. Un oficial del cuartel, a quien como a mí habían trasladado desde Kranjska, desde Carniola, aunque unos meses después. Pero el que suscribe, Franc Gorisek, se dirige a mí en la carta, porque los familiares de los desaparecidos saben que yo estaba cerca de ambos cónyuges y que a menudo los visitaba en la mansión Sotomontana, que era propiedad del desaparecido Leo Zarnik. Me pedían que preguntara, si eso me resultaba posible, a alguno de los oficiales de policía que servían entonces en la región y que ahora tal vez habían sido desmovilizados en Baviera. Tal vez alguno de esos oficiales de policía recordara si en los interrogatorios a partisanos detenidos había obtenido algún dato sobre los dos desaparecidos, de los que se sabía que en una noche de invierno de enero del 44 habían partido con una unidad partisana y no habían vuelto a Podgorsko. Al final de la carta, profusa en frases de cortesía, decía que estaban muy preocupados y que la “anciana señora”, de quien con seguridad me acordaría, la mamá de Veronika, estaba especialmente apenada. Estaba tan afligida por todo esto que apenas pronunciaba una palabra. Había seguido en la mansión hasta el final de la guerra a la espera de que su hija volviera. Ahora la señora Josipina, viuda de su prematuramente difunto esposo Peter, vive sola en Liubliana y pasa todo el tiempo sentada junto a la ventana, esperando el regreso de su hija. Le sería de

gran ayuda saber la verdad, fuera cual fuera.

Sus amigos, escribía el remitente al final, eran buenas personas, y como usted bien sabe, no colaboraron con la administración de la ocupación.

Qué bonito, pensé, así que no colaboraron con la administración de la ocupación, entonces por qué le preguntan a un miembro del ejército de la ocupación, aunque sólo sea un médico militar, por qué el señor Gorisek no se lo pregunta a la nueva administración, a los suyos, los miembros de su ejército, que cuando aún no eran administradores se los llevaron con ellos. Por supuesto que sabía que esto no era posible, pero es que la sorprendente y torpe posdata al final de la carta me había enojado un poco: al fin y al cabo, el señor doctor con sus frecuentes visitas en su uniforme alemán habrá llamado la atención y llevado a pensar a los partisanos en una posible colaboración con la ocupación, y así, seguramente sin quererlo, habrá contribuido a que se llevaran al matrimonio Zarnik y tal vez incluso a su ejecución. Por tanto agradecerán respuesta, que puede enviar al Poste restante en Graz, se adjunta el número de casilla de correo.

¿Qué debería contestar?

¿Que soy yo el culpable de su muerte, porque escuchábamos juntos a Beethoven? ¿Porque iba en su automóvil? ¿Porque leí ante el grupo reunido en el castillo un reportaje del Morgenpost sobre los combates en el río Teteriv? Esta extraña posdata me sacó de las casillas. Así es como la gente ve hoy las cosas que han pasado hace menos de dos años. Todos los que por voluntad propia o contra su voluntad llevaban uniforme son culpables. ¡Y se supone que yo sea el responsable de la muerte —por supuesto que de la muerte, de qué otra cosa—, de estas dos queridas personas! Rompí la carta y la tiré a la basura, y decidí que no iba a volver a pensar en ese escrito tramposo.

Después de un rato empecé a sentir una puntada en el pecho, me envolvió una ansiedad como si se avecinara un ataque que termina en infarto. ¿Qué tal si de verdad hubiera provocado con mis visitas su desaparición, si por mí los hubieran llevado y les hubieran hecho lo que sin duda hicieron? ¿Si yo fuera por así decirlo el causante de su muerte? Por supuesto, de su muerte, yo no soy la “anciana señora”, que se consuela con la idea de que están vivos. De que los escondieron en alguna parte o que les facilitaron la salida al extranjero o que huyeron o quién sabe qué. A quienquiera que ésos llevaran al bosque, no volvía con vida. No tenían ni el tiempo ni la posibilidad de arrastrar a los sospechosos y arrestados tras de sí. Eso al menos lo sé muy bien. Si ellos mismos vagabundeaban por los bosques y atravesaban fuertes nevadas como lobos. ¿Cómo podrían haber arrastrado en el invierno del 44 al matrimonio Zarnik, si ya los habían sacado del fundo de Podgorsko? Y deberían preguntarle a algún otro;

allá iban otros oficiales también, de rango bastante superior al mío y con obligaciones bastante diferentes de las mías. Es cierto que algunos se invitaban solos; los dos hablaban alemán, no se inmiscuían en política, y la buena compañía era buscada y deseada en el territorio anexado, donde todos nos miraban de lado, donde no entendíamos su lengua y donde todas las balas podían caer sobre un auto con soldados alemanes en una calle desierta. O hasta explotar una bomba en la cantina de oficiales en medio de la ciudad. Escuchar a Beethoven y conversar con gente normal, que no tenía un puñal tras la espalda o una intención aviesa, era algo que volvía la vida guerra más parecida a la vida. Los que esperaban en las hondonadas de los bosques o en las altas laderas veían las cosas de otra manera, por supuesto. Quien se juntaba con nosotros era un potencial traidor. En realidad era ya un traidor, si ofrecía su hospitalidad a los oficiales alemanes, una cena o un concierto de piano, mientras ellos pasaban hambre, frío, eran fugitivos y llevaban a cuestas a sus heridos. Además tenían sus propios informantes, seguro tenían a alguno de los suyos entre el personal del castillo.

En el año 43, cuando también allí en los alrededores empezaron a oírse explosiones cada vez más a menudo, y cuando traían a mi consultorio a nuestros soldados heridos en los enfrentamientos con las hordas partisanas, empecé a ver cosas que hubiera preferido no ver ni saber. Entonces, a pesar de mi dificultoso andar, me mandaron cada vez más a menudo en la ambulancia, con la que en alguno de los pueblos o laderas de montaña en las que operaba nuestra unidad, esperaba a que los enfermeros trajeran atados por la fuerza a los heridos en los enfrentamientos.

Una tarde de otoño, fue unos días después de la capitulación italiana, yo volvía de un ataque victorioso que una de nuestras unidades había conseguido en las altas laderas de montaña sobre el idílico lago de Bohinj. Quería un poco de paz, seguramente también la compañía de Veronika, sobre todo de ella, tengo que admitirlo de una vez, y ordené al chofer que girara a la izquierda, hacia Podgorsko. Cuando estuvimos cerca ya era de noche, sólo había luz en el primer piso. Dejé al chofer en el auto y en el camino, y me acerqué a mirar si en el castillo aún no dormían. No quería que los inquietara el ruido del automóvil a esas horas. La puerta de entrada estaba abierta y con la débil luz que bajaba desde las ventanas vi unas figuras humanas que sacaban unas cajas del edificio y desaparecían con ellas hacia el bosque. Esperé un poco a que se fueran y después entré en el patio. Ahí estaba Leo en compañía de otros hombres desconocidos y conversaba con ellos. Saludé en voz alta y todos se callaron, en realidad, cuando vieron mi uniforme, quedaron de una pieza. Leo también estaba sorprendido. Vino rápidamente hacia mí; dijo que no

me esperaban a esas horas, pero que de todos modos era bienvenido; estaba inusualmente conversador, era un hombre por lo general más callado que hablador. De inmediato me llevó al comedor, y el grupo de gente se dispersó con rapidez antes de que entráramos al edificio. Me sorprendió, eso lo recuerdo con nitidez, que Leo tuviera relaciones con la gente del bosque también, no sólo con nosotros, sino también con ellos. Recordé los ruegos de él y de Veronika para que intercediera por aquel Jeranek, uno de sus trabajadores. Entonces pensé que su arresto era un error que por suerte yo había ayudado a salvar con una sola conversación; pero ahora sé que no se trataba de un error. Y que mi sospecha aquella noche tampoco era un error. No pregunté nada, no era asunto mío, que se ocupara Wallner y los suyos de eso, si hacía falta, yo no quería saber nada ni de su trabajador Jeranek ni de las cajas que junto con otra gente desconocida habían desaparecido en el bosque. No quería saber qué había en las cajas que habían sacado del castillo, y más contento habría estado de no haberlo visto siquiera.

Tenía vínculos con aquella gente, con esos a quienes llamábamos bandidos, y ellos a sí mismos partisanos; nosotros hordas criminales, ellos a sí mismos ejército de liberación. Y entre su personal había gente que estaba al tanto de lo que ocurría en el castillo, eso hoy me parece altamente probable. Pero si es así, tenían que saber también que los encuentros entre Veronika y yo no eran colaboración con la ocupación.

¿Y entonces cuál era mi culpa?

En lo que a mí respecta, esto es caso cerrado. Decidí que no voy a responder la carta y que ya no voy a ocuparme de esto. La guerra terminó, también en mi Alemania en ruinas vagan las madres en busca de sus seres desaparecidos, también acá se sientan a esperar a sus hijos junto a las ventanas. O las esposas a sus maridos. No es asunto mío lo que ocurrió con dos personas allá en Carniola, donde ahora es de nuevo Yugoeslavia, la Yugoeslavia comunista. Pero aquel párrafo tramposo, aquella P.D. que decía que mis frecuentes visitas en uniforme alemán habían contribuido a que... aquella posdata me seguía y rondaba mi corazón, que sentía una puntada peligrosa, asociada a la ansiedad. Una puntada donde ya de todos modos roía aquella rata que muerde hasta el final, que debilita el cuerpo y ralentiza la mente, que pone canas en las cabezas de las personas.

Recogí los trozos de la carta rota del papelero, los rearmé y volví a leerla. Empecé a pensar que tal vez conocía a algún policía que hubiera estado de servicio allá, y si había servido, seguro había interrogado a algún bandido. Recordé a Wallner, que durante un tiempo vivió en Kranj, en la misma calle que yo; justamente por él conseguí salvar de la cárcel, tal vez también del campo de

concentración, a aquel muchacho campesino, a ese Jeranek, que trabajaba ocasionalmente en Podgorsko. Pero a Wallner, ese ser impasible que de cualquier modo no hubiera dicho nada, lo había volado una granada de mortero en los bordes boscosos del Carso en las afueras de Trieste. Y aun si conociera a alguien más, ¿quién, por el amor de dios, unos meses después de terminada la guerra querría decir algo sobre su interrogatorio a los partisanos en algún sótano de la Gestapo? ¿Y quién me confiaría algo a mí, un médico militar? Y por último, ¿qué se yo quién es este Franc Gorisek, cómo puedo creerle que en verdad busca información para la familia porque se compadece de la anciana señora?

Sólo sé un cosa: es cierto que no se hicieron amigos de ningún otro visitante del castillo más que de mí. Veronika había estudiado en Berlín; una mañana me preguntó ¿qué te parece, cómo estará ahora Berlín, cómo será estar junto al río Spree? En el instante en que pensé en aquella mañana, en ese momento entre el día y la noche, cuando estábamos junto al agua, junto al estanque bajo el castillo, como si nos hubiéramos detenido en el tiempo entre la vida y la muerte, se me apareció su imagen ante los ojos: Veronika en vestido de noche, con su ágil, deportivo andar entre los huéspedes; Veronika con una camisa de hombre arremangada, llevando al caballo desde el establo y saludándome con la mano; Veronika inclinada sobre la rana muerta. Diciendo: mirá cómo miran esos ojitos, todavía están vivos. Qué pasa, doctor, no hay nada que hacer acá.

No, no hay nada que hacer acá.

Y aunque su imagen se me aparecía cada vez que reinaba la paz en Lombardía, cuando se apagaban las explosiones o las sirenas ensordecedoras que advertían la llegada de los bombarderos o de los aviones caza. Hasta su voz me acompañaba; en los momentos de silencio la escuchaba con nitidez. ¿Habré estado quizá enamorado de ella? De alguna manera sí. Yo estaba solo y ella era un milagro en medio de un tiempo salvaje. Cuando la conocí, allá reinaba una paz milagrosa, los pájaros cantaban en las arboledas, las abejas zumbaban sobre las flores del trigo sarraceno. El pianista, creo que su nombre era Vito, tocaba Beethoven. El pintor roncaba, borracho. Yo respetaba al marido de Veronika, lo apreciaba también a él, un tipo serio, siempre impecablemente vestido, pero deseaba imperiosamente estar cerca de ella. A decir verdad es el único recuerdo luminoso, casi enceguecedoramente luminoso de los tiempos de la guerra; todo lo demás son transportes militares, ir de acá para allá por el continente, los lazaretos con heridos quejumbrosos, el último año con rehenes fusilados en Italia, a los que tomaba el pulso mermando o ya desaparecido de la vida que se apaga. ¿Y yo vengo a ser ahora, como dice la posdata de un tal Franc Gorisek, el responsable de lo que ha

ocurrido, yo vendría a ser, dicho más directamente, el culpable de la muerte de ella? Y de la de él. Pero si él se juntaba con los oficiales alemanes porque le convenía, para que su fábrica siguiera funcionando, para que sus negocios siguieran adelante; si intercedió ante ellos en favor de personas de los pueblos vecinos, a quienes de otro modo hubieran llevado a la cárcel, a un campo de concentración o directamente los hubieran fusilado; si de ese modo él —sin quererlo y en mi opinión sin ninguna culpa, aun si lo miro con los ojos de ellos, de los partisanos— se enredó en algo a lo que llamamos política; si eso significa que así se ganó la aparición nocturna de los visitantes armados, la marcha sobre la nieve hacia el bosque sobre el castillo, ¿por qué debían llevársela también a ella?

¿Por qué a ella, por qué a Veronika?

En aquellos años no conocí a nadie que como ella estuviera tan alejado de los acontecimientos de la guerra. Los caballos, las bodas de pueblo, los pintores y poetas de Liubliana, la vida de las muchachas y las cocineras, todo le parecía más importante que los acontecimientos de los que a menudo hablábamos ante las noticias de Rusia o de África, o de los rebeldes locales que atacaban nuestras columnas en los caminos solitarios de montaña o incendiaban los puestos de gendarmería. No le gustaban esas conversaciones; con frecuencia se iba de la mesa cuando empezábamos a hablar de la política, las armas y la guerra. Ni siquiera hoy sé si la aburría o si había encontrado una forma de sobrevivir al peligro de esos tiempos. Odiaba toda forma de violencia. Cada vez que volvían los cazadores cargados con sus presas, los esperaba en el patio. Se paraba junto a la ventana, miraba los animales muertos y negaba con la cabeza, melancólica. Cuando montaba no usaba fusta. Hasta una rana aplastada la conmovía. Tal vez simplemente tenía miedo, no quería tener nada que ver con esos tiempos terroríficos. Aunque tenía que ver con la gente que estaba enredada en ellos por propia voluntad o contra ella.

Una sola vez me pareció que la guerra le interesaba. En realidad la caballería.

Fue aquella noche, cuando quedaba un pequeño grupo en compañía del pianista y le pedía nuevas melodías, sin duda ya no Beethoven, el Claro de luna no se podía repetir, sino canciones alemanas, la melancólica Lili Marleen, también canciones populares eslovenas, que Veronika canturreaba en voz baja. Habían quedado dos parientes de ella, o tal vez de Leo, un pintor de Liubliana, que pronto quedó mortalmente borracho y se durmió hundido en el sofá y su amiga, cuyo nombre no puedo recordar por mucho que lo intente, ni tampoco su rostro. El criado nos servía vino, nos quedamos paulatinamente en silencio, el pianista estaba cansado, y de pronto Veronika dijo: pero si estamos en guerra. Todos la miramos. Ella se

volvió hacia mí: Horst, cuente cómo es la guerra, la guerra verdadera, en el frente. Sabía que yo había estado en el frente de Rusia; sabía también que no me gustaba hablar de eso.

He oído, dijo, que los polacos de a caballo lucharon contra los tanques de ustedes.

Es cierto, dije. Los ulanos. Eran soldados valientes, pero contra nuestra mecanización no tenían ninguna posibilidad. La caballería ligera contra la infantería mecanizada... aunque era terrible cómo cabalgaban bajo el fuego de los cañones y las ametralladoras, era casi gracioso. Ellos eran de otro tiempo.

Ella hizo una larga pausa, y después repitió: de otro tiempo.

¿Y qué es lo gracioso de eso?, preguntó después de un rato.

No respondí. Ella siguió en voz baja: ¿que hayan matado a esos ulanos, a ellos y a sus caballos?

Yo no estaba presente, dije, pero hasta donde sé, nuestras unidades los segaron con las ametralladoras y armaron hatos con ellos. No fue gracioso, dije, en verdad fue terrible, la caballería en ataque frontal no tiene ya ninguna función estratégica, ninguna fuerza de choque. Cualquier soldado de infantería puede con su rifle derribar a distancia de su caballo al mejor jinete. O matar al caballo, dijo ella. No daba el brazo a torcer. Sabía que amaba los caballos, pero no sabía qué responderle. Usted no estaba presente, dijo furiosa, como si yo hubiera sido culpable de que en la guerra mataran a los caballos y de que los generales polacos mandaran a la caballería a enfrentar a nuestros tanques, usted no estaba presente, ¿y dónde estaba entonces?

Yo estaba ofendido.

Recordé que tenía en el bolsillo un recorte de diario; lo había recibido hacía unos días por correo, me lo había enviado un amigo de Múnich, que por un problema de salud había conseguido eludir la movilización. Era un artículo del Morgenpost del año 41. Todavía tengo ese recorte; lo he llevado conmigo a todas partes. El título del artículo, que describe la batalla en los humedales ucranianos, es: "¿Y tú no estabas presente?" Sí, yo estaba. No sabía que en los diarios alemanes habían escrito justamente sobre nuestra división. Que sólo unos días después de que hubiéramos agonizado en aquellos pantanos, habían leído sobre nosotros en los matutinos, mientras comían manteca y miel, y tomaban té con leche, entonces en Alemania aún había bastante de todo eso. Una bonita y lejana guerra, la batalla de la "bolsa del mago" junto al río Teteriv.

Dije que no iba a contar nada; llevaba conmigo una historia de la que había participado. Quien quisiera podía leerla.

Léala usted, dijo Veronika, y los demás también me instaron a hacerlo. Me puse en un aprieto. Pero no había vuelta atrás; había empezado y tenía que continuar. Pedí que me sirvieran una copa de

vino y me ubiqué en el sillón bajo la lámpara. El pintor roncaba suavemente y pronunciaba entre sueños algunas palabras en esloveno, y todos nos reímos. Pregunté qué había dicho, pero Veronika hizo un gesto bajando la mano, no importa, lea. Así que empecé a leer y pude contenerme de comentar un poco aquella escritura embelesada.

El río Teteriv, empieza el corresponsal de guerra Oswald Zunkner, corre al nordeste de Kiev por los pantanos de Prípiat y del Dniéper. No tiene más de 45 metros de ancho pero su cauce atraviesa un cinturón de un kilómetro y medio de ancho de marismas, poblado de juncos, repleto de charcos y salpicado de pastizales que esconden a un enemigo terrible: las arenas movedizas. En este cinturón, las tropas alemanas armaron una de las muchas "bolsas". Era de un tamaño pequeño, como puede hacerla un regimiento de infantería, pero los soldados la bautizaron con el importante nombre de "bolsa del mago". La historia de esta pequeña bolsa —cuenta el Morgenpost— está escrita con sangre.

Miraba aquellas letras como si las estuviera leyendo por primera vez, y las manos me empezaban a temblar. Sí, con sangre; también con la mía, pensé. Justamente ahí, junto al río Teteriv, fui herido. No en la batalla que describe el corresponsal de guerra, sino unos días después. Pero aquella noche no lo conté. Dije: ¿saben? Un corresponsal de guerra es como un pájaro que revolotea sobre nosotros, que estamos enterrados en este lodo pringoso. Dice que los humedales y los brazos del río Teteriv son un obstáculo infranqueable, no sólo para los carros blindados y los vehículos de carga, sino también para la caballería. Pero no para nosotros, a quienes nos arrojaron al barro y directo bajo la línea de fuego de los cañones rusos, que incendiaban sin compasión hasta que se quebraban las puntas de los árboles y chapoteaban a nuestro alrededor las granadas que arrojaban y los troncos partidos de los árboles. También sobre nosotros. Ahora hasta la voz me empezaba a temblar. Me arrastraba con el agua hasta las rodillas, dije, a veces hasta la cintura, en el barro de acá para allá con el bolso de auxilio al hombro, desinfectaba y vendaba las heridas y llevaba a los heridos a tierra seca. Pero el corresponsal de guerra, el pájaro que nos sobrevuela, dice que el comando de la división ha dado instrucciones de tomar el pueblo K., protegido por un lado por los humedales y por el otro por el bosque, y por un tercero por la morosa corriente de los cuatro brazos del río Teteriv. El choque frontal fue una locura, dice, pero era justamente hacia esa locura adonde nuestras tropas avanzaban.

Desde ahí arriba, desde la perspectiva del pájaro, no se ve que los soldados se atascan en el barro, que a cada momento desaparece alguno bajo la superficie del agua estancada y pestilente, que yo tapono con un bollo de gasa el agujero en la espalda de algún

jovencito a quien le mana a borbotones por la boca la saliva sanguinolenta, eso no se ve. Pero ve, como dice, que la tropa avanzó en seis horas dos kilómetros, lo que no parece mucho, y sin embargo en esas condiciones es un logro excepcional. A los soldados se les impuso completo silencio, dice; esperan un nuevo ataque y el comandante está al frente de todos, un viejo soldado de pelo cano que ha sido condecorado con una medalla bávara al valor. Sí, era aquel desquiciado que se vanagloriaba de cómo en la Primera Guerra, en el frente del Soča, habían ido a la carga con Rommel a través de las defensas de alambres de púas de las trincheras en Kobarid; nos arrojó por el agua maloliente, devoradora de gritos, devoradora de cadáveres.

Hay que cuidarse, dice el corresponsal, porque los rojos están escondidos por todas partes entre los juncos, en el bosque y en los pozos en el barro. Ya rugen las metrallas, dice el corresponsal desde la perspectiva del pájaro, y nuestros soldados ven un amplio movimiento frente a ellos, parecido al de un enjambre de abejas en la colmena. La cosa se pone fea, escribe, porque las fuerzas enemigas son al menos cinco veces más fuertes que las nuestras. Pero la artillería alemana empieza a disparar con magnífica precisión y da justo en las cabezas de los bolcheviques. Pero los rusos no se inmutan por eso, también su fuego es cada vez más potente. El combate aviva la llama en toda la línea de fuego.

Me di cuenta de que las palabras del corresponsal de guerra, un tal Oswald, impresionaban más que mis comentarios a la audiencia. Escuchaban ansiosos, nadie chocaba una copa, ninguna silla crujía, hasta el criado estaba inmóvil, parado junto a la puerta. Así que le di la palabra al corresponsal de guerra en exclusiva:

Y observen la inoportuna sorpresa: desde el bosque se acerca el rumiar de una docena de carros blindados. “¡Acá todos vamos a perder la cabeza!”, dice el comandante. Y algún suboficial a mí: es la pura verdad. Pero no hay un soldado que piense en entregar ni un palmo del territorio a los bolcheviques.

Entretanto la artillería alemana buscó el frente enemigo y empezó a disparar con magnífica precisión. “Gott, ¡qué bravos muchachos!”, grita alguno de los soldados. Pero ya calla: ha muerto cuando por el entusiasmo, se le subía la sangre a la cabeza. Los alemanes asaltan, el teniente G. va al frente de todos, armado con una ametralladora. Caen más hombres. Ahora el teniente dice: “Muchachos, esto es un infierno; quién sabe si no estamos muertos ya”. Pero este comentario ingenioso no puede dispersar la posición. Es imposible que la tropa, que está hundida en el barro y sobre la que silba el fuego cruzado de todo un bosque de armas, lleve a cabo la orden recibida. El campo de batalla está cubierto de cadáveres enemigos, pero también nuestra compañía

ha sufrido bajas. Consiguen retirarse a la orilla del río. Los mejores nadadores se desvisten y rescatan a los heridos. Los rusos vuelven a atacar, pero no logran de ninguna manera aniquilar a la segunda compañía. Es cierto que el intento de crear una nueva cabecera de puente tras el flanco enemigo nos falló, culmina el corresponsal de guerra Oswald Zunkner, pero en la guerra nunca va todo por sus carriles.

Admito que el tipo sabía escribir, el cierre era eficaz. Quise de nuevo agregar algo más, pero cambié de idea. Ni siquiera dije que al menos desde mi perspectiva, que no era la del pájaro sino la de la rana, embarrada, empapada, asustada y sangrante, de ningún modo había sido así. Alguien en medio de aquel silencio dijo, sí, en la guerra nunca va todo por sus carriles. Después todos empezaron a conversar, mientras el pianista se sobrepuso y empezó a pasar los dedos por el teclado. Y Veronika seguía callada. Después de un rato vino hasta mí y me dijo, así que así es la guerra entonces. Sí, dije, es más o menos así. Entonces lo hirieron en una pierna. Sí, dije, una esquirla me arrancó el tendón detrás de la rodilla; recibí una Cruz de Hierro y tratamiento en la retaguardia. Gracias a la bolsa de mago en Teteriv vine acá y la conocí a usted. A decir verdad, una suerte, dije. Una suerte, dijo ella, es que esté vivo. Sólo eso es una suerte. Poco antes, durante la charla sobre la caballería ligera polaca, sentí que casi me odiaba, había sido sarcástica e implacable. Ahora decía que era una suerte que estuviera vivo. De pronto me resultaba muy cercana; su rostro se veía cansado y cálido, sentí que se me metía en el pecho, que estábamos muy cerca, casi demasiado cerca para dos personas casadas.

Aquella noche no pisé el dormitorio. En el desayuno esperé a Leo para que me llevara en auto; en realidad en esa oportunidad condujo su chofer. Fue una circunstancia afortunada. Después de semejante noche no era capaz de conversar con un compañero de viaje descansado y sobrio. Me hundí en el asiento trasero en una suerte de duermevela y oía a lo lejos los comentarios de ellos dos en esloveno; las palabras discurrían como una suave música que yo no entendía. Escuchaba la voz calma, casi monótona de Leo, y pensaba... en su esposa.

Tenía su rostro ante mis ojos, que resplandecía en aquel grupo, su marcha deportiva, que no podía ocultar el largo vestido negro con flecos rojos. El criado llevó a la cama al pintor; los parientes y la amiga de Veronika se fueron a sus cuartos con los primeros rayos del sol que iluminaron las ventanas. Nos quedamos solos. Me dijo que necesitaba tomar un poco de aire en el rocío de la mañana, que podía acompañarla. Salimos por el patio y fuimos lentamente en medio del aire frío de la mañana hacia el estanque. Nos cruzamos con unas mujeres que corrían hacia el castillo, probablemente iban a limpiar lo

que habíamos dejado luego de la reunión. Se miraron al ver a la señora del castillo en compañía de un hombre que no era su marido; ella en vestido de noche, él en uniforme de oficial.

Veronika dijo que a veces por la mañana se encontraba como acá en la orilla del río Spree; eso era cuando estudiaba en Berlín. Se volvió hacia mí: ¿qué le parece, cómo estará ahora en Berlín? No sé, dije, no conozco mucho Berlín, sólo estuve allí una vez. Es de mañana, como acá. Dijo que por el Spree nadaban unos patitos tan pequeños, se sumergían bajo los puentes. Hablaba de la mañana en Berlín, y bajo su castillo salía el sol de un lado del paisaje y del otro aún colgaban los cuernos de la luna. Nos detuvimos junto al agua. Todo estaba en silencio, iluminado, pleno de cansancio, casi dolorosamente bello en medio de aquel tiempo de locura. En el establo relinchó un caballo. Es él, dijo ella, lo conozco. No dijo cuál era su nombre, sólo dijo "él", como si hubiera oído la voz de una persona, no la de un caballo. Allá en Teteriv, junto a aquel río, usted estaba todo el tiempo entre la vida y la muerte, dijo ella. Sí, bromeé, por eso todavía renqueo. No le hizo gracia. Hoy ha contado por primera vez, agregó, dónde lo hirieron. Me quedé callado. Es como si esta noche la guerra hubiera llegado por primera vez a nuestra casa, dijo. La tomé de la mano y la miré a los ojos. Quise decir que vivir era hermoso, algo así, es hermoso quedarse de pie junto al estanque cuando el sol se asoma.

Entonces oímos que alguien estaba silbando, algo hizo ruido en el pajar. Retiró la mano. Junto al pajar había un hombre parado y nos estaba mirando. Es nuestro Ivan, dijo ella. Era ese Jeranek, yo ya lo conocía. El hombre bajó por las escaleras y desapareció por la puerta del pajar sin mirar atrás. ¿Nos está espiando, a nosotros? Ah, sí, dijo Veronika, es un buen hombre, a veces un poco insistente. Sonrió: me parece que le gusto. Luego seguimos camino junto al agua.

A decir verdad, agregó después de un rato, mientras vista este uniforme vivirá todo el tiempo así, dando gracias a la vida y de cara a la muerte. Miré al sol, miré los pálidos cuernos de la luna, colgando sobre la planicie al pie de las montañas. Entre la vida y la muerte, pensé, todos vivimos así, entre la noche y el día, como ahora. No volví a tocarla. Aunque lo deseaba. Ella era intocable. Atractiva, pero intocable.

Así quedará en mi memoria.

La estoy viendo esta noche. Siento su presencia, aunque no la toqué más que para tomar su mano, la siento como si aún ahora estuviera aquí.

No puedo pensar en lo que le haya ocurrido, en qué hicieron de ella, no puedo.

Y tampoco voy a responder esa carta. Volví a juntar esos papelitos y los quemé. Me quedé mirando el fueguito y las cenizas. Encendí un

cigarrillo. Ahora estoy tendido y miro al techo. Pronto será de mañana. Una más, luego vendrá la tarde. Luego volverá la noche, y aquella rata terminará de roer el corazón y el cerebro todo volverá a dar la vuelta otra vez, y luego se desprenderá y caerá al otro lado, ahí donde todos terminamos. Oigo el tintineo de los tranvías. Amanece, por un lado va a brillar el sol, por el otro van a seguir colgados los cuernos de la luna. Sonata Claro de luna.

Vivimos en un tiempo que sólo respeta a la gente, viva o muerta, que estuvo dispuesta a luchar, incluso a sacrificarse, por ideas colectivas. Así piensan tanto los vencedores como los vencidos. Nadie valora a la gente que sólo quería vivir. Que quería a otra gente, a la naturaleza, a los animales, al mundo, y que con todo eso se sentía bien. Eso es demasiado poco para los tiempos que corren. Y aunque puedo contarme entre los que lucharon, aunque hayan sido vencidos, yo en realidad sólo quería vivir. Y que esto tuviera sentido es algo que me reveló durante la guerra aquella señora curiosa, alegre, abierta a todo el mundo y un poco melancólica, a quien conocí en aquella tierra cercana y distante. Veronika. Ella sólo quería vivir, de acuerdo con ella misma, y sólo quería entenderse a sí misma y a la gente que la rodeaba. Y a ella la mataron. No tengo ningún dato de lo que ocurrió, como tampoco su madre, que espera que ella vuelva. Pero para mí es bastante claro que sí ocurrió. Y cuando algo así ocurre, todos queremos saber por qué. Ese Gorisek va a querer saberlo, su madre, cuando se entere de que está muerta, también. Pero en la guerra no siempre era necesaria una buena razón para matar a alguien. No puedo aceptar la idea de que la causa de su muerte haya sido el encuentro con un médico alemán. ¿Es posible que simpatizara con nosotros? Una vez me contó que durante la guerra se volvió dos meses a Berlín, el lugar donde estudió. La invitó una amiga de la universidad. Berlín aún estaba tranquilo, los horrores empezaron ahí mucho más tarde. Me la imagino volviendo a pasear junto al Spree y yendo a los museos en el bulevar Unter den Linden. Dijo que después había conducido por un tiempo una ambulancia en Berlín. Como voluntaria. Hacía falta gente que transportara a los enfermos. Alguien se lo sugirió y ella lo hizo. Pero en eso no había ninguna convicción política. Si no la había en mí, que vendaba a los heridos en Ucrania, en Carniola y en Italia, ¿cómo podría ella haberlo hecho por simpatía con nuestra gran y desquiciada guerra? Me imagino que de haberse enterado, en su patria se lo habrían reprochado. ¿Pero matarla por eso? Tal vez. En ese tiempo loco no era necesaria ninguna razón de peso para un asesinato.

He visto demasiado, demasiada muerte que ocurrió tantas veces con tal facilidad, así, al pasar, con un disparo, con una esquirla de granada, ante el pelotón de fusilamiento o por balas perdidas, que

bien podría pensar distinto. Matar a una persona era algo tan ordinario como aplastar una rana en el camino. Y eso es lo que ocurrió con Veronika; no quería lastimar a nadie, no le deseaba el mal a nadie, sólo estaba en el momento equivocado en el lugar equivocado. Ahí donde había gente dispuesta a matar. Incluso si había que acabar con un inocente.

Han pasado casi seis meses, desde que nos retiramos por la llanura friulana hacia Austria. Era primavera, pero a lo lejos, adonde nos dirigíamos, las montañas rocosas de los Alpes se iluminaban con sus cumbres blancas, nevadas. Sabíamos que se acercaba el final, y que cuando cruzáramos tal vez ya fuera el final de todo. Entonces, en alguna curva del camino, ladeada por unos pocos árboles, nos cayeron encima los disparos. Fue un débil ataque de unos pocos lugareños armados, que sobre el final de la guerra habían cobrado coraje o querían contarse entre los vencedores en el último minuto, y emboscaron a la caravana de autos alemanes en retirada. No tuvo nada de particular, los disparos se silenciaron de inmediato; cuando saltamos de los camiones vimos correr entre los árboles a siluetas agachadas que desaparecieron en la espesura de los arbustos. Desde el punto de vista militar, la cosa fue completamente irrelevante, no hubo grandes daños, sólo uno de los soldados fue herido en la parte trasera; cuando se deslizó torpemente por un lado del camión, una bota se le atascó y lo rozó una bala. Se quitó los pantalones, le desinfecté la herida, la bala no estaba por ningún lado, y los soldados, que regresaban de una corta y fracasada persecución, se burlaron a costas de las nalgas blancas del herido. Pensé que íbamos a seguir camino, pero llegó corriendo por el camino un teniente joven, agitando furioso la pistola.

Cobardes, buitres carroñeros, gritaba, la van a pagar.

Seguimos avanzando y nos detuvimos en un pequeño poblado a unos dos o tres kilómetros por el camino. El teniente ordenó que trajeran a todos los hombres del pueblo, si a esas pocas casas entre las cuales no había iglesia, ni qué hablar de un restaurante, se las podía llamar pueblo. Los soldados se dispersaron en grupos de tres o cuatro por las casas y después de unos veinte minutos empezaron a volver con campesinos detenidos. La colecta era modesta, no sólo por el pequeño tamaño del pueblo, sino también porque a los hombres jóvenes ya hacía mucho se los habían llevado los distintos ejércitos que habían pasado por aquí. Los soldados empujaron ante el teniente, que seguía muy enojado, a unos pocos ancianos asustados. El teniente llamó al intérprete e informó a esos pobres diablos que iban a ser fusilados por el ataque a las fuerzas armadas alemanas. Los ancianos empezaron a temblar; noté que uno de ellos había mojado sus pantalones. Formó un pelotón de ejecución; los soldados designados se

acomodaron lentamente y casi de mala gana en una formación de fusilamiento. Seguramente no le encontraban a esto ya ningún sentido. Yo estaba en la ambulancia y por el total absurdo casi empiezo a vomitar. No por compasión, la compasión se había quedado allá en los humedales ucranianos en el año 41, por el absurdo universal que hacía que ahora estos ancianos perdieran la vida en un día de primavera, con el sol iluminando las montañas blancas como telón de fondo. Cuando los disparos pasaron, cuatro cayeron al instante, y el quinto quedó en pie. Era justamente aquel que había mojado sus pantalones por el susto. Ante la orden de fuego se había inclinado y cubierto con los brazos; la bala había rozado su cabeza, le chorreaba sangre por el rostro, pero estaba vivo y en pie. El teniente me llamó para determinar la muerte de los que estaban tendidos en el suelo. Salté del auto y llevé conmigo el bolso médico; no sé por qué pensé que iba a tener que vendarle la cabeza al viejo. ¿Qué hacemos con éste?, preguntó el teniente y miró al hombre completamente perdido por el horror, que había empezado a caminar de aquí para allá, a pisotear torpemente los cuerpos que estaban tendidos en el suelo, a tomarse la cabeza con las manos y mirar sorprendido sus manos ensangrentadas.

Todos nos quedamos en silencio. El teniente le dijo al intérprete que calmara al hombre para que se lo pudiera fusilar. No sé si hizo una traducción literal; el hombre dejó de moverse. Le dijo que se pusiera de rodillas. El intérprete tradujo. El hombre anciano se arrodilló con dificultad, evidentemente le dolían las rodillas. El teniente se acercó a él, quitó el seguro de su pesada pistola y le disparó por la espalda en la cabeza ensangrentada. La sangre, mezclada con fragmentos de masa encefálica, chorreó por sus manos. Seguí adelante con lentitud, para tomar el pulso de ese cuerpo anciano, pero los soldados ya habían saltado a los camiones, y también yo me di vuelta y subí al auto.

Temblaba de pies a cabeza. Pero no por lo que acababa de ver. Sino porque no había dicho nada. Debí haber gritado que por todos los diablos eso ya no tenía ningún sentido. Yo tenía un rango superior; tal vez el teniente me habría escuchado, aunque el comandante de la compañía era él; yo era sólo el médico, y podía dar órdenes a la unidad médica, es decir a dos enfermeros entrados en años. Si le hubiera gritado frente a los soldados, ese loco hubiera sido capaz de apuntarme con la pistola. Al menos debería haberlo llamado aparte y hablado con él. Pero no hice nada. Me amedrenté. Fue casi al final de la guerra, todos sabíamos que la cosa estaba llegando a su fin, y no quise enredarme con un hombre joven, peligroso y enfurecido. Él también sabía que era el final. Por eso mismo esos disparos en la emboscada le provocaron semejante furia; se sentía derrotado y

humillado, porque justo ahora que dejaba estas tierras, le mataban a los soldados. Aunque sólo a uno lo hubieran herido en el trasero. Podría haber sido también en la cabeza, de todos modos no sabían disparar. Los soldados saltaron a los camiones; los motores seguían rugiendo, nunca los habíamos apagado, sólo nos detuvimos, matamos algunas personas y seguimos camino. Si no antes, al menos en ese momento debí haber hecho algo, cuando menos mostrar claramente mi disconformidad. Pero no hice nada. Por causa de ese episodio me despierto a menudo por las noches. No nos persiguen las cosas que hemos hecho, sino aquellas que dejamos de hacer. Que podríamos haber hecho o al menos intentado hacer, pero no hicimos.

Miré por la ventanilla al joven teniente, que se lavaba las manos con el agua que un soldado le vertía con una lata. Seguro que entonces no pensaba que un segundo antes del final se había cargado sobre la conciencia el asesinato de cinco viejos junto al camino en la llanura friulana. Tal vez hoy sí piensa en ello. Como yo pienso en las cosas que no hice. La columna avanzaba hacia las montañas nevadas. Por el vidrio trasero del automóvil veía mujeres y niños que corrían desde sus casas hasta la escena de ese crimen absurdo.

Así es la muerte. Como la muerte de la rana que aplastamos una tarde soleada de domingo Leo, Veronika y yo. ¿Cómo habrá sido su muerte, la de Veronika, en el frío enero del año 44, en el bosque sobre el castillo o en alguna otra parte de esas montañas, habrá habido alguien que dijera mirá esos ojos, todavía están vivos? Sus vivos, vivísimos ojos siempre curiosos habrán quizá mirado vacíos y desesperados los picos nevados de los abetos, poco después del Año Nuevo del año 44, quizá habrán visto los picos nevados de los abetos antes de apagarse. Esos abetos que sus ojos miraban todas las mañanas cuando les daba el sol, cuando por un lado se asomaba el disco ardiente del sol, y por el otro, en el azul infinito, límpido y claro, colgaban hasta lo último los cuernos de la luna.

4

Llegaron en invierno, como lobos en la noche.

Eran unos diez, tal vez más; todos estaban armados. De pronto anduvieron paseándose por la mansión, entraban a los cuartos, revolvían los cajones y llevaban distintas cosas al patio. No preguntaban nada, no decían por qué ni en busca de qué habían venido, no gritaban ni amenazaban; empezaron a hacer su tarea en silencio, sólo de vez en cuando dejaban caer alguna orden a secas. Custodiaban la mansión; vi que en la entrada estaba parado uno de los suyos con el fusil en las manos; la figura me resultaba conocida, pero era de noche y a pesar de la luna llena que iluminaba el patio, no pude reconocerlo, ni a él ni a ninguno de los que entraron, tampoco los conocía; no eran de nuestra zona.

Los recién llegados subieron armados a los cuartos superiores; oíamos cómo abrían los armarios y movían los muebles. Veronika y Leo estaban encerrados en el comedor; nosotros nos quedamos en la cocina. Nos ordenaron que nadie saliera, y el guardia que se quedó con nosotros vio que estábamos completamente aterrorizados y que no había ninguna posibilidad de que nadie escapara. Nuestro guardia dijo que todo iba a salir bien si nos quedábamos quietos y en silencio. Y cómo íbamos a estar si no quietos y en silencio, si estábamos aterrorizados de pies a cabeza. Después de un rato, cuando vio que nadie se movía y que mirábamos hacia abajo inmóviles, que ni nos atrevíamos a mirarnos entre nosotros, bajó por las escaleras al sótano. Probablemente para traer alguna botella de vino. Y entonces me escabullí hacia el patio. Ni yo misma sé por qué, tal vez pensé que debía ir al pueblo y avisarle al jardinero Majcnov lo que estaba pasando. Él siempre se las ingeniaba; también sabía que él tenía vínculos con los nuestros; tal vez podía subir a la casa y decir que el señor Leo ayudaba a los partisanos y todo se habría calmado. Es que los que vinieron no eran de acá y no podían saberlo, y además parecían bastante decididos. Si unos tipos armados se te meten de noche en la casa, te parecen peligrosos, salvajes. Pero yo estaba muy nerviosa, me olvidé de que había otro guardia en la entrada del patio; una se atabala en esas circunstancias, y casi me fui encima del soldado que estaba a la entrada.

Era Jeranek. Me quedé sin aliento.

¡Oh, Ivan! Qué contenta estoy de que estés acá. Volvé adentro, dijo, nadie puede salir. Me apuré a contarle que estaban haciendo saltar los cerrojos de los cajones y armarios, pero de qué se trata todo esto, romper los muebles de los pacíficos residentes de la vivienda, al

señor y la señora los encerraron en el comedor, al personal en la cocina. Que por favor entrara y explicara que se han equivocado, que acá vive gente buena, que no le han hecho mal a nadie. Muchas veces les hemos dado comida o incluso ropa a los partisanos. Callate, dijo, esto es una acción. ¿Qué acción?, grité a voz en cuello, y él se puso a mirar a su alrededor, nervioso. Acordate, dije en voz más baja porque no quería hacerlo enojar, acordate de lo buena que ha sido la señora con vos. Por un momento me pareció que estaba un poco avergonzado; miró hacia el suelo y deslizó el pie por el piso, como siempre que quería decir algo importante. Después señaló a la puerta con la cabeza; quería decirme que volviera al lugar de donde había venido. Ivan, dije en voz baja, soy yo, Jožі, ¿qué pasa, no me conocés? Te voy a traer salame y queso. Como si algo lo hubiera sacudido, en ese momento se descolgó el fusil del hombro y al mismo tiempo me empujó, y trastabillé y caí en la nieve. Me dijo en un gruñido: que te metas ya mismo adentro..., seguramente se notaba que yo no le entendía bien, porque todo esto era de veras muy difícil de comprender; levanté los brazos como en un rezo, como si le suplicara a Dios, y eso lo enfureció todavía más; agregó: si no te hago reventar como a un gato acá mismo en el patio.

Me di vuelta y salí corriendo. Gritó algo más detrás de mí, miré hacia atrás y vi con qué furia pateaba un montón de nieve. ¿Pero qué te pasa?, grité desde el otro lado del patio. Pensé que no le gustaba estar acá parado de guardia mientras sus compañeros hacían ruido y saqueaban en la casa donde siempre habían sido buenos con él. Sabés muy bien, grité, que no han hecho nada. Él dijo algo muy feo de la señora Veronika, algo que no puedo repetir ni siquiera a solas, ¡semejantes groserías, semejantes mentiras! Hasta hoy mismo pienso que lo dijo justamente porque no le gustaba lo que estaba haciendo.

Él no sabía que Veronika lo había salvado de la cárcel cuando levantaban muchachos por los pueblos y a algunos los fusilaban como a rehenes. Yo sí lo sabía, y lo sabía porque una noche había oído que ella le decía a Leo: van a soltar a nuestro Ivan. Gracias a Dios, dijo Leo. Y al médico, dijo Veronika, gracias a él también. Lo escuché con mis propios oídos. Pero eso a Ivan nunca se lo conté. De cualquier forma todos miraban de lado a los señores de la casa, porque a Podgorsko iban los alemanes; y también sospechaban de nosotros, de su personal. Si alguno sabía que Veronika tenía semejante influencia sobre los jefes de la administración alemana, todo podía llegar a ser peor. Un día que nuestro Ivan estaba todo compungido por causa de la señora Veronika, yo no sé por qué, le dije que se pusiera contento, que la señora lo había ayudado mucho. Sí, ayudó mucho, dijo terco como una mula, sin entender nada. Vos sabés muy bien cómo, ¿no?, le dije y le di la espalda. Tal vez aquella noche en el patio, cuando estaba

diciendo semejantes groserías, igual se lo tendría que haber contado. Pero todo pasó tan rápido; yo no sabía dónde tenía la cabeza.

Cuando volví a la cocina todo estaba en silencio, sólo Fani trajinaba con la vajilla que poco antes había traído del comedor y ahora lavaba con manos temblorosas; los cubiertos se le caían por el suelo cada dos por tres. Los demás empleados de servicio de la mansión miraban al suelo en silencio y esperaban a ver qué pasaba. El ruido en el piso de arriba cesó; las voces venían ahora de la sala de caza, donde los recién llegados se habían sentado a comer. No era la primera vez. Muchas veces el señor Leo les abría la puerta en plena noche y les daba de comer; y cuando se iban, se llevaban las mochilas llenas. Y porque lo sabía —si es que más de una vez yo misma les había cortado rodajas de salchichas y queso—, seguía convencida de que no podía pasar nada. El jardinero, Majcnov, el de Gorenja vas, me dijo que el señor de la casa hasta una imprenta les había armado en el bosque, no sólo los aprovisionaba con comida. Y a menudo pasaban la noche en su puesto de caza allá en lo alto de la montaña. Es inteligente, dijo Majcnov, no quiere quedar mal con nadie, ni con los alemanes ni con nosotros. Yo sabía que era inteligente, y por eso seguía convencida de que al final todo iba a salir bien.

Pero en el aire había algo maligno.

Nunca antes se habían metido y revuelto todas las habitaciones como esta noche. A decir verdad, hasta entonces no habían entrado nunca a ningún cuarto, salvo a la cocina. Y ahora nos encerraban a nosotros en la cocina, y al señor y la señora en el comedor. Aquella noche Majcnov no estaba en la casa; aquí estaban las dos mucamas, Fani y algunos trabajadores, uno se llamaba Franc, era el que ayudaba a Majcnov en el jardín. Y la anciana señora, la mamá de Veronika, arriba en su cuarto. Tuve miedo por ella, su salud era frágil, y si algún hombre armado hubiera entrado en su cuarto, seguro que se habría pegado un susto de muerte. En un rincón de la cocina, sentado a la mesa, había un hombre que yo no conocía y que esa noche se encontraba en la mansión. Sorbía su aguardiente y miraba en silencio hacia abajo; no pronunció una palabra. Dijeron que era un criador de caballos de por ahí, de Ig, cerca de Liubliana. Todavía hoy no sé quién era ni qué estaba haciendo ahí aquella noche. Tal vez quería venderle a la señora Veronika un nuevo caballo, no sé; pero eso se hace de día, ¿por qué estaría ahí por la noche, entonces? ¿En medio del más crudo invierno? No sé, hay muchas cosas que no sé y que no entiendo. Tampoco sé por qué hasta el último minuto creí que no podía ocurrir nada malo. Que iban a juntar algunas cosas —a eso le llamaban requisa—, las iban a cargar en un carro y se iban a ir.

Después se abrió la puerta y entró una joven partisana —el cuello de la blusa blanca le asomaba por debajo del grueso tapado de

invierno y del cinturón le colgaba una pistolera con la pistola—. Cuál es Joži, preguntó. Me puse de pie. La distinguida señora del castillo, dijo y se puso a reír, la distinguida quiere hablar con vos. Pasamos por la sala de caza, donde había unos cuantos comiendo y hablando en voz alta. Miraban los rifles de caza y los trofeos en las paredes. Por las escaleras mojadas por la nieve que habían traído en los borceguíes, fuimos hasta el comedor. En el corredor encontramos a unos muchachos, muy jóvenes, que llevaban a cuestas mantas y calzado.

El señor y la señora estaban sentados a la mesa en el comedor, donde habían cenado poco antes. El señor Leo estaba pálido como una hoja de papel. Junto a la ventana estaba el comisario, así lo llamaban esos jóvenes muchachos: compañero comisario. Estaba calzado con botas, llevaba una chaqueta militar. Su sobretodo estaba tirado sobre la silla en la que se apoyaba con una mano; sobre el respaldo de la silla estaba también colgada su metralleta. Estaba vuelto hacia la ventana, yo veía sólo su espalda. Ahora mismo lo estoy viendo mirar a la noche, como si afuera en la fría noche de invierno hubiera tal vez algo para ver o como si pensara en aquello de lo que acababan de hablar. Veronika me sonrió. Yo le daba a entender con la cabeza y los ojos que me diera alguna señal, para saber qué era lo que estaba pasando. Pero ella sólo dijo en voz baja: Joži, por favor, andá arriba a ver a mamá y tranquilizala. Decile que todo va a estar bien y que no tenga ningún miedo por mí. Sólo entonces noté que los dos estaban vestidos para salir. Ella con pantalones de montar y un pulóver; el señor Leo con su chaqueta de caza de invierno, tenía su hubertus sobre las rodillas; siempre lo llevaba puesto para la caza de invierno. Los dos se habían calzado borceguíes. No pude contenerme, pregunté en voz alta: ¿pero adónde van? El comisario junto a la ventana se movió; pero ellos dos no contestaron nada. A Berlín, dijo luego el comisario, y se dio vuelta.

La señora va a Berlín, a ella que le gusta tanto esa ciudad.

El señor aún no sabemos, dijo. Por supuesto era una broma. ¿Te gustaría ir vos también con ellos, Joži?, dijo con una sonrisa desagradable. Él hacía bromas, pero a mí no me hacía ninguna gracia. ¿Cómo sabe toda esta gente desconocida que yo me llamo Joži? ¿Y quién les contó que la señora había estado en Berlín? Pensé en Jeranek, y también en el jardinero, Majcnov. Siempre sabían todo, sabían de cada visita, sabían que la señora a veces paseaba junto al estanque con el médico, Horst, del pianista y el pintor, de los oficiales alemanes y de todos los otros visitantes. En ese momento me resultó muy claro que se los iban a llevar. Miré desesperada a mi alrededor, como si hubiera alguna salvación en algún lado. Vi que el cable del teléfono estaba arrancado de la pared, y eso me desconcertó por completo. Estábamos encerrados en la mansión, sin contacto con el

mundo exterior, bajo guardia, estábamos abandonados a su merced. Ahora ya estaba claro que la cosa no iba a terminar bien. Se me saltaban las lágrimas, yo los quería bien, a los dos. Se me pasó de todo por la cabeza cuando vi aquel cable arrancado de la pared y los trozos blancos de mampostería en el suelo; recordé cómo cada noche el señor Leo esperaba junto al teléfono a que su Veronika lo llamara desde Berlín, tanto se preocupaba por ella, tanto la quería que de no tenerla con él, se habría vuelto a casar con ella, aunque más no fuera por pura diversión. Cuando el comisario dijo que la señora iba a Berlín me asaltó un presentimiento terrible. Cuando vi que el teléfono estaba arrancado, entonces entendí. Me puse a llorar. Pero no, cómo van a salir en esta noche helada, dije. Van a salir, así es, van a salir, dijo el comisario. Ahora andá a hacer lo que te dijo la señora, agregó. Fui hasta la puerta y pasé por al lado de aquella muchacha joven armada con pistola, que me había traído y que seguía parada ahí. Me di vuelta una vez más en la puerta abierta. Vi los ojos melancólicos de Veronika; me parecía que decían: tratá bien a mamita, así decía siempre que salía de casa, también aquella vez que se fue a Berlín a visitar a su amiga; tratá bien a mamá, sabés muy bien que está enferma. Tras un velo de lágrimas los vi a los dos por última vez así de cerca. A él, pálido de muerte, apretando su hubertus con las manos temblorosas sobre el regazo. A ella con ropa de monta, con la mirada ausente y con una sonrisa que me encomendaba algo.

Me sequé las lágrimas para que la anciana señora Josipina no se asustara aún más con mi llanto, y corrí escaleras arriba a su cuarto. Ella también estaba vestida. Sentada sobre la cama. ¡Jožiˊ, gritó cuando me vio. Cuando vio que estaba tranquila —yo actuaba con calma aunque por dentro estaba temblando—, preguntó con una voz más calma ella también: ¿quiénes son estas personas que andan de acá para allá por la casa? Dije que el señor y la señora tenían visitas de Liubliana. ¿Ah, sí? dijo, ¿y entonces por qué abren los armarios y están a los portazos?

La señora Josipina había estado el último año casi todo el tiempo en su cuarto, entre fotografías y cartas. Estaba dejando atrás una larga vida; Veronika era su única hija, la había dado a luz a una edad a la que la mayoría de las mujeres piensan que ya terminaron con esas cosas. Y en ese cuarto prefería ocuparse de sus recuerdos más que de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Le costaba caminar; a veces en las mañanas soleadas la llevábamos al prado o al estanque, ahí se quedaba sentada un rato y miraba a lo lejos, después por lo general pronto nos pedía que la lleváramos de vuelta. Siempre me pareció que donde mejor se sentía era entre sus fotografías; yo las conocía todas, porque muchas veces las habíamos mirado juntas; las más de las veces aparecía ella con su esposo tempranamente muerto, en medio del

parque delante de la mansión en la ciudad portuaria, en el paseo de Liubliana, en un viaje por Italia, en Venecia entre las palomas, los rostros, las ciudades, los paisajes, cientos de fotos de su vida —era el entorno y el tiempo en que mejor se sentía—. Me parece que había empezado a vivir así ya antes, antes de venir a Podgorsko. En el momento en que Veronika la dejó sola en Liubliana y se fue a vivir al sur, a Serbia o por ahí. Sola en un gran departamento vacío sin su hija llena de vitalidad... qué otra cosa le quedaba más que abrir los álbumes de recuerdos con fotografías de su difunto esposo y de ella misma vestida con ropa elegante y sombreros blancos. Cuando la señora Veronika volvió con Leo la trajo con ella a la mansión; ya estaba bastante vieja, enferma y aislada de todo lo que ocurría a su alrededor. A veces la oía canturrear a media voz algo en italiano; una canción de Istria, decía, la aprendí en Rjeka... una mula di Parenzo... me aprendí de memoria esas palabras. La canción cuenta de una muchacha de Parenzo, entre nosotros se dice Poreč, que no tiene el pelo rubio sino oscuro. Y vende pescado. Una vez le pregunté por qué cantaba esa canción, y empezó a contarme una larga historia sobre su vida en la ciudad portuaria y un baile en un café. Le brillaban los ojos y entonces supe que añoraba mucho un tiempo que ya no estaba, que le gustaba volver a esos bellos recuerdos entre las imágenes de personas que ya no estaban con ella o no estaban vivas.

¿Cómo podía yo aquella noche terrible, toda la noche —porque a fin de cuentas la cuestión duró mucho, y ya era bien entrada la noche cuando me senté con ella—, cómo podía explicarle quiénes eran esas personas que abrían los armarios y golpeaban las puertas? ¿Y que en la entrada estaba nuestro Ivan armado con un rifle? ¿Cómo podría la pobre señora entender que abajo en el comedor estaba sentada su hija, vestida con pantalones de montar y calzada con borceguíes, preparada para salir, porque tenía que irse a algún lado con gente armada y desconocida? ¿Que el señor Leo estaba sentado con ropa de caza, él a quien ella quería tanto como a su hija, a quien tenía por el mejor hombre del mundo? No sólo porque había recibido de vuelta a su díscola Veronika después de que ella lo había abandonado durante tanto tiempo, sino porque también la había recibido a ella, la anciana señora, y más aún, porque la visitaba cuando ella estaba sola y Veronika se había perdido en una tierra desconocida y lejana en el sur. No por eso sino porque, como muchas veces decía la anciana señora, sencillamente era un buen hombre. Era un hombre capaz, sabía de negocios y era hábil con el dinero, pero era bueno. Sabe, decía ella a veces, son cosas que no siempre van de la mano. En el caso de Leo sí, o al menos eso pensaba la señora Josipina, la madre de Veronika. No todos pensaban así; seguro que no los que lo tenían bajo custodia en el comedor, pálido de muerte, seguramente temeroso de la

muerte; sus manos temblorosas sostenían crispadas el hubertus de caza sobre las rodillas. ¿Cómo iba a decirle a ella que el señor Leo estaba sentado abajo en ropa de caza, pero que no iba a salir de caza?

No, no podía decirle eso. Le dije que abajo había fiesta; ya sabe, dije, algunos después son difíciles de llevar a dormir. Eso le resultaba conocido; no era la primera vez, también ella había estado alguna vez en una de esas fiestas en las que costaba sacar de la mesa a algunos huéspedes y llevarlos fuera de la casa o a los cuartos de huéspedes. Nos sentamos a la mesa; ella empezó a volver las páginas con las fotografías y pensé que la había convencido. Pero después de un rato volvió a inquietarse.

¿Y por qué va a la ventana una y otra vez?, preguntó de pronto.

Es cierto que me ponía de pie e iba a la ventana todo el tiempo. Miraba al patio tras las cortinas abiertas, donde daba la luz del comedor. En la puerta había una figura que iba nerviosa de acá para allá y pateaba la nieve; era Jeranek.

Oh, Ivan, oh, Jeranek, pensaba yo, qué lindo cantabas en el coro de la iglesia, y ahora estás ahí pateando la nieve y esperando a que se lleven a la señora que te ayudó tanto. Y al señor, que siempre alabó tu trabajo y te pagó bien. Y estás diciendo semejantes groserías que hasta ahora me siguen doliendo los oídos por lo que dijiste antes en el patio. Cuando te dije que fueras adentro y les explicaras a los nuestros, es decir a los tuyos, que se trataba de un malentendido. Que estos dos no tenían culpa de nada y que no había que llevárselos a ningún lado. Mientras miraba aquella figura nerviosa con abrigo militar y con fusil a la entrada del patio de la mansión, recordé de pronto algo que ya casi había olvidado. Y también de pronto entendí de dónde le habían salido a ese muchacho tonto y diligente semejantes palabrotas. Fue más de un año atrás, una mañana cálida muy temprano, cuando salí de la casa antes del desayuno y ahí estaba Jeranek. Ivan, ese muchacho diligente, que venía a cortar el pasto, se acerca a mí y me dice: me parece que a tu señora le gustan los alemanes. Yo me reí, de qué estás hablando, Ivan, vienen huéspedes de visita y ella los tiene que acompañar. Vienen en uniforme, dice Ivan, y rasca con el pie en la arena del patio como si dibujara algo en el suelo. No había nieve como esta noche, unos meses después, cuando estaba de guardia; era una mañana fresca de verano. Seguro miraba sus pies y escarbaba la arena porque se sentía un poco incómodo. ¿Quién no se avergonzaría de decir semejantes tonterías?

Claro que vienen en uniforme, dije, si es que no tienen ropa de civil acá. Me reí porque pensaba que bromeaba. Una vez que llegan señores de Liubliana, señores de negocios, señores de letras y pintores, una vez que llegan alemanes de Kranj, dije, no puede dejarlos en la puerta. Él sigue mirando al piso y cascando la arena, tanto que ya ha

hecho un hoyo; hay uno en especial al que le gusta ver, dice. Bueno, ¿a cuál?, le pregunté, ya estaba un poco enojada con él, que no quería aflojar. Ese oficial, el médico, dice. Qué estás diciendo, dije. Los vi esta mañana juntos, dice, cuando vine a cortar. Estaban junto al estanque cuando salía el sol. Idiota, dije, tuvieron un concierto, el señor Vito tocó el piano, después se quedaron entretenidos en el comedor. ¿Hasta la madrugada?, dice. Eso no es asunto tuyo, yo ya estaba bastante enojada, ocupate de tu trabajo. Él no afloja, insiste: ¿dónde está el señor de la mansión? Se fue a dormir, si sabés que no toma nada, y habla bastante poco. Se fue a dormir, sí, dice Ivan, y ella se pasea por el estanque con un oficial alemán. Si estás hablando del médico, del señor Horst, él es muy respetuoso de la señora. Ivan se empezó a reír mirando abajo, a sus pies, que escarbaban la arena: la respeta, sí. La respeta, sí, dije enojada, todos la respetan, y vos también la respetaste. Siempre fue amable con vos, dije, y ahora hacés un alboroto que me estás dando vergüenza. ¿Qué diría tu Pepca? ¿Quién la llevó al hospital, si no la señora? Si no parás ahora mismo le voy a contar; no va a estar nada contenta, ella también respeta a la señora Veronika.

¿Pensás que no lo sabe?, dice Ivan, todos saben que le gustan los alemanes. Ahora ya estaba hasta la coronilla. Agarrá el rastrillo, dije, y pasalo por esa arena, estás escarbando como un jabalí en el bosque. Y que yo no vuelva a oír cosa semejante. Dejó de garrapatear en la arena, levantó la cabeza y me miró a los ojos. Para que lo sepas, Jožica, a los nuestros esto no les gusta nada, me temo que esto no va a terminar bien.

¿Los nuestros? En ese entonces yo todavía no sabía que Jeranek tuviera algo que ver con los rebecos, como les decíamos entonces a los partisanos. Este muchacho tranquilo, que hacía en silencio su trabajo, cortaba el pasto, volteaba el heno, acarreaba las vigas cuando arreglaron el techo del establo, que silbaba en el bosque y andaba alegre en su bicicleta, los domingos cantaba en el coro; de este Ivan no hubiera pensado que tendría algo con los nuestros. Y entonces me acordé de que había estado unos días preso en Kranj, después de que los alemanes anduvieran levantando a unos hombres del pueblo en la planicie bajo el pico Escarpado. ¿Y quién lo había salvado? Veronika, ella lo había salvado, pidiéndole ayuda al médico Hubmayer. Es justamente por eso, sí, por eso ahora el chico rasca la arena con el pie y se comporta como un idiota celoso. Entonces dijeron que Jeranek había estado encerrado por error, el médico dio la cara por él, porque Veronika se lo pidió. Estuve a punto de decírselo. Pero dios sabrá qué estaba pasando por su dura cabezota. Hasta eso podría haberlo vuelto contra ella. Si sabía que el señor Leo ayudaba a los rebecos, todos lo sabíamos. Tendría que haber sido suficiente con eso.

Tendrías que estarle agradecido, dije, de que ella haya llevado a Pepca al hospital.

La señora llevó a su novia Pepca al hospital porque lo quería mucho. Nuestro Ivan, decía ella, es quien mejor cuida de los caballos. Ella lo quería mucho, y a mí me trataba casi como a una amiga. Me contaba cómo había sido su vida en Serbia. Una vez contó que con aquel, el anterior, en realidad el de en medio, habían pasado tiempos difíciles. Que allá en una pequeña ciudad había criado gallinas. Parecía increíble, pero yo le creía. No se creía más que nadie, aunque era la señora del castillo. La queríamos. A mí una vez me dio prendas de seda. Sos tan buena conmigo, decía. Pero en realidad ella era buena con todos, también con él.

Eso es otra cosa, dijo Ivan, no por eso tiene que andar paseándose por el estanque con un oficial alemán.

No podía ver adentro de su cabeza para entender qué relación tenía la enfermedad de Pepca con el paseo de Veronika. Dije bastante furiosa que tal vez ella le había pedido que la acompañara a caminar.

Y sí, dijo desafiante, ese oficial la consiente en todo. Quizá de vez en cuando ella también a él.

Esto era demasiado. Te me vas inmediatamente de acá, dije zumbando, estaba furiosa como una víbora cornuda, le habría arrancado los ojos. Lentamente se dio la vuelta y se fue; cuando en la entrada se volvió y me miró por sobre el hombro, lo amonesté con el índice. Qué sinvergüenza.

Tal vez a él le gustaba la señora Veronika. No sería nada raro, a todos los hombres, también a los más jóvenes que ella, les gustaba mirarla, y a veces malinterpretaban su amabilidad y su alegría. Tal vez la admiraba en silencio y se enloqueció al verla junto al estanque a esa hora tan temprana con el médico, el pacífico señor Horst. Pero en ese momento no me desvelaba el asunto. Tenía bastantes otras cosas por qué preocuparme. Además sabía que entre la señora Veronika y el médico Hubmayer, el señor Horst, no podía haber nada más que afinidad, tal vez incluso amistad. Ella era fiel a su esposo Leo. El hecho más feliz que recuerdo de Podgorsko fue su segunda boda. Claro que fue sólo simbólica, porque nunca se habían divorciado formalmente. Sólo se fue y volvió a venir. Es cierto que él la perdonó, y eso sólo pueden hacerlo los mejores hombres. Todos fuimos invitados a las nupcias en broma poco después de su llegada. En el patio de la mansión había mesas cubiertas; un señor de Liubliana —decían que era poeta—, dio un discurso humorístico, y al final les encadenó las manos a los dos... dijo que desde entonces iban a estar siempre juntos, nunca se iban a separar, y si a alguno se le venía esa idea a la cabeza, que mirara la cadena. Después agregó, como dice el sacerdote en la iglesia: hasta que las muerte los separe. Yo había

estado en algunas bodas y ante esas palabras siempre se me cerraba un poco la garganta; también esta vez, que casi no podía contener las lágrimas, aunque esta vez todo era chiste y alegría y todos nos reíamos, la novia más que nadie. En especial después, cuando el señor Leo tuvo que tomarse una copa de vino, él que siempre tomaba agua. El señor poeta dijo que la promesa no estaría completa si no se sellaba no sólo con la cadena, sino también con el vino. La extraña boda de mi querida señora Veronika.

Yo sabía que ella quería mucho a Leo y que iba a cumplir esa promesa. Pero sabía también que no había olvidado a su gran amor, a ese por el que había abandonado a Leo por un tiempo. A la mansión Sotomontana siempre seguían llegando cartas, cuyo destinatario estaba escrito en cirílico, y a los carteros siempre les daba un poco de trabajo leer a quién estaban dirigidas. Aunque la señora Veronika nunca las abría siquiera; me pedía que las tirara. Seguro tenía miedo de que esas cartas le llegaran al corazón y la llenaran de pena. Es que los recuerdos amorosos —eso lo sabemos todas las mujeres—, a veces son más fuertes que las cadenas con las que nos atamos, aunque sea simbólicamente y en broma. Con Fani, la cocinera, una vez leímos una de esas cartas en lugar de tirarla a la basura. Y las dos nos pusimos a llorar. Porque es que ese Stevo, entre nosotros hubiera sido Štefan, con quien había huido a Serbia, escribía tan bien y con tanto sentimiento, era tan infeliz sin ella, que seguro ella habría llorado también de haber leído la carta. Entendí que para su relación con Leo y para la paz de la familia era mucho mejor que ella no leyera las cartas. Seguro que todas terminaban, como esa que habíamos leído con Fani, con las palabras: vrati se, ljubavi. Eso estaba escrito en serbio, y a continuación también en esloveno: volvé, amor mío.

Jožì, dijo la anciana señora, ¿por qué está parada junto a la ventana?

Me avergoncé un poco, como si me hubiera sorprendido mintiendo; le dije que algunos se estaban yendo. Espero a que se vayan, dije rápidamente; de veras estaba mintiendo, qué otra cosa podía hacer; unos se van a dormir a los cuartos de huéspedes, otros se van a ir, y después vamos a limpiar lo que dejaron, un poco ahora mismo, seguí parloteando para convencerla, otro poco mañana por la mañana. Me pareció que la señora Josipina intuía que en la casa algo andaba mal. Aunque por adentro estaba toda temblorosa y el corazón no me había dejado de palpitar, me senté a su lado y abrí el álbum. Qué hermoso sombrero tenía usted, dije. La señora no me prestaba atención, seguía mirando hacia la ventana muy nerviosa. Seguro que hacía calor allá en el sur, en el puerto, dije. Sí, dijo, a veces hacía mucho calor. Íbamos a bañarnos a Opatija. Respiré aliviada, parecía que de un momento a otro la señora iba a volver a hundirse en sus

recuerdos. A menudo me contaba cómo vivían, cómo iban de excursión por Istria, con frecuencia también a Liubliana, y a Viena iban al teatro, a ver operetas. Y también bailaban, dije. ¿Cómo era aquella canción...? La señora me miraba soñadora. Veronika también la sabe, dije. ¿Quiere decir esa de la bionda?, dijo. Esa, sí, de cuando usted se casó. No me casé, sino que mientras bailábamos, le dije a Peter que ya iba siendo tiempo de que nos casáramos. Se rio.

Ahora era un poquito más fácil, la señora había dejado de mirar hacia la ventana y de estar atenta a lo que ocurría en las habitaciones inferiores. Veía en sus ojos que ya no estaba escuchando. Esos ojos miraban algo que habían visto mucho tiempo atrás; ya no había fría noche de invierno ni ruido de visitantes nocturnos, esos ojos veían ahora un café, un barco en el puerto, el mar cálido. Aquella canción, dijo, es así, empezó a cantar: Tutti mi chiamano bionda, ma bionda io non sono... Eso significa, empezó a explicar lo que yo ya sabía y había oído muchas veces, significa, todos me llaman bionda, es decir blonda, rubia, pero rubia yo no soy. Es raro, reflexionó en voz alta, pero hasta hoy no entiendo muy bien eso. Es cierto que yo tenía el cabello rubio, como lo tiene Veronika, seguramente por mí; el poeta la llamaba Ricitos de Oro; Peter lo tenía castaño, un poco rizado. La señora empezó a contar lo que había pasado cuando su Peter atravesó todo el café hasta donde estaban los músicos para pedirles algo.

Ahora mi alma estaba bastante más calmada, había conseguido distraerla. Tal vez no estuvo bien que la engañara de ese modo, y además todo el tiempo me atormentaba la idea de qué estaría pasando allá abajo, pero Veronika me había pedido que tranquilizara a la señora, y esto la tranquilizaba. Las fotografías, los recuerdos, la canción bionda, me tradujo verso por verso toda la canción, y yo volví a acercarme con cautela a la ventana.

Vi que a Jeranek le daba la luz, alguien había encendido la luz en uno de los cuartos del primer piso. Miró hacia arriba, vi su rostro claramente. Me pareció que quería decir algo. Estaba sin afeitar y tenía la gorra encajada sobre la frente. Que al menos no diga eso que gritó tras de mí ahí abajo, en el patio.

¡Para que lo sepas, Joži, tu señora es una puta alemana!

Eso es lo que gritó. No podía creer que estuviera escuchando algo semejante de un muchacho tan tranquilo. Qué le pasó por la cabeza, ni hoy lo entiendo. No era solamente que ahora era un soldado, que montaba guardia y odiaba a todos los que alguna vez se habían juntado con los alemanes. Entiendo que pasaban hambre, que se escondían y a veces vivían como bestias por los bosques, huyendo de los alemanes, que los perseguían como cazadores furibundos; entiendo que su comisario le había llenado la cabeza con rabia hacia la gente rica, que mientras tanto seguía viviendo tranquilamente, pero en él

había algo más, algo que le venía dando vueltas por la cabeza ya cuando cavó un hoyo con el pie en la arena y me contó sobre el médico, el señor Horst, con quien Veronika estaba aquella mañana en el estanque. O tal vez la furia se habría acumulado antes en su joven y enrevesada cabeza, cuando aún no había ningún alemán ni partisano dando vueltas.

Vi que su figura se volvía hacia la puerta, y en el mismo momento abajo apagaron las luces. Ahora el patio estaba iluminado por la débil luz de la luna llena; alguien llegó corriendo hasta él desde la casa, se dijeron algo. Un momento después empezaron a llegar del interior los visitantes nocturnos.

La anciana señora intentó levantarse. Temí que quisiera venir hasta la ventana, pero ella abrió los brazos y empezó a cantar. Una canción sobre una chica que no era rubia.

En el patio trajinaban siluetas oscuras. Después salieron al patio el señor Leo, que se había puesto su sobretodo de caza, aquel hubertus, y la señora Veronika, también con abrigo; el gorro lo tenía en las manos. Su pelo rubio y suave brillaba a la luz de la luna. La señora cantaba: Tutti mi chiamano bionda, ma bionda io non sono... y empezó a bailar por la habitación, completamente embargada por los recuerdos. En el patio todos se quedaron quietos. Uno volvió corriendo a la casa y pronto volvió con tres o cuatro rifles de caza en las manos. Evidentemente se habían olvidado de aquellas armas. Se echó al hombro una, junto a su propio rifle, y repartió el resto. Todos tenían mochilas gigantescas, llenas de ropa, mantas, y también cosas valiosas que habían sacado de la mansión. Yo entendía que en semejante invierno necesitaban mantas y pulóveres, pero por qué se llevaban también los cubiertos de plata y el tapado de piel que uno de los visitantes tenía atado sobre la mochila... eso no lo entendía. Quizá van a venderlos y comprar con eso comida y municiones, pensé; tal vez se lo quería poner aquella mujer de uniforme con cuello blanco; una piensa todo tipo de cosas raras en esos momentos. Después avanzaron hacia la puerta y desaparecieron. La señora bailaba y cantaba. Después se sentó sobre la cama. Ay, mis piernas, dijo. ¡Cómo solía bailar antes! Y también subíamos a las montañas. Y ahora esto, ya no puedo ir ni hasta el estanque.

Los visitantes nocturnos volvieron a asomarse en la ladera nevada. Formaron una fila por un sendero estrecho y subieron a la montaña hacia el bosque. En medio de la fila caminaban Veronika y Leo. Me pareció que en la fila también iba aquel criador de caballos, un desconocido, que estaba esa noche de visita. Leo se volvió hacia la mansión; no vi su rostro, estaba demasiado lejos; Veronika tenía la cabeza gacha, como mirando al suelo, a la nieve. Había visto sus rostros por última vez alrededor de una o dos horas antes abajo, en el

comedor; pálido él y con esa extraña sonrisa en los labios ella. Ahora veía por última vez sus siluetas en la fila de gente armada, nunca más los vi.

Me volví hacia la señora Josipina. No se preocupe, dije, ya va a volver a caminar. Cuando llegue la primavera vamos a ir las dos a juntar flores del campo. Como en aquella fotografía donde está con ese hermoso vestido de encaje. Se apoyó en la almohada. Qué bien cantó, dije. He olvidado muchas cosas, susurró, pero aquella canción no, recuerdo cada palabra. Se le cerraban los ojos. Tenía el cabello gris. Pensé que iba a haber que lavárselo; por la mañana le traería agua y la ayudaría como tantas veces.

Salí en silencio de la habitación para no despertarla. En el pasillo estaba oscuro y encendí la luz. Casi en el mismo momento alguien gritó desde abajo: ¡apagala ya mismo! La apagué y fui a tientas hasta la cocina. De nuevo encendí la luz, tanto como para verlos, sentados en distintas partes de la gran cocina, algunos con la cabeza entre las manos, otros a medio acostarse. Uno de los trabajadores se puso de pie inmediatamente, balbuceó algo y apagó la luz. Después encendió un cigarrillo; vi su rostro iluminado por la luz roja, y sus ojos asustados. ¿Por qué están sentados a oscuras?, pregunté. Uno me explicó entre susurros que iban a dispararle a quienquiera que saliera de la casa antes de las cinco de la madrugada. Me pareció raro que susurraran, si los visitantes nocturnos ya se habían ido, seguro que ya estaban lejos arriba en la montaña. Pero el miedo hace lo suyo. Cuando los visitantes se fueron y la mansión Sotomontana se cubrió de sombra y silencio, de milagro no prestaron atención a la luz que brillaba en el cuarto de la anciana señora. Seguramente ya se les hacía tarde. Pregunté a la oscuridad si alguien sabía adónde se habían llevado a la señora y el señor. Nadie respondió en mucho tiempo. Luego uno susurró: oí a uno decir que iban al puesto de caza. Ahí los van a interrogar. Qué los van a interrogar, dije furiosa y gritando, ahí en la cabaña de caza el señor Leo los aprovisionó de comida y de algo más, ¡no tienen nada que interrogar! Callate de una vez, vieja, dijo uno de los trabajadores, el que tenía la colilla encendida ante el rostro. Todos estaban aterrorizados y nerviosos. Así que sí, preferí callarme.

Por la mañana le llevé el desayuno a la señora Josipina y le dije que iba a ayudarla a lavarse el cabello. Como al descuido le mencioné que la señora Veronika y el señor Leo había viajado a Liubliana y que iban a volver pronto. Me miró sorprendida. ¿Por qué de noche?, preguntó. El señor Leo, seguí mintiendo, tiene unos asuntos importantes. Era poco creíble y vi que no había convencido a la señora Josipina. ¿Quiénes eran esas personas que andaban a los portazos?, dijo.

Me comporté bien con la anciana señora; Veronika estaría contenta

si viera lo bien que llevé a cabo su encargo. Pero no obstante, ella no estaba bien. Todos los días me preguntaba cuándo iban a volver su hija y Leo. Me inventé todo tipo de cosas, y al final, cuando ya no se me ocurría nada nuevo, sólo le respondía: ya van a volver. Y con esa frase se resignaba. Ni una sola vez dijo que quizá les podría haber pasado algo malo, que quizá no iban a volver. Pasaba todo el día sentada junto a la ventana, y cada vez que yo iba con la comida o con los libros que leía, y los traía una vez leídos a la biblioteca de la mansión, ella decía: ya van a volver, ¿no es cierto, Joži, que van a volver? Claro que sí. Yo eso ya hacía mucho que no lo creía. Unos días después de su desaparición llegó de Poselje un trabajador para cortar leña. Mientras se soplaba las manos, me susurró: se dice que los liquidaron. No entendí esas palabras. Bueno sí, se pasó el dedo por el cogote como cuando se le corta el pescuezo a un ganso. No creo que eso sea posible, dije aunque ya me lo parecía, ¿por qué lo harían? Por algo sería, dijo y casi con satisfacción agarró el hacha. No son los primeros ni los últimos, agregó, lo van a hacer con muchos más, dijo casi amenazante. Luego desapareció hacia la leñera y empezó a cortar leña con golpes regulares. En las paredes retumbaban los chasquidos de cada uno de sus golpes en la mañana silenciosa.

Aquel invierno fue largo; por un tiempo los militares alemanes montaron guardia en la mansión; después ellos también se fueron, sólo de vez en cuando aparecían tres, cuatro, y preguntaban si los bandidos, así decían, todavía andaban por los alrededores. Después se iban siempre a toda prisa, entonces ya tenían miedo de los nuestros. La mansión estaba vacía y silenciosa; la mayoría del personal se había ido, no había nadie que les pagara. Con Fani seguíamos ordenando y limpiando las habitaciones, cocinábamos para nosotras y para la anciana señora, a veces para los trabajadores que paleaban la nieve, y para Franc, que seguía viniendo todos los días a ocuparse de los caballos. Los cuartos de Veronika y de Leo estaban acomodados y preparados, la ropa de los armarios planchada como cuando se iban a algún largo viaje. Llegó la primavera y la señora seguía sentada junto a la ventana, y todo el verano estuvo mirando a lo lejos y esperando a que se levantara el polvo del camino tras el automóvil de Veronika y Leo. Un día de julio me insistió para que la ayudara a bajar por las escaleras hasta el patio. Casi tuve que cargarla; a la señora le costaba mucho caminar, casi no se movía. Quería ir al garaje. Yo ya sabía por qué, pero ya me parecía demasiado tonto esconderle todas y cada una de las cosas. Se quedó ahí mirando un buen rato el automóvil. Me miró casi con furia: ¿pero no dijiste que se habían ido en el automóvil? Eso en verdad no lo había dicho; durante los largos días de espera se lo había imaginado sola y lo había empezado a creer. Nunca dije eso, le contesté, mis propias mentiras ya me habían empezado a

hartar y al menos una verdad me atrevía a defenderla con decisión. Se tambaleó un poco; pensé que se iba a caer. Se apoyó en la puerta del automóvil. ¿Y cómo se fueron? Los llevaron, dije; era la verdad. Tendría que haber dicho arrastraron, pero también decimos que a uno se lo llevan cuando se va con alguien de casa. ¿Ah, sí?, dijo, ¿tenían su propio auto? Ya no le respondí nada; no tenía fuerzas, la convencí de que debía ir a la cama.

Estuve bien con la señora Josipina. Como me lo pidió Veronika antes de partir. ¿De partir? No quería creer que ya no iba a volver. Quizá se me había contagiado la paciencia con que la esperaba la anciana señora. Muchas veces me sentaba con ella junto a la ventana y miraba a lo lejos. Todos sabían que no iba a volver, tampoco el señor Leo, pero nosotras dos no. No volvimos a hablar sobre los sucesos de aquella noche, pero las palabras de ese trabajador que dijo que los habían liquidado me perseguían, y sin embargo cada vez que me sentaba con la anciana señora en su cuarto, desaparecían. Una tarde cálida de verano, antes de entrar, oí una conversación en el cuarto. Me sorprendió, no podía imaginarme con quién estaría hablando la señora. Cuando entré, dejó rápidamente el libro que tenía en las manos. ¿Con quién estaba hablando?, pregunté. Con Peter, dijo, a veces conversamos. Pensé que algo no estaba bien en su cabeza, seguramente por todo lo que había pasado. Muchas veces conversamos, dijo. Esta noche le estuve leyendo. Tomó el libro en las manos. Éste se lo regaló a Veronika nuestro poeta, dijo, Poemas sobre rubias. Le escribió una dedicatoria, A la rubia Veronika – ¡qué hacer si la edad joven es fugaz! Le gustaban estos poemas, dijo la anciana señora, a menudo los leía antes de dormir. Hojeó el libro y empezó a leer:

Ven a mí a la hora oscura,
cuando las sombras pasan,
ven a mí en la hora oscura,
si de verdad me amas.

Esto le leí a Peter, dijo. Le dije que esto bien podría haberlo escrito Stevo, Leo no, no era bueno para esas cosas. Le dije a Peter que yo tenía la culpa de que Veronika hubiera dejado a Stevo; si no lo hubiera dejado, ahora estaría en Maribor.

La señora Josipina me miraba expectante, como si yo tuviera que asentir. Yo sabía quién era Stevo, él firmaba aquella carta que habíamos leído con Fani. Aquella vez las dos habíamos llorado, y ahora también se me anudaba la garganta; no sé si por aquel poema que había leído la señora o por mirarla a la pobre, confundida, hablando con su difunto marido. Pero si tal vez ahora está ahí, dije, tal vez está en Maribor. Me miró fijo y casi con alegría dijo, pero claro, tal vez está allá, o están los dos, siguió después de un respiro

brusco, o están los dos, con Leo, en Suiza. Eso es, dijo satisfecha, seguro están en Suiza.

Después volvimos a pasar las páginas de los álbumes y a mirar viejas fotografías y hablar de cosas lindas que ya habían pasado. Pero que en su memoria siempre revivían.

Pasó el otoño sin una sola noticia, había sólo acertijos entre susurros de los parientes y amigos de Leo y Veronika, que nos visitaban cada vez con menos frecuencia. Así se nos vino encima otro invierno, el largo invierno del año 45, por todos lados se decía que era el último, que en primavera la guerra iba a haber terminado. La gente estaba muy preocupada; muchos de sus parientes habían desaparecido en el ejército alemán, entre los partisanos, en los campos de concentración. Había también mucha escasez de comida, de ropa, de calzado; cada uno miraba por sí y por los suyos; era muy difícil conseguir alguien que viniera a trabajar. Por suerte algunas veces venía Filip, el hermano de Leo, y nos dejaba algo de dinero para ir tirando y poder pagar a los pocos que estaban dispuestos a ayudar. Filip estaba cada vez más lejos de la anciana señora, y con nosotros conversaba a las apuradas. Nadie hablaba ya de la señora y el señor de la mansión. Los primeros meses después de que se fueron, la gente siempre me preguntaba qué había ocurrido después de la misa del domingo, si había alguna esperanza de que volvieran, de todo. Después eso también se acabó, cada uno se iba por su lado; eran tiempos en que ya nadie confiaba en nadie; todos esperaban que ocurriera algo; en la primavera del 45 vi carros cargados con ataditos y valijas, familias enteras se iban quién sabe adónde. Esperábamos que vinieran los partisanos. Al final los partisanos llegaron, pero eran otros, de Liubliana, eran señores de las altas esferas, señores compañeros que decían que iban a usar la mansión para su descanso. De pronto la guerra había terminado y los señores compañeros querían paz y descanso después de su esforzado trabajo. Algunos estaban enfermos y se reponían en Podgorsko.

Jeranek también volvió. Nunca subió a la casa a visitarnos; yo lo vi en la estación de tren. Parecía más serio y más viejo, pero sano, fuerte; iba de uniforme militar, llevaba las manos cruzadas a la espalda y miraba el tren que pasaba.

Pero eso fue justo antes de nuestra partida. Yo me fui a lo de mis padres. Me casé con Lojze Hribovšek, que era el chofer del auto de Leo; habíamos intimado en Podgorsko. Él también se fue con los partisanos, en el 45, y pronto se volvió; me alegré mucho cuando lo vi. Pero ésa es otra historia, sólo mía. Evitábamos hablar de Veronika y Leo; no hay que mirar mucho hacia el pasado, la vida siguió su curso. Sólo unos días antes de la boda le dije: Veronika seguro habría venido, me quería mucho. Un año después de la guerra ya no supe

nada de la anciana señora. Después sólo me enteré de que estaba en Liubliana; le habían encontrado un pequeño departamento ahí. Una vez fui en tren a verla; seguía sentada junto a la ventana. Apenas me reconoció.

Pensé que la ayudaría saber la verdad. Pero es que ni yo misma la sabía. Casi seguro que estaban muertos, pero a los muertos los enterramos, les hacemos una misa y nos despedimos. Sabemos dónde están sus tumbas, les prendemos velas. De ellos ni eso sabemos. Me llevé conmigo aquel libro del que una tarde me leyó la señora Josipina, como recuerdo del tiempo que viví allá. A veces, cuando es de noche y todos los demás en la casa están durmiendo, enciendo la luz y me lo pongo a leer, y en medio de la noche veo a Veronika. Le traigo leche caliente, ella me mira y dice, esto es lo que estoy leyendo, miralo vos también. Pero en ese entonces no lo hacía, no había tiempo. Me quedaron algunas fotografías y este libro, todo lo demás ha desaparecido.

Ven a mí en la hora oscura,
sólo en oscura hora,
en la hora del perdón,
cuando el día se hace eterno,
sueña el alma con el verso,
el alma, el sueño y el verso, uno y lo mismo son.

La mansión Sotomontana sigue ahí bajo la verde montaña pico Escarpado. Una vez le pedí a mi hija que me llevara en auto allá arriba. Después de la guerra fue un centro de rehabilitación. Ahora es un museo, y cuando salimos del museo, por la puerta estaba saliendo un grupo de escolares. Quisimos entrar, pero ya cerraban. Le dije a la señora de la entrada, de la boletería, que antes yo trabajaba ahí, que me gustaría ver cómo era ahora adentro. Me dijo que la esperaban los chicos y que tenía que ir a su casa, que volviera al otro día. Nos fuimos. A mí también me esperaban los chicos. En realidad, los nietos. Dos nenas y un nene. A veces les cuento lo bien que se vivía allá. Les muestro fotografías de Podgorsko, en una estoy con la señora Veronika, las dos tenemos flores en las manos. Las habíamos juntado para los floreros del comedor. Me escuchan con los ojos bien abiertos cuando les cuento qué hermosa vajilla de plata teníamos y que venía de Liubliana un señor a tocar el piano. Cómo pastaban de tranquilos los caballos en los anchos prados debajo de la mansión. Y más que de los caballos les gusta escuchar la historia del pequeño cocodrilo que había tenido la joven señora, y que después mordió a su esposo en la tina de baño. Los chicos se ríen y aplauden con sus diminutas manecitas. Al final a ese cocodrilo lo embalsamaron y lo colgaron de la pared, para que asustara en la entrada a los visitantes descorteses. Siempre quieren volver a oír esa historia.

5

Hoy enterraron a Janko Kralj. Cuando el coro de pensionados cantó Počiva Jezero y sobre la fosa donde dejaron el ataúd se inclinaba nuestro estandarte, me asaltó un dolor en el pecho. Como si me hubieran disparado con una Schmeisser. El reflejo del sol en la estrella de metal de la punta del mástil del estandarte me daba en los ojos; y ahí abajo, en la tierra húmeda, yacía el ataúd con su pequeño cuerpo. Recordé al muchacho alto y flaco, de pronto volvía a tenerlo frente a mí, alegre y sonriente. Tal como era siempre. Donde había música, él estaba cantando, cuando en un mitín sonaba el acordeón, él sacaba a bailar a la primera chica que tuviera cerca. Poco después de la liberación —en esa época andábamos como locos y llenos de alegría —, iba en moto con una chica en el asiento trasero corriendo por las calles de Kranj, al punto que la gente saltaba a un lado; en el sótano de un restaurante le disparó a los barriles del dueño y los muchachos se pusieron a tomar el vino que brotaba a chorros; en la cocina de un hotel de Bled pisoteó con las botas puestas unas ollas con mermelada recién hecha; era un tipo divertido, un poco morboso. Luego de los primeros meses después de la guerra se tranquilizó y se dedicó a trabajar en política, pero el buen humor nunca lo abandonó. Pero los últimos años la enfermedad lo estropeó por completo; lo llevaron por hospitales y casas termales y se fue encogiendo. La última vez que lo visité en su departamento de Liubliana estaba muy esmirriado, sentado en un gran sillón que lo hacía parecer aún más pequeño y más escurrido. Entonces mencionó por primera vez los sucesos de la mansión Sotomontana. Nunca más habíamos hablado de eso después de aquel crudo invierno del 44. Lo mencionó por primera y última vez.

Pero primero se burló y bromeó a su costa. Cuando me vio, sonrió con debilidad; ya no era aquella risa alocada que ponía de buen humor a todo el mundo. ¿Qué pasa, Jerko, te asusto? Seguramente se me veía en el rostro; en verdad me había asustado un poco de él, sí. No tengas miedo, dijo, todavía no estiro la pata. Vos nunca vas a estirar la pata, dije, hierba mala nunca muere. Saqué del bolso una botella de aguardiente casero y le brillaron los ojos. Ah, ése es tu famoso šnops, intentó reírse. No puedo, dijo, tomo medicación todos los días. Me senté a su lado.

Maldita sea, dijo, pero si es una injusticia. Hasta hace tres años correteaba por las montañas, y ahora apenas me arrastro al baño.

No entendí por qué era una injusticia; soy de familia campesina y sé que cada cosa empieza creciendo, madura, luego se pudre o se seca;

por qué tendría que ser distinto para nosotros. Cuando me llegue la hora, me parece que voy a saber recibirla. Ahora va todo cuesta abajo; ya no somos jóvenes, decimos cuando nos encontramos, y alguno se queja de que tiene reuma, que se lo pescó en el bosque, cuando era joven, pero eso se dice por decir; no hace falta aclarar que somos viejos y que cada vez más que en nuestras conmemoraciones nos encontramos a menudo en los funerales. Y entonces siempre alguno dice, también hoy, cuando en medio del calor del día estábamos parados a la sombra de los abedules a la entrada del cementerio, uno dijo: ya están talando nuestro bosque.

Hace rato, dije yo, este bosque está casi desbastado.

Nos reímos un poco, con algo de amargura, como suelen reírse los que todavía están vivos en los funerales. Así es, y no es una injusticia, como le parecía a Janko, cuando hace apenas dos semanas estaba sentado tan escurridito en su sillón. Si de alguien podía decirse que nunca iban a talarlo era de él. Siempre iba rápido, en los años posteriores a la guerra corría con la moto y andaba siempre arreglando alguna cosa; después se volvió un pez gordo, iba cada vez más arriba, se mudó a Liubliana. Empezó a ir a las montañas, aunque cuando estábamos en el bosque a menudo nos jurábamos que la montaña más alta que escaláramos después de la guerra iba ser nuestra esposa. Así se decía, no sé por qué, si todavía casi ninguno de nosotros era casado.

Él siempre estaba apurado, dijo Bogdan, y después, cuando nos sentamos en el restaurante, hasta al otro mundo se fue a las apuradas. Bogdan parpadeaba con sus ojitos pequeños y astutos, que se veían raros en medio de su gran cabeza.

Pero no fue tan rápido, la enfermedad le dio casi tres años más de vida. Pero le dio algo más; me lo dijo cuando estuvimos juntos por última vez.

En aquella acción en Podgorsko, dijo, ahí tal vez un poco la cagamos.

Me miraba como si esperara alguna respuesta inteligente de mí. ¿Qué le iba a decir a un hombre que estaba ahí sentado, todo esmirriado y escurrido por la enfermedad que lo devoraba desde adentro? ¿Que no era yo quien la había cagado, que yo sólo me había quedado de guardia, obedeciendo órdenes?

Éramos jóvenes, dijo, nos perseguían como a fieras. Y nosotros devolvíamos el golpe donde podíamos.

Eso había dicho dos semanas atrás.

Ahora no podía ni pensar en eso. En el calor del mediodía vi el estandarte que flameaba sobre su tumba; los rayos del sol que se reflejaban en la estrella de metal me encandilaban y el coro cantaba Počiva jezero v tihoti..., parece que lo estoy escuchando: ...in listje

rahlo mi šumi, reposa el lago en su quietud, y las hojas me susurran. Aún ahora, de noche y sentado en el banco al frente de la casa, mirando la ladera boscosa, verde y oscura, la escucho... mlad partizan tam v temni noči ob jezeru molče stoji, un joven partisano en la noche oscura está parado junto al lago; maldita sea, como diría Janko, vuelve a cerrárseme la garganta, y maldita sea, se me saltan las lágrimas: mu dekle je obljubo dalo, da bo čakalo tisti dan, ko bo svoboda zasijala... la muchacha le prometió esperar el día que brille la libertad...

Cuando nos fuimos del entierro, oí a una vieja chusmona que le soplaba a otra vieja chusmona: así nomás lo enterraron. Sí, dijo la otra vieja, pero sin cura no es un verdadero funeral. Es cierto, pensé, en estos funerales nuestros falta algo, en nuestra familia rezábamos mucho, y cuando enterramos a nuestra madre fue lindo oír las palabras del párroco, ahora los ángeles se la llevan al cielo, no puede ser de otra manera. Pero de nuestra madre eso se podía decir, y era lindo de oír, pero al compañero Janko Kralj habría sido difícil imaginárselo llevado por los ángeles, y si así fuera, él se hubiera estado riendo con fuerza y habría soltado alguna grosería. Si bien a las viejas no les faltaba razón —al menos en cuanto a que algo estaba faltando—, no obstante me enojó su chismorreo. Viejas desgraciadas, pensé, dejen en paz al difunto, pero no dije nada, sólo las taladré con la mirada y se callaron enseguida. Muchas cosas faltaban, incluso la comida para despedir al difunto. Después del entierro nos quedamos dando vueltas de acá para allá bajo el sol caliente. Sin embargo nadie nos invitó a ningún lado; era verano y parecía que todos querían huir a la sombra o a sus casas. La esposa y la hija de Janko subieron a su automóvil inmediatamente después del funeral; cuando vieron que me acercaba hacia ellas, la mujer de Janko bajó la ventanilla y gritó, vaya a visitarnos uno de estos días, compañero Jeranek, y arrancó. También otros parientes y compañeros que habían venido de Liubliana subieron de un portazo a sus autos y pronto la playa de estacionamiento del cementerio era una polvareda. A los Kralj les quedaba en Poselje nada más que la tumba de sus antepasados, y venían tan sólo en el día de los muertos, y no todas las veces. Quizás ahora vengan más seguido y entonces tal vez voy a poder estrechar la mano de su hija y contarle algo bueno sobre su padre.

Unos cuantos de los presentes éramos rebecos, como nos llamábamos a veces en broma, así que después nos sentamos juntos en el restaurante y pedimos un vino. Pero a pesar del vino, parecía que la lengua no se nos quería soltar. Antes nos la pasábamos hablando de las marchas nocturnas, de las emboscadas y ataques a las columnas alemanas, de los cantos y discursos de Janko en los mitines, de los malditos piojos y las llagas. Ahora embromábamos con el pelo gris y

las casas termales para el maldito reuma que a casi todos nos había propinado la vida en el bosque. Después, como siempre en el último tiempo, la conversación saltó a la política. ¿Y para esto luchamos? ¿Para que ya nadie respete a nuestras víctimas? Malditos pandilleros, dijo Bogdan y parpadeó con sus ojos chiquitos como si el sol del funeral siguiera encegueciéndolo. ¿Para que al final los de la Guardia Eslovena valgan más que nosotros? Dejá la política en paz, Bogdan, dije. Mejor acordate del frío que teníamos entre las ramas de los abetos.

Eso fue después de la acción en la mansión de Zarnik, tiritábamos como dos perritos aquella noche. Ahí la cagamos un poco, dijo Janko hace dos semanas.

Bogdan no respondió. Sólo me taladró con la mirada. No quería hablar de aquella acción. Yo tampoco quería; quería que habláramos de Janko; él entonces estaba presente, ahora ya no. Bogdan y yo éramos los últimos que quedábamos de la compañía de Janko; todos los demás ya se habían ido adonde ahora también se había ido Janko.

Antes de la guerra, Bogdan era un trabajador vial; tenía unas manazas nudosas y grandes como palas.

Roncabas tanto, me reí, que los alemanes te oían desde el valle.

Tampoco reaccionó esta vez. Antes nos gustaba bromear, incluso después de un entierro; ahora nadie tenía ganas de reírse, todos preferían explayarse sobre las injusticias que estaban ocurriendo. Los jóvenes ya no saben nada sobre nuestra lucha. Ya sé que también Janko se habría enojado por eso, pero a mí me parecía que ahora tendríamos que recordar lo que pasamos juntos, a Janko, que huyendo de la casa rodeada se topó con tres alemanes que nos tendieron una emboscada y al principio se asustó, pero un segundo después corrió hacia el bosque, se detuvo entre ellos, que estaban tan confundidos como él, y les arrojó una granada de mano. Cómo nos costaba avanzar por la nieve. Y nos sentábamos alrededor del fuego del campamento. Cómo roncaba Bogdan. Antes hablábamos de los recuerdos, ahora sólo de política, y quién, pregunté en voz alta, quién se va a acordar de algo si no nosotros. Todos me miraron. Yo terminé mi copa, pagué y me fui a casa.

Ahora es de noche. Estoy solo, sentado al frente de la casa. Mi hijo está en Liubliana; ayer llamó por teléfono diciendo que iba hacer todo lo posible por llegar al funeral de Janko; y cómo no, si lleva su nombre. Esta mañana llamó y avisó que no iba a poder, tenía una reunión urgente en la empresa. Mi hijo se llama como él; le di el nombre del hombre más alegre y valiente que he conocido. En la infancia, con Janko andábamos juntos por los campos y llevábamos las vacas a la majada. Después de terminar la escuela se fue a Kranj, donde estudió mecánica, y sólo de vez en cuando volvía al pueblo. Era

un muchacho citadino, divertido; cuando volvía estaba cada vez más distinto de nosotros, que nos habíamos quedado acá. Se vestía distinto y se cortaba el pelo distinto, y también ya hablaba distinto; poco antes de la guerra vino haciendo ruido con una motocicleta. Lo envidiábamos, las chicas del pueblo lo admiraban. Yo entonces iba al fundo de Podgorsko, para trabajos ocasionales, a segar, trabajar en el establo o hacer alguna reparación en la mansión. Janko me acicateaba a veces, ¿no será que vas a hacer de siervo de esos grandes señores, no? Decía que eran unos haraganes y unos explotadores. Yo me reía; me pagan bien, le decía. Me invitó a ir a la ciudad, diciendo que yo sabía hacer muchas cosas, me iba a ir bien. Pero yo me sentía bien en casa; mi padre ya no podía con todo y de a poco fui tomando la posta de la chacra; en el castillo me elogiaban, y además acá estaba Pepca; cantábamos juntos en el coro de la iglesia, en los días de fiesta bailábamos juntos en el jardín delante del restaurante. No podía alejarme de la chacra, del pueblo, de los prados y campos, y tampoco de Pepca.

Siempre vas a ser un campesino, decía Janko.

Era un comentario socarrón y un poco despectivo, pero era cierto.

Y lo sigo siendo, pero un campesino con pensión de partisano y un campesino que fue muchos años a reuniones en la ciudad y ayudó a la nueva autoridad cuando fue necesario. Y que ha trabajado más bien poco en el campo. Después de la guerra trabajé unos años en la cooperativa, más en la oficina que en el campo. De todos modos conservé algunos animales del ganado y unos prados, no podía estar sin ellos. Ahora el establo hace mucho que está vacío y nadie va a segar los prados. Pero hice reformas en la casa y es cómoda, no me puedo quejar; mi hijo corre con el auto para acá cada vez que puede, su mujer me hace la limpieza y lava la ropa un poco, los dos nietos corretean alrededor de la casa. Éstos son días hermosos. Pero en general estoy solo. Esta noche que se fue Janko aún más. Miro el viejo peral torcido junto al cerco y pienso que pronto va a haber que talarlo. Ya lo pensé el año pasado, pero que vuelva a dar esa frutas ácidas. Junto al cerco crecen ortigas que también tendré que volver a sacar, tal vez lo haga mañana. Ahora me voy a sentar a admirar el aroma embriagador del verde de esta noche de verano, cómo vuelve a crecer el pasto indomeñable, cómo trae el viento ese olor fresco a los abetos de los bosques que están sobre la mansión al pie de pico Escarpado. Cómo todo crece y todo pasa. Ya hace diez años que Pepca está donde ahora está Janko, y donde están mi mamá y mi papá; yo todavía sigo por acá y por allá, entreteniéndome con la casa; arreglo la cerca, a veces voy con el auto al restaurante, a misa no voy. No me gustan los curas, ni tampoco los políticos; al menos estos nuevos no. Mientras estaban Janko y los nuestros era otra cosa. Se sabía de qué

iba, se hablaba del trabajador y del campesino y de la clase intelectual, honesta; pero ahora todos guadañan y corren tras el dinero, también mi hijo.

Escucho el tren que se acerca a lo lejos. Es el vespertino local, que va a traer a los trabajadores de Liubliana a Kranj; viene todas las noches. En los años anteriores a la guerra Janko venía con él a casa; era aprendiz en la ciudad y eso era cuando todavía no tenía moto. Muchas veces iba a esperarlo a la estación. La estación me gustaba también porque ahí estaba el tío Štefan. Era jefe de estación, un hombretón de buena presencia. Tenía uniforme y aquella paleta con la que daba paso a los trenes. No era nuestro pariente; yo lo llamaba tío Štefan porque después del trabajo a veces venía a tomarse un vasito de aguardiente con mi papá, y entonces hablaban de política hasta bien entrada la noche. Era un hombre excelente, mi corazón infantil ardía de entusiasmo cuando lo veía alzar el palito con su tablita roja redonda, y entonces todo empezaba: en la estación hasta ese momento en calma todos corrían, las puestas de los vagones se golpeaban, la locomotora bufaba, después todo empezaba a moverse, poco después el tren desaparecía tras la montaña, y cuando volvía a verse ya estaba marchando a todo correr. Y todo esto lo provocaba el poderoso señor que solía venir a casa. Él tampoco está ya entre nosotros, como Janko; pero los trenes siguen andando; la mayoría pasa bramando sin parar, pero éste que está llegando, sé muy bien que va a parar. Es como si lo viera, Janko salta desde el escalón más alto del tren al andén y grita: ¿A que no sabés? ¡Me compré una moto!

En una de sus visitas al pueblo, Janko me llevó a dar una vuelta en su moto. Fue cerca de la Pascua y las calles estaban secas, el viento primaveral ya caldeaba y nos silbaba en los oídos. En el cruce junto al monumento a san Juan Bautista nos detuvimos y nos echamos en el pasto. Janko sacó de la alforja de la moto una botella de vino y nos tomamos unos tragos. A lo lejos vimos un jinete que venía cabalgando hacia nosotros por el camino que bordeaba el bosque.

Es una mujer, dijo Janko, y se rio; mirá cómo se alza en la montura.

Era la joven señora del castillo.

Se llama Veronika, dije, monta todos los días.

Madona, dijo Janko y se paró para ver mejor; mirá qué bien levanta el culo.

A mí no me parecía bien que hablara así de la señora Veronika, que siempre conversaba amablemente conmigo y con todos los que íbamos a trabajar a Podgorsko. Mientras cortaba el pasto, a veces ella misma traía algo para comer; las cocineras decían que a veces entraba, se arremangaba y ayudaba en la cocina. Siempre tenía una palabra cariñosa para todos, y hasta entonces nunca había visto a la señora del

castillo, a Veronika, como mujer, al menos no del modo que la veía Janko. Cabalgó directamente hacia nosotros; la brisa suave levantaba su cabello rubio. Cuando estuvo más cerca me puse de pie yo también, y ella se detuvo con una orden en voz alta y calmó a su caballo negro con unas palmadas.

¿Pero si es nuestro Ivan?, gritó.

Estaba sonriente y de buen humor.

¿Desde cuándo anda en moto, Jeranek?

No, yo no, dijo un poco avergonzado. Janko conduce, yo venía atrás.

Janko la escudriñaba sin pudor.

Puedo llevarla también a usted a dar una vuelta.

¿Usted me va a llevar a mí?, dijo ella como si su descarado ofrecimiento no la molestara en absoluto. Yo también a usted, sé conducir.

Sabía conducir autos; decían que también sabía pilotar aviones.

Vamos, entonces, dijo Janko, nunca vi una mujer que conduzca motos.

Ya lo va a ver, se rio ella. Alguna otra vez. Ahora tengo que volver.

Y se fue cabalgando por el camino del campo; la mirábamos alejarse. A lo lejos volteó el caballo y avanzó hacia la montaña, por el camino a Podgorsko.

Janko estaba completamente embelesado.

Qué mujer, suspiró.

Después empezó a reírse con ganas.

Si me hubiera llevado, dijo desvergonzado, la habría tomado así de la cintura.

Se puso a mis espaldas y me agarró de la cintura, así, dijo, con las manos recorrió mi camisa hacia arriba y me agarró el pecho, y así. Me levantó por el aire y yo también empecé a reírme como un estúpido.

Qué tarado, dije, ella no es para vos, es casada.

Las casadas son las que mejor cabalgan, se reía Janko, y nos subimos a la moto y salimos corriendo hacia el pueblo levantando una nube de polvo.

Ivan, gritó, no entendés nada, siempre vas a ser un campesino.

Entonces por primera vez me atrevía a pensar que en realidad lo que decía Janko era cierto, que en efecto la joven señora del castillo era también una mujer, joven y atractiva. Aunque era mayor que yo, era con todo más interesante que todas nuestras muchachas, incluida Pepca. A Pepca la quería, por supuesto; cada vez que por la noche la acompañaba hasta la entrada de su casa, me quedaba dando vueltas un rato, mirando las estrellas y pensando en ella, en su pelo negro, que podía tocar cuando estábamos solos, en su ágil andar y en sus ojos, que me buscaban en la iglesia cuando cantábamos en el coro.

Una vez el párroco, que nos encontró en el pasto tras la iglesia tomados de la mano, nos recordó que el amor físico no está permitido antes del matrimonio. Pepca se rio, el párroco también se rio, después agregó serio: el propósito principal del matrimonio es tener y educar a los hijos, y sólo en segundo lugar está la ayuda mutua y la satisfacción del deseo carnal. Y tal vez tenía razón, era un señor amable, cantaba bien y hablaba bien, tal vez no habría estado mal que él hubiera acompañado hoy la despedida de Janko de este mundo. Ya no me gustan los curas, aunque es verdad que nuestro párroco no estaba equivocado; Pepca me dio luego un hijo y me ayudó mucho en la vida. El deseo ya es otra cosa.

Veronika era otra cosa; no tenía hijos, andaba por la mansión en pantalones y con la camisa arremangada. La rodeaba una nube de buen humor y sonreía ya no como una señora que habla del trabajo que habría que hacer, sino como una mujer que sonríe a un hombre, también a mí. Una tarde en que me demoré en Podgorsko con la reparación de un carro de madera que quería terminar antes de la noche la vi con un vestido de seda. Estaba en la puerta recibiendo a los invitados que habían llegado en automóvil desde Liubliana. Cuando me vio cruzó el patio para preguntarme si aún andaba en motocicleta. Dije que no, que mi amigo hacía mucho que no volvía a visitar al pueblo. ¿Cómo se llama aquel motociclista? Le conté. Ella olía a perfume y a la tibieza de su cuerpo.

Algún día le voy a mostrar que de verdad sé conducir una moto, se rio.

Luego volvió con sus invitados. Era bella y lejana e inalcanzable. Y yo esa noche estaba celoso y enojado con Janko. Es que no es posible que con su descaro hubiera causado alguna impresión en ella. Pensé cómo le hubiera gustado ir atrás en la moto y cómo se habría aferrado a su cintura. Seguro lo habría hecho, y también todo lo demás que me mostró, de eso no tenía duda. Yo no me hubiera atrevido, y eso es porque siempre voy a ser un campesino, como dice Janko. Estaba furioso con él. Y con ella. Aquella noche soñé con ella. Y con Janko. Iban en moto por la llanura, entre los campos, tras ellos se levantaba una polvareda; Janko la tomaba por la cintura y su cabello rubio ondeaba sobre su rostro; él le ponía los labios al oído y le decía algo.

Hasta aquel encuentro junto al monumento a san Juan el Bautista jamás había pensado en los dueños del castillo sino como en personas amables que nos pagaban bien. Después empecé a pensar con frecuencia en cómo vivían, o mejor dicho en cómo vivía ella allá arriba en esa espaciosa mansión, en esas grandes habitaciones con su marido y sus invitados, que muchas veces se quedaban hasta tarde en la noche. Por las ventanas abiertas a veces se oía sonar el piano, se oían risas y cantos. De ella se decía que antes de venir a Podgorsko

había vivido con un oficial serbio. No me parecía la gran cosa, chismes nomás, y la vida de grandes señores que viven a su manera, distinta de la nuestra. Pero después de que ella cambiara algunas palabras con Janko, y cuando más tarde incluso me preguntó por él, todo me pareció más comprensible; empecé a amasar una furia sorda, con Janko, con el desconocido oficial serbio, me puse del lado de su marido y en nombre de él a veces le espetaba alguna palabra desagradable. Su marido, Leo, era un hombre reflexivo y tranquilo, ella bien podría estarle agradecida. Y no contestarle a un tipo que es la primera vez que ve que ella lo va a llevar en moto. Esto me rebelaba, y cada vez que me hablaba, yo estaba en aprietos, como si ella pudiera ver adentro de mi cabeza. Una vez, después de misa —a veces venían a misa para la fiesta de Santiago—, me presentó a su madre, la anciana señora. En ese entonces, la anciana señora todavía caminaba, más tarde se enfermó y se quedaba en su cuarto o se sentaba arriba junto a la ventana.

Éste es nuestro Ivan, dijo Veronika, tiene unas manos de oro. No hay cosa que no sepa hacer. Y además canta muy bien. Bueno, hoy lo escuchaste.

La anciana señora preguntó si había cantado en el coro. Miré mis zapatos y asentí.

Ha cantado muy bien, Jeranek, dijo la anciana señora.

Es un muchacho de oro, dijo la más joven, Veronika.

No respondí nada. Me enfurecía que hablara de manera distinta conmigo que con Janko. Con sus invitados hace bromas y canta junto al piano, conmigo habla como con un campesino que no sabe nada más que empuñar la guadaña en el pasto y el hacha en el bosque. Y cantar el aleluya. Es un muchacho de oro y diligente y tiene manos de oro; eso era todo lo que sabía decir cuando hablaba conmigo. Todo el resto eran instrucciones: ¿podría reparar la puerta del establo, Ivan? Lleve a Vranac a dar una vuelta con el bozal, para que se refresque. La corriente se llevó el sendero junto al arroyo, va a haber bastante trabajo con eso. Podría haber cambiado alguna palabra de vez en cuando conmigo también. Yo no era un siervo, sino el futuro señor de mi chacra. Iba a dar una mano porque mi padre me lo pedía y porque me daba gusto, y también por el dinero que me pagaba cada semana su marido, no ella. Y no era un campesino tonto, estaba en la Asociación de jóvenes campesinos, donde leíamos y preparábamos obras de teatro; una vez había representado al párroco que bendecía a los muchachos eslovenos antes de la batalla contra los turcos. En casa teníamos libros de formación católica y también estábamos suscriptos al Slovenski dom. Podría haber hablado con ella de lo que pasa en el mundo, de caballos, también de aviones si lo hubiera querido; yo había leído mucho y sabía muchas cosas. Su tono condescendiente y

sus sonrisas se me habían vuelto molestas. Empecé a eludir sus encargos. Cada vez que llegaba al castillo iba a ver al señor Leo —en el caso de que estuviera allí—, y era con él con quien hablaba de los trabajos.

Una vez, cuando me estaba pidiendo algo en relación con sus caballos, le di una respuesta cortante: que ya estaba comprometido con el señor Leo para un trabajo en el bosque. Vranac te extraña, dijo, sos el que mejor lo trata. El caballo negro que ella más quería se llamaba Vranac; andaba a su alrededor y lo palmeaba todo el tiempo, Vranac, vení, Vranac, andá, como si fuera una persona. A mí nunca me había demostrado tanto cariño como a aquel caballo. Una vez puse cara fea en el almuerzo por sus mimos con el caballo, y la cocinera Fani dijo que seguramente era así con el caballo porque no tenía hijos. Me parecía cada vez más una fruncida señora de ciudad que se hace la que le gusta la naturaleza y los caballos y los trabajos del campo. No podía engañarme más con sus camisas arremangadas y su simple ropa de trabajo para voltear el heno. Le gustaban más los vestidos de seda y los zapatos de taco alto, y los caballeros de Liubliana —y luego los alemanes—, que le besaban la mano. Cada vez me gustaba más trabajar con él, con Leo, cuando estaba en el castillo. Era un señor, no se esforzaba como ella por parecer uno de nosotros de vez en cuando; era frío y reflexivo, nunca exageradamente amable. Decía, está bien hecho, Ivan; me pagaba y hasta luego. Una vez, después de ir a cazar, nos invitó al salón de caza; comimos y brindamos por las buenas presas obtenidas. Él brindó con agua. Era como el agua: transparente, frío y siempre un poco ajeno. A ella también la trataba de la misma manera, respetuoso y paternalista, lo que me agradaba sobremanera. Un día, cuando desde muy temprano estábamos cavando el desagüe pluvial de la caballeriza, vino y se puso a mirar asombrado. ¿Ella les pidió esto? A veces mi esposa se equivoca, dijo, vamos a hacerlo de otra manera. Y lo hicimos otra vez, distinto. Pagó por todo sin decir una palabra, también por lo que habíamos hecho sin necesidad.

Me parece que Veronika con el tiempo se dio cuenta de que yo eludía sus encargos. Una vez me detuvo en el patio y me dijo divertida: oí que se va a casar, Jeranek. También me molestaba que me tratara de usted. Con Janko hablaron como viejos conocidos, aunque se veían por primera vez; a mí me trataba como a un sirviente. Como no contesté nada, me preguntó cómo se llamaba mi novia. Dije que se llamaba Jožica y que en su casa le decían Pepca. Dijo que le iba a dar a Pepca algo lindo para la boda. Quería saber qué color era el que más le gustaba. Le respondí que no sabía, que tal vez el azul. Me resultaba incómodo hablar sobre cosas de mujeres, pero además me hartaba, porque daba vueltas a mi alrededor, sonriente, y sin embargo con esos ojos melancólicos; le agradecí y me fui.

En el verano del 42 Pepca se enfermó, tenía fiebre muy alta. Empezó a delirar y en su casa todos estaban fuera de sí. Como era tarde y ya no había tren para llevarla al hospital, corrí a la mansión Sotomontana y les pedí si acaso su chofer podría llevarla al hospital. El chofer no estaba, tenía franco. El señor Leo tampoco estaba en el castillo, seguramente estaba en Liubliana, tal vez de caza. Veronika no se lo pensó mucho, la llevo yo, dijo. Esa misma noche en el hospital le extirparon el apéndice. La operó el médico militar alemán y se recuperó rápidamente. Después de una semana, la señora se ofreció ella misma a ir a buscarla. Íbamos por el camino levantando una polvareda. Pensé que ahora era yo quien iba con ella, no Janko, en auto, y no en motocicleta. Ése fue un día feliz, volvimos los tres, en el asiento trasero mi enfermita débil, y adelante nosotros dos. Janko me envidiaría. Veronika me arruinó un poco la diversión cuando nos detuvimos en un restaurante junto al camino y pedimos cerveza. Y entonces, ¿dónde anda aquel amigo tuyo, cómo era que se llamaba? Me enfureció, porque otra vez se acordaba de él, tal vez no tanto porque no se acordaba de su nombre. Le dije cuál era su nombre. Cierto, Janko, dijo ella. ¿Sigue correteando por ahí con su motocicleta?

Nunca anduvieron en moto y nunca le regaló a Pepca “algo lindo” para la boda. Janko ya estaba en el bosque disparando sobre los alemanes, con Pepca nos casamos recién después de la guerra. Y ella, Veronika, para entonces ya no estaba.

De pronto estábamos en guerra, columnas de camiones llenos de alemanes atravesaban el pueblo. Los primeros meses la vida en el pueblo no cambió demasiado, sólo se mudaron a la gendarmería los soldados alemanes, que después iban con los nuestros por los pueblos y a la noche se sentaban juntos en el restaurante. Yo seguía yendo al castillo, donde entre los invitados había cada vez más a menudo oficiales alemanes de Kranj. Tal vez porque se sentían bien allí; los dos conocían su lengua, ella parece que hasta había estudiado en Berlín. En el año 42, un poco después de que con Veronika lleváramos a Pepca al hospital, se empezó a hablar de que nuestros soldados, que después de la capitulación habían salido de prisión, se estaban juntando en las montañas y atacaban los arsenales alemanes y las oficinas, decomisaban armas y municiones, abrían fuego sobre las columnas de automóviles. Un día llegó un grupo grande de militares que fueron con los locales casa por casa. Parece que habían emboscado a un militar que volvía en bicicleta por un camino del campo que bordea el bosque y le habían disparado. Nos llamaron del arsenal y nos interrogaron para saber si conocíamos a algún rebeco. También a mí me llamaron, un tirolés en uniforme militar iba de acá para allá y hacía las preguntas; nuestro maestro, que sabía alemán,

traducía. No conté nada, porque tampoco sabía nada. Y si hubiera sabido ya entonces que Janko Kralj estaba entre los rebecos tampoco lo habría dicho. Nunca. No soy soplón ni delator.

Una noche del otoño del 42 alguien golpeó a la ventana un buen rato. Mi padre fue a la puerta; oí que hablaba con alguien. Volvió totalmente pálido. Dijo que me buscaban a mí, no a él. Tu amigo, agregó con un tono furioso, aunque se lo veía un poco asustado. No le gustaba que me juntara con Janko, con ese, en su opinión, señorito citadino. ¿Y por qué no lo invitaste a entrar?, pregunté. Ya me di cuenta por qué; yo también me asusté de Janko, tenía colgada una ametralladora al hombro, llevaba una chaqueta de cuero con un ancho cinturón del que colgaba una gran pistolera con un revólver. Tenía una gorra con una estrella roja sobre la cabeza. También por eso mi padre no lo había invitado a la casa. A él no le gustaban nada, esos subversivos, ni el día de su muerte me perdonó que más tarde yo también me les hubiera unido. Pero eso fue recién alrededor de un año después.

Vi que bajo el peral junto a la cerca había dos siluetas oscuras, sus acompañantes. Janko me preguntó sin saludarme si aún iba al fundo de Podgorsko. Le dije que muy de vez en cuando.

Andá, dijo, e informanos qué pasa allá arriba.

Nosotros luchamos por la libertad de la nación eslovena, dijo; sus solemnes palabras me sonaron raras en la boca de aquel bromista chancero.

Ellos, agregó, se la pasan de fiesta con los de la ocupación.

Me explicó rápidamente que cualquier dato era valioso. Quién viene y cuándo se va, que tratara de averiguar los nombres con el personal; si entre los visitantes había oficiales alemanes, que hiciera lo posible por informar los rangos, la descripción de los automóviles, si tenían custodios y cuántos.

Yo estaba sorprendido. Entonces ya sabía que a mucha gente no le agradaban los rebecos, porque entre ellos había comunistas que querían sacarles todo a los campesinos, como en Rusia; pero sabía también que a pesar de eso la gente los ayudaba con comida y ropa; fueran como fueran, eran de los nuestros. Si uno trabaja en un castillo ve muchas cosas, también que hay mochilas llenas que viajan hacia arriba, al bosque. Cuando una mañana estaba trabajando en el bosque del castillo, vi a un guardaparque que junto a otros dos ayudantes arrastraba unas mochilas pesadas arriba a la cabaña de caza. ¿Es para los osos?, les hice la broma. Sí, dijo el guardaparque, vinieron hasta acá desde Kočevje. Todos nos empezamos a reír. Sabíamos que por acá no había osos, y si hubiera habido, ¿por qué habría de llevárseles comida? Todos en Podgorsko sabían que por cierto había alemanes que iban de visita, pero también todos sabían que el señor Leo

ayudaba a los partisanos. Vivía, como todos entonces, una doble vida. No era posible evitar a los alemanes, estaban por todas partes. También algunos de nuestros muchachos, que habían sido movilizados, vinieron de licencia en uniformes alemanes y contaron sobre las batallas en Rusia; uno de ellos hasta había estado en África.

Hasta ahora, le dije a Janko, pensaba que a ustedes los del castillo los estaban ayudando. Él se insolentó enseguida: yo no tenía nada que pensar. Otros se ocupaban de pensar, yo tenía que hacer lo que me había pedido. Se me quedó mirando un momento. Después sonrió y dijo: no entendés nada, Ivan, vos vas a ser siempre un campesino. Un segundo después se volvió a poner serio. Empezó a darme órdenes. En una semana o aun antes alguien iba a venir a buscarme y yo tenía que decirle lo que había visto. Me dijo que me anotara los nombres y los números. Y para que supiera, tenían su gente entre el personal, cada cosa se confirma varias veces. Eso casi sonaba a una amenaza. Más tarde iban a decidir a qué contacto iba a tener que ir a llevarle los datos. Levantó el puño en alto, dijo muerte al fascismo, y me enseñó que tenía que contestar libertad al pueblo y se fue. En el cerco se le sumaron los dos que habían estado dando vueltas bajo el peral.

Todo eso, su seriedad, y en especial su saludo, me habrían parecido graciosos, otra broma de Janko, de no ser porque me resultó un poco insolente, incluso amenazante. ¿Y ahora qué era todo esto? ¿Que el amigo a quien admiraba viniera de pronto a darme órdenes y hasta de algún modo me amenazara? ¿Que le soplara lo que hacía la gente que era tan amable conmigo y que al fin y al cabo me pagaba bien cada trabajo? Mi padre, que había vivido en la vieja Austria, tenía siempre preparado para los soplones un refrán en alemán que conocía desde aquellos tiempos. Cada vez que alguien en la gendarmería o en la oficina de impuestos denunciaba a alguien por tala prohibida en el bosque o por caza de ciervos sin permiso, siempre decía: Der größte Schuft im ganzen Land, das ist und bleibt der Denunziant. Es decir, que el que denuncia es y será por siempre el canalla más grande de toda la Tierra. Yo sabía que lo que Janko me exigía no era lo mismo; eran tiempos duros, yo sabía bien que se trataba de otra cosa. Pero igual me resultaba incómodo y no pude dormir en toda la noche.

No soy un soplón ni un delator, y sin embargo después, aquella terrible noche de invierno del año 44, allá arriba en el puesto de caza, sentí que en su mirada, en la mirada de Veronika, había algo más que simple miedo y algo más que la esperanza de que yo la ayudara: en su mirada había también una forma de reproche. ¿Cómo iba a ayudarla? Yo era sólo un guardia aquella noche de invierno de enero del 44, sólo un guardia, nada más. Y si hubiera dicho una sola palabra en contra de que los llevaran y los interrogaran, me habrían hecho reventar. Janko tenía razón cuando antes de morir, hace escasas dos semanas,

me dijo desde el sillón en que se veía todo escurrido y esmirriado que nos perseguían como a fieras. Por eso la disciplina era algo terriblemente serio. Cuando había una acción, cada objeción significaba el sabotaje, casi la deserción. Aquella noche no pude hacer nada. En su mirada no sólo había miedo y esperanza, también había algo como si quisiera decir, pero si sos nuestro Ivan, te hemos querido mucho, yo quería darle a Pepca algo lindo para la boda. ¿No vas a hacer nada? ¿Qué podía hacer? Tal vez Janko podía ayudar, él era el comandante, pero a él ni siquiera se le pasaba por la cabeza nada semejante . Y con Janko quería andar en moto, no conmigo. Ella quería conducir, y él iba a ir en el asiento trasero, se iba a reír fuerte y a tomarla por la cintura y a decirle dios sabe qué en el oído para que se riera ella también. Había tolerado que él fuera un descarado con ella, y hasta le había gustado. Me preguntó cuál era su nombre aquella noche en su vestido de seda mientras recibía a los huéspedes. A mí apenas si me veía, para ella yo era sólo el campesino Jeranek de Poselje que tiene manos de oro y hasta sabe, nuestro Ivan, cantar el aleluya en el coro de la iglesia.

Unos diez días después de la visita de Janko tocaron a mi ventana. Encendí la luz y abrí los postigos. Afuera había una mujer joven con un pañuelo que le cubría hasta los ojos. Susurró que Janko la enviaba. ¿Y cómo sé yo que eso es verdad?, le contesté precavido. ¿Y cómo sabría yo cuál es tu ventana?, me contestó con otra pregunta. Era cierto, pensé medio dormido, Janko sabía dónde dormía, cómo podía saberlo una desconocida. Miró a su alrededor y ordenó: apagá la luz. La luz le caía en la cabeza, pero a pesar de eso no pude ver bien su rostro por el pañuelo. Apagué la luz y me quedé quieto a oscuras para oír si alguien en la casa se había despertado. Después volví a la ventana.

¿Qué tenés?, susurró impasible.

Dije que no había estado mucho allá arriba. Pero cuando estuviste, dijo, ¿qué es lo que viste? Nada especial, respondí. Me parecía un poco tonto chismorrear ahora acá a una mujer bajo la ventana sobre la gente que iba al castillo. Se empezó a impacientar. El compañero Janko confía en vos y cuenta con tu colaboración, dijo casi en voz alta. Casi se la oía enojada. Como yo seguía callado, dijo después de un momento: bueno, le voy a decir a Janko que no querés cooperar. No quería que mi amigo volviera por acá con su metralla y dos acompañantes que se acodaran en la oscuridad bajo el peral. Había una señora de Liubliana, dije, y uno que tocaba el piano. Tocó todo el día. ¿Cómo se llama? Recordé que era Vito. A veces salía y encendía un cigarrillo. Se quejaba de que el piano era viejo y malo. Van a tener que comprar uno nuevo. Van a comprar un piano nuevo, le dije a la mujer bajo la ventana. Y a mí qué me importa, qué me importa su

piano. ¿Quién más va allá arriba? Nosotros, los que trabajamos ahí. ¿Y los alemanes? Me pareció que se le acababa la paciencia. Seguro que ella también tenía que llevarle a alguien algún dato; con el tipo de Liubliana que tocaba el piano no podía hacer mucho. Alemanes había más bien pocos, dije. Un señor de mediana edad, creo que es médico. ¿Estaba solo? Había dos enfermeros con él; lo esperaron abajo en la cocina, Jožica les dio algo de comer. Él habrá estado arriba en el comedor, almorzando. ¿Cuánto tiempo? No sé, unas dos horas tal vez; yo estaba trabajando en el jardín, no vi cuándo se fueron. ¿No estaba Wallner? Entonces aún no sabía quién era Wallner. No vi a ninguno más, dije. Entonces hubo un ruido en la casa, al otro lado se abrió la puerta y la mujer se acuclilló bajo la ventana. No es nada, dije, mi papá anda dando vueltas a estas horas... usted sabe adónde va. Se levantó. Vas a tener que esforzarte más, dijo. Esto no es nada. Pues que no sea nada, pensé; soy un poco obstinado, como todos en casa. Todavía no sé si te vamos a confiar el contacto. Pues no me lo confíen, pensé furioso, si yo no me ofrecí. Desapareció entre los árboles sin saludar, mientras mi papá cerraba la puerta del excusado junto al establo.

Pasó mucho tiempo desde entonces, casi medio siglo, y me he olvidado de muchas cosas; pero es curioso que no me haya olvidado de cómo aquella desconocida encubierta se agachó bajo la ventana. Cuando ya estaba en el bosque le conté a Janko que su informante se había acuclillado bajo mi ventana. Pensé que estaba orinando. Se asustó de mi padre, que sí había ido a mear, como todas las noches. Nos reímos hasta las lágrimas. He olvidado muchas cosas, pero esos detalles no. Por supuesto, entonces es cuando todo comenzó, esas cosas uno se las acuerda bien.

No me olvidé de Janko, a quien enterraron hoy. Le cantaron Počiva jezero, una canción que el había cantado tantas veces en el bosque, junto al fuego del campamento o así porque sí, cuando bebía un vaso de vino y se ponía nostálgico; la letra de la canción, donde decía ...cuando brille la libertad..., tenía un gran significado para todos nosotros, y se nos hacía un nudo en la garganta, igual que hoy a mí en medio del día caluroso, cuando algo me atravesó el pecho al bajar nuestro estandarte sobre la fosa donde estaba el minúsculo cuerpo de aquel hombre en otro tiempo grande y valeroso. El amigo que me salvó la vida. Y el hombre que en algún momento odié tanto. Por causa de ella, por Veronika.

He olvidado muchas cosas, pero a Janko no voy a olvidarlo jamás. Su risa, su canto. Y a Veronika tampoco, jamás. Su andar, el aroma de su piel cuando estaba cerca. Con otras cosas me confundo, pero de ellos dos recuerdo cada detalle, cada palabra; cuando por la noche me despierto solo en esta gran casa, oigo sus voces; también ahora al

llegar la noche de este día en que pusimos en tierra a Janko Kralj.

Cuando también yo me encontré entre los compañeros en la lucha, atacábamos y huíamos, luchábamos y nos reíamos, llorábamos por los caídos y seguíamos adelante. Cuando golpeamos el arsenal de Bukovje, caminé entre cadáveres de alemanes y eslovenos en uniformes alemanes, a uno incluso lo reconocí aunque tenía el rostro todo verde. Las noches sin dormir, las fogatas en los campamentos, la montaña, el desfiladero, el camino entre las rocas, la caminata nocturna por el borde del bosque sobre el pueblo, los golpes y los disparos, con el tiempo todo se mezcló en una red que no tiene fechas ni nombres de montañas y pueblos; he olvidado muchas cosas. Además, todo está escrito en la hilera de libros que tengo en el estante de la sala de estar. No todo es exacto y no están escritas todas y cada una de las cosas; no está aquella mujer sobre quien disparamos pensando que era una soplona y que sólo estaba juntando hongos; no estaba el traidor Milan, que se coló entre nosotros pero informaba a los alemanes en lugares determinados cada vez que estaba de ronda y "se perdía", como afirmó en el interrogatorio. Y lloraba, los quiero mucho, compañeros, decía. Lo golpeamos porque no podíamos fusilarlo para no revelar nuestra posición. Eso y muchas cosas más no están en esos libros. De todos modos una que otra noche me gusta tomarlos del estante y buscar en ellos los sucesos de los que participé. Hice pintar en toda la pared de la sala de estar el bosque y un grupo de partisanos sentados en una noche de verano junto al fuego del campamento. Janko, mi hijo, miró con los ojos de par en par cuando vino de Liubliana y vio esa pintura. Me dijo que lo disculpara pero que era ridículo. Una pintura horrible. Y además, ¿cuánto hay de acá al bosque? No te hace falta tenerlo pintado en la pared. Andá al bosque, se rio, sentate en un tocón y empezá a recordar. Él no entiende eso, y hay mucho que no entiende. Cuando estoy solo, a veces abro un libro, me sirvo un vaso de vino y me siento entre los compañeros que están sentados o caminando por la pared; escucho canciones partisanas que tengo grabadas, y me gusta y me duele a la vez; eso es lo que mi hijo Janko no va a entender jamás, me gusta y me duele, todo al mismo tiempo.

Aunque la mujer que por la noche había estado en cuclillas bajo mi ventana dijo que había que ver si me confiaban el contacto, y aunque a mí en ese momento mucho no me importaba si me lo iban a dar o no, finalmente me lo dieron sin que lo pidiera. El contacto estaba en la estación de tren, y era nada menos que el jefe de estación, ese a quien admiraba desde la infancia cuando levantaba el palito con su tablita redonda en la punta. Y a mis ojos tenía un gran poder: él era el que dejaba salir a los trenes de la estación. Cuando iba hasta el tren con el palito bajo el brazo, la locomotora empezaba a bufar, los jefes de tren

gritaban pasajeros al tren para que subieran los últimos pasajeros, que se estaban despidiendo en el andén; las puertas golpeaban, y cuando levantaba el palito, el tren se movía, las ruedas empezaban a girar. Nunca me cansaba de mirar estas escenas. Cuando era niño, lo llamaba tío. Cómo se sorprendió el tío Štefan cuando una tarde entré en su oficina y le dije que yo era a quien él estaba esperando. Ésa era la frase clave. Sólo dijo, qué bueno que viniste, saludame a tu padre y volvé a darte una vuelta por acá. Así que ahora ya estaba adentro; eso era a fines del año 42.

Yo veía llegar a distintas personas al castillo, grandes señores de Liubliana, alcaldes de los pueblos vecinos, pero no informaba nada. No quería delatar a los del castillo, que me daban trabajo, me pagaban, eran amables conmigo y de algún modo los quería. Y además, ¿qué iba a decir? Cuando me quedaba hasta la noche con algún trabajo cerca de la mansión, oía a veces risas y una vez también cantos que venían desde las ventanas abiertas. No me parecía nada bien informar esas cosas al contacto. Fui a ver al tío Štefan recién cuando la señora Veronika me lastimó profundamente con su conducta, cuando vi una escena que hizo que todo empezara a girar a mi alrededor. Entonces sí le conté sobre Veronika y lo que estaba haciendo y sobre todo lo que ocurría allá arriba. Y después su palito dio paso al tren, que empezó a correr hacia él y más allá.

Antes de eso yo había estado unos días en la cárcel de Kranj.

Cuando salí del establo, una mañana fría de noviembre —lo recuerdo claramente, era un sábado, el hielo en los charcos congelados se quebraba bajo los pies—, dos camiones militares habían llegado al pueblo; por delante venía un pequeño auto particular. Salí hasta la cerca para ver adónde iban. Los automóviles se habían detenido a unos cien metros de nuestra casa, en la chacra de los Košnik. Del auto particular salieron dos tipos con sobretodos de cuero y al mismo tiempo ya saltaban los soldados fuera de los camiones. Yo no entendía qué pasaba; pensé que buscaban a alguno, se me cerró un poco el estómago, porque pensé en mis visitantes nocturnos, en Janko y en aquella desconocida. Fui hacia la casa, y antes de que pudiera contarles a mi padre y a mi madre lo que pasaba, tres con rifles en las manos patearon la puerta y entraron. Uno me señaló y dijo en esloveno que me vistiera y agarrara el documento de identidad, porque me iba con ellos. Cambió en alemán algunas palabras con los otros dos, que asintieron. Mi papá y mi mamá estaban sentados a la mesa; mi papá se puso de pie y dijo: él no hizo nada. El otro dijo solamente vamos, nada más. Mi padre se volvió a los otros dos y les dijo en alemán: nosotros somos leales, somos katholisch. Katholisch, sí, repitió uno de los alemanes y los tres se empezaron a reír. Como mi padre seguía hablando y gesticulando con las manos, el que sabía

esloveno lo volvió a sentar de un empujón en el banco. Siéntese, abuelo, tal vez no es nada, en unos días va a estar de vuelta en casa. ¿Lo van a movilizar?, mi padre quería oír algo que comprendiera y que lo tranquilizara. Claro que no me iban a movilizar; cuando lo hacían, los alemanes mandaban primero una carta que traía el correo, y sólo si uno no se presentaba el día estipulado venían a buscarlo. Cuando salí, ya había algunos muchachos y hombres mayores de nuestro pueblo junto a los camiones. Subieron rápidamente a los dos camiones cubiertos con toldos de lona; yo también subí, y detrás subieron los soldados. Nos sentamos bastante apretujados ahí arriba, y nos mirábamos sin hablar. En Kranj nos amontonaron en una celda; éramos unos cincuenta, pero oímos que al patio estaban llegando nuevos vehículos, y por el rumor de pasos y voces supimos que habían levantado a muchos más que los que estábamos apretujados en esa celda. Después empezaron a sacarnos de a dos o tres de la celda. Evidentemente, no sabían nuestros nombres; los que volvieron decían que había que mostrar primero el documento en las oficinas y dar información que ellos iban corroborando con la ayuda de nuestros papeles. Conmigo fue igual; en diez minutos la cosa terminó. Después de eso empezó la espera. Venían los guardias y llamaban por el nombre a algunos. A ésos los interrogaban. A algunos también los golpeaban. Oíamos los golpes, los gritos y los alaridos. Unos volvían sonrientes, otros sangrando y con moretones que se extendían a toda velocidad. Contaban que les daban con una fusta. Estaba hecha de trenzas de vergajo seco, y bajo sus golpes la piel se destrozaba. Durante bastante tiempo no supimos qué era lo que estaba pasando. Después en aquella celda se corrió la voz de que nos habían tomado como rehenes. Los partisanos habían emboscado a un oficial alemán de alto mando, que iba hacia Bled con una comitiva, y le habían disparado. Habían caído además algunos soldados. Lo que eso significaba estaba claro para todos nosotros. Iban a fusilar a los rehenes que habían tomado a ciegas por los pueblos. Sus nombres iban a aparecer en los carteles rojos que a veces leíamos en la estación de tren. Tenían el ominoso título que todos conocíamos: Bekanntmachung! Pero antes de que eso ocurriera iban a intentar exprimirnos para obtener alguna información. Y después el asunto de llamarnos por los nombres, llevarnos y traernos se extendió todo el día y buena parte de la noche.

Nunca tuve tanto miedo como aquellos tres días con sus noches en la cárcel de Kranj. Esperaba que me llamaran y me preguntaran qué sabía de Janko Kralj y quién era la mujer que había tocado a mi ventana por la noche. Quién era mi contacto. Pensé en el jefe de estación que levantaba el palito en la estación de tren. Uno dijo que los ponían contra el paredón y después a cambio de la vida les hacían

firmar una declaración que decía que iban a colaborar con ellos. Después andaban por el mundo como delatores, dijo otro. Yo estaba firmemente decidido a no decir nada, pero uno nunca sabe cuál es el límite de su resistencia. Entre nosotros se extendió el terrible rumor de las torturas, los latigazos con la fusta que desgarra la piel y rompe los huesos, las uñas arrancadas de los dedos y los golpes en las plantas de los pies. No había necesidad de susurrar, lo veíamos con nuestros propios ojos en algunos de aquellos pobres diablos que traían de vuelta a la celda. Después volvió a correr la voz de que nos iban a fusilar a todos por el asesinato del oficial alemán; no iban a elegir más. Me quedé junto a la pared, ya veía mi nombre en el cartel pegado en la pared de la estación de tren, Ivan Jeranek, campesino, Poselje; el tío Štefan iba a ser el primero en leerlo y avisaría en mi casa, podía despedirme de mi padre y mi madre, de Pepca, y de las amables personas de Podgorsko, de los animales y árboles, del viejo peral y del jardincito, de los bosques sobre el pueblo y de las vacas del establo.

Al tercer día, un muchacho de Gorenja vas que conocía de vista gritó: mirá, es Wallner. El muchacho estaba parado sobre un banco junto a la ventana de la celda y miraba hacia afuera. Me le acerqué y vi en el patio a un hombre con uniforme negro y botas lustrosas que estaba hablando con alguien. Ése es Wallner, susurró el chico, es de la Gestapo. Si te agarra ése, estás frito. A mí me llamó más la atención el otro; llevaba un guardapolvo médico desabrochado, por debajo tenía su uniforme militar.

A ése lo conozco, dije.

¿A Wallner?

No, a ese doctor. Va a Podgorsko.

Canalla, dijo el chico de Gorenja vas, son todos iguales.

Wallner señalaba con la mano hacia nuestra ventana; el médico también se volvió y nosotros dos bajamos del banco de un salto.

A mediodía me soltaron. Tuve una suerte de mil demonios. No me interrogaron ni una vez. Entró a la celda un esloveno en uniforme policial alemán y gritó: Ivan Jeranek. Me puse de pie, tenía las piernas pesadas como si arrastrara un lastre. Vamos, dijo. Fui despacio detrás de él, me seguían las miradas compasivas. Pero ya en el corredor, cuando cerró la puerta tras de sí, dijo, tenés suerte, Jeranek. Estás libre. Se me salió un peso de encima, como si hubiera estado arrastrando una gran viga que de pronto había caído al suelo. Y es que estaba bien, si lo miro con ojos racionales, que me soltaran, qué otra cosa había hecho en realidad, más que contar que iban a comprar un piano nuevo. Pero bien podrían haberme dejado adentro; cuando necesitaban rehenes no se fijaban mucho quién era culpable, es decir, quién estaba conectado y quién no. Tuve una suerte de mil demonios.

No fui el único, soltaron a algunos más. A algunos nos soltaron, a otros los fusilaron. Me fui casi corriendo a la estación de tren, y esperé unas dos horas el tren de Liubliana, temblando de frío, por el frío de noviembre, pero también por la felicidad de haber salido en libertad. A algunos de los de aquella celda los fusilaron, entre ellos a ese muchacho de Gorenja vas con que mirábamos por la ventana al patio, donde estaban Wallner y ese doctor que iba al castillo. Encontramos sus nombres en los carteles rojos con el ominoso nombre de Bekanntmachung!, que colgaban por toda la ciudad y todos los pueblos; uno de ellos estaba en Poselje en la estación de tren.

Llegué a casa completamente mareado. Por unos días no hablé con nadie. Estaba feliz de estar vivo, y aterrorizado hasta el tuétano. Pero si eso era justamente lo que querían, que los que saliéramos estuviéramos tan aterrorizados que ni se nos pasara por la cabeza cooperar con los bandidos, como les decían los alemanes a los nuestros.

Después de un tiempo volvía a ir a Podgorsko, vino a buscarme Jožі, el ama de llaves de la mansión, que allí era la que se ocupaba de todo, qué iban a comer y tomar, qué iban a plantar en el huerto y en el campo, se ocupaba de la anciana señora, supervisaba la cocina y a las mucamas, trabajaba en el jardín y se metía en todo también. Dijo que la señora extrañaba mucho mi ayuda, que nadie sabía cuidar de los caballos como yo. Dudé un poco, y fui arriba recién cerca del mediodía. Para que no pensaran que iba corriendo ante el primer llamado como un siervo.

Y en verdad Veronika fue más amable que nunca conmigo. ¿Dónde se nos había perdido, Ivan?, dijo. Me invitó a entrar a la mansión. Por primera vez entré por la puerta principal, por donde entraban ellos y sus huéspedes. Hasta entonces siempre había entrado por la puerta lateral, a la cocina, al lugar de junto, donde almorzábamos los del personal de servicio. También había estado en el cuarto de caza, en el sótano, entre cabezas embalsamadas de ciervos y jabalíes. Una vez, después de la caza, el señor Leo nos había invitado a entrar. Ahora ella, Veronika, me invitaba al comedor. Nos sentamos a la mesa, Jožі trajo una botella de vino y Veronika me sirvió ella misma una copa. Sólo a mí, ella comía unos bizcochos. Yo estaba en ropa de trabajo y me sentía incómodo de estar sentado a esa mesa. Me dijo que me había extrañado, que nadie sabía tratar a los caballos como yo. Me mostró unas pinturas al óleo que estaban colgadas sobre las paredes; en una estaba ella: hace años, dijo, cuando todavía era joven.

Pero si lo sigue siendo, dije y la miré a los ojos.

No desvió la mirada. Desde sus ojos me alcanzó el pecho algo cálido; el corazón me empezó a palpitar. Después se rio, qué amable que es usted, Ivan, dijo, y se volvió hacia la puerta. Y entonces, ¿para

cuándo la boda?, preguntó de pronto. Aún no sabemos, dije, tal vez sea pronto. Sólo dígame cuando será, dijo, así busco alguna cosa, le gusta el color azul, me dijo, ¿claro u oscuro? Me acompañó hasta afuera, en el vestíbulo alcancé a ver un animal extraño, embalsamado. Este es el cocodrilito, dijo. Mi bestezuela. Lo compramos cuando todavía estaba en Liubliana. Después mordió a Leo y lo tuvimos que entregar al veterinario para que lo sacrificara. Estuve un buen rato mirando a aquel animal. Y otro buen rato me palpitó el corazón, no por la bestezuela, sino por su cercanía y su calidez. De cualquier modo fue cálida de un modo distinto que con Janko aquel domingo. Y de un modo distinto que con sus huéspedes, cuando los tomaba del brazo y los llevaba a la casa.

Todavía no sé si sabía que yo había estado entre los que habían encerrado en la cárcel de Kranj o si de verdad me había extrañado. Claro que sólo como un trabajador más, a mis manos de oro, que saben todo, y en especial cepillar sus caballos cuando vienen de cabalgar por la nieve.

No obstante su amable acogida, desde entonces veía a los huéspedes del castillo con otros ojos. Con mis propios oídos había escuchado lo que hacían en aquella celda de la Gestapo con nuestra gente los oficiales que nadie había invitado a venir a nuestra tierra. Y con mis propios ojos había visto a los que habían recibido palizas y eran arrojados como troncos de vuelta a la celda. Y a esos oficiales los invitaban los señores del castillo a la mansión Sotomontana, les organizaban cenas, a veces iban juntos con Leo al puesto de caza y fulminaban a algún ciervo. Como tras la pared del patio en la cárcel fulminaban a alguno de los nuestros. Con mis propios ojos había visto a Wallner y al médico que iba al castillo. Y a la pared enmohecida sobre la que fijaba la vista y me despedía de mi familia y amigos, de los bosques y campos, de todo. Para mí éstas ya no eran sólo visitas; pensé que ahora sí iba a empezar a anotar algún número de patente o algún nombre y se lo iba a llevar al tío Štefan a la estación de tren.

Pero la vida seguía su curso, en casa había mucho trabajo, y además iba al fundo de Podgorsko. Por la noche volvía molido y escuchaba a mi padre leer el Slovenski dom y me contaba lo que pasaba en el mundo. Qué otra cosa iba a pasar, había guerra en todas partes, en África y en Rusia. A veces escribían sobre las pandillas comunistas en nuestras tierras. Cada vez se hablaba más de eso. Dispararon sobre el dueño del restaurante de Gorenja vas. El tío Štefan me puso en la mano un panfleto del Frente de Liberación, donde decía que habían ajusticiado al dueño del restaurante por traidor, porque colaboraba con la ocupación. Escribían también que se acercaba el día de la libertad y que todos los siervos de las distintas ocupaciones iban a irse por donde habían venido. Yo ya tenía edad para que me

movilizaran; los alemanes nos llamaban a las filas siendo cada vez más jóvenes, y a menudo pensaba que iba a hacer lo que hacían muchos de los muchachos de por aquí. Cuando recibían la citación, en lugar de ir al punto designado de movilización se iban al bosque y se sumaban a los nuestros. Nadie sabía qué era peor, si el frente ruso o andar escondiéndose por los bosques que peinaban los alemanes de la ocupación. Muchas veces pensaba en Janko, si estaría aún vivo o si aparecería alguna noche tras la puerta con su chaqueta de cuero y su estrella roja en la gorra. Ahora ya casi quería que apareciera, todo sería más simple. No volví a ver a aquella desconocida. Sólo el jefe de estación seguía de pie en el andén con su palito bajo el brazo y despedía los trenes con pasajeros. Cuando pasaban corriendo algunas formaciones cargadas con cañones y tanques, él sólo salía y levantaba la mano hacia su gorra, para saludar al maquinista y al fogonero. Una noche lo encontré en el pueblo y me hizo un gesto con las cejas, como si quisiera preguntarme algo.

Me presenté ante el contacto en agosto del 43, un poco antes de la capitulación de Italia.

Fue aquella mañana que había visto junto al estanque a Veronika con su... acompañante.

Me levanté al amanecer y me encaminé hacia Podgorsko. Era la última gran siega, la llamamos unuka, y entonces ahí uno está un poco tenso, en poco tiempo hay que hacer todo para que no nos vaya a arruinar el trabajo alguna tormenta repentina. Un día antes habíamos segado, esta mañana había que voltear el heno con el primer sol alto. Por la tarde quería hacer lo mismo en los prados de la chacra, bajo el bosque no lejos de casa. La mañana era linda, sin nubes, y todo parecía indicar que el día iba a seguir sin riesgo de que la lluvia nos arruinara la siega y todo iba ir sobre rieles. Así que estaba de buen humor aunque durante todo el viaje pensaba tenso si habría suficientes ayudantes y cómo nos íbamos a repartir el tiempo para que todo estuviera listo en los dos lados. Fui silbando hacia el pajar y agarré las herramientas abajo; luego me fui a la parte de arriba a preparar el lugar para el heno que pronto íbamos a almacenar allí.

Cuando salí, los vi. A los dos. A ella, Veronika. Y a él, al oficial alemán. Estaban junto al agua y él le tomaba la mano. Ella estaba frente a él y lo miraba a los ojos. Como me había mirado a mí en su comedor. Como cuando su mirada se me clavó en el pecho, ahí donde está el alma, que cuando se inquieta nos hace palpitar el corazón. Ahora también me golpeaba, me golpeaba el corazón ahí dentro del pecho como si fuera un tambor, y desde ahí me llegaba hasta la cabeza; sentía que me estallaban las sienes. Así que de esto se tratan las visitas. La noche anterior habían llegado automóviles a la mansión, y por la noche se habían ido; no había ninguno frente al castillo ni

abajo en el camino. Así que el alemán había dormido en la mansión de Zarnik. ¿Con ella? ¿Con su mujer? Seguro que ella lo iba a llevar de vuelta. ¿Y dónde estaba su marido? Seguramente en Liubliana. Pensé que había que decirle lo que estaba pasando en su casa. Me trepé por la escalera al pajar y me quedé sentado en el suelo de madera. Estaba totalmente mareado por lo que había visto. Hasta temblaba un poco. Todo estaba claro. No sólo que ella estaba dispuesta a llevar a Janko en la motocicleta y tolerar sus manos dando vueltas por su cuerpo. Después de la larga noche que había pasado con un alemán, se paseaba con él al amanecer junto al estanque.

Qué puta, dije casi en voz alta, puta alemana.

Fui en silencio hasta la pared de madera y los miré a través de una grieta. Ahora estaban caminando junto al agua vueltos hacia mí. Yo veía el rostro de él con claridad. Era él, el médico que andaba por el castillo cada vez que se presentaba la ocasión. Bebía con Leo en el cuarto de caza. Traía flores y botellas de vino. Era él, el que estaba con el guardapolvo médico desabrochado en el patio de la cárcel de la Gestapo en Kranj, hablando con Wallner. El que cae en manos de ese Wallner, el de las botas lustrosas, está frito, había dicho el chico de Gorenja vas. Mi furia crecía: no sólo una puta alemana, era una puta de la Gestapo.

Estuve toda la mañana entrando parvas de heno. Miraba hacia la mansión; a veces mientras segaba o cuando guardaba el heno, ella venía, traía algo para comer, agua y aguardiente. El agua para la sed, el aguardiente para dar fuerza. Esta vez no vino. Claro, después de semejante noche. Vino Jožica. Le pregunté quién era aquel doctor que venía al castillo. Ah, dijo ella, es un buen hombre. Estuvo en el frente ruso. Qué me importa que haya estado en el frente ruso, pensé, qué pena que no lo hicieron tronar allá. Pregunté cómo se llama. Horst Hubmayer, es de Bavaria. Ahora sabía todo.

A la noche fui al contacto y dije lo que había visto.

El tío Štefan estaba sentado en su oficina, inclinado sobre unos papeles; estaba al teléfono avisando a alguien acerca del tren de carga que acababa de pasar. Levantó la vista y me hizo una seña para que esperara a que terminara. Después dejó el auricular y esperó sin una palabra a que le dijera lo que había venido a decir. Conté lo que había visto. Bueno, sí, dijo perezoso, nada importante. ¿Cómo que nada importante?, me enfurecí. Ese oficial, Horst Hubmayer, ese bávaro es un partidario de Hitler que tiene relaciones con la Gestapo. Lo vi en el patio de la cárcel hablando con Wallner. Wallner fue la palabra que lo sacó de su letargo. Se puso de pie y empezó a caminar da aquí para allá. ¿Estás seguro?, preguntó. Completamente, contesté. Voy a informar yo también, dijo, vos calladito la boca, ¿entendiste? No te preocupes, dije decidido, sé de qué se trata. No sabía con exactitud de

qué se trataba, pero de algo se trataba, eso lo supe por la forma en que el jefe se había levantado y empezado a andar por la habitación cuando oyó el nombre de Wallner. Ya estaba por irme cuando se me ocurrió algo más. Me gustaría hablar con Janko, dije. Eso va a estar difícil, dijo el jefe de estación, él está en el batallón.

Quiero unirme, dije.

Se me quedó mirando un rato. ¿Te irías al bosque? Sí, dije, cuanto antes, mejor. Bueno, dijo; andá a tu casa y hacete el que no pasa nada. Y seguí yendo al castillo de Zarnik también. Cuando sea el momento, los nuestros te van a ir a buscar. Empezó a sonar el teléfono, y levantó el auricular. Andá nomás ahora, dijo, está llegando un tren. Algo más, dije. Tomó la gorra y el palito y salió al andén. Fui detrás de él. ¿Lo va a liquidar, a Hubmayer? A lo lejos empezó a pitar la locomotora, llegaba el tren. Eso no es cosa mía, dijo en voz baja, un poco nervioso, quería eludirme. El tren se detuvo entre chirridos. Algunos pasajeros nocturnos bajaron conversando. Al final del andén lo miré mientras hablaba con el maquinista. Después volvió algunos pasos y levantó el palito con su tablita redonda en la punta, el pequeño remo que yo había mirado durante toda la infancia. No era el tío Štefan, era el poderoso hombre que decide las llegadas y las partidas, que tiene bajo su mando la gran locomotora y toda la formación de pesados vagones detrás. La locomotora tosió, las ruedas se deslizaron por los rieles y empezaron a rodar, el tren se movía. Cada vez más rápido, lo vi alejarse en la oscuridad con sus ventanitas iluminadas, desaparecer tras la curva y volver a aparecer detrás de la montaña; ahora iba a toda velocidad, oía las vías vibrar, el tren corría como si ya no pudiera detenerse nunca más. Corría hacia Veronika y más allá.

En enero del 44 estaba otra vez en el castillo. Vestido con el viejo sobretodo austríaco que le había sacado a mi padre, y con una carabina italana que me había dado Janko.

Era un invierno frío; la compañía acampaba en lo alto, más arriba del puesto de caza de Zarnik. El comisario de batallón, Kostja, eligió a veinte de los que estábamos en la compañía de Janko para la acción en la mansión de Zarnik. Diez iban a montar guardia en las entradas y preparar la emboscada junto al camino. El comandante Janko iba a dirigir la custodia, y con los otros diez Kostja iba entrar al castillo y hacer lo que había que hacer. El objetivo de la acción: cortar la conexión entre los traidores domésticos y el cuartel general de la ocupación. Desenmascarar la red de los traidores. También iba a hacerse una requisa. Más no teníamos que saber; el resto lo sabían Kostja y dos de inteligencia, que se nos habían sumado. Uno de ellos se llamaba Peter. Peter tomó la palabra: todos sabemos que el industrial Zarnik es un opresor del pueblo trabajador; que explota a sus obreros en la fábrica; ahora sabemos que también es un agente de

la ocupación. Esto lo hemos descubierto después de una extensa recolección de datos. Tenemos nuestra gente entre el personal de servicio. Nuestro informante, siguió Peter, nos avisó ya a fines de agosto que su esposa se reunía con el oficial de la Gestapo Hubmayer.

Me miró a mí. Sentí que todos se iban a volver hacia mí. Pero no. Respiré aliviado. A ese Peter no lo había visto nunca, pero él sabía que yo era su informante. Nuestro movimiento estaba lleno de secretos; sólo él sabía que yo había entregado ese dato; tal vez Janko también, pero a mí Janko nunca me lo dijo, ni entonces ni después. A eso le llamábamos conspiración. No sabíamos nada unos de otros, pero la conducción sabía todo, los de inteligencia también sabían todo. Eran gente de cuidado, peligrosos; cuando aparecían por el batallón, había un clima de malestar. Siempre podían sospechar de alguno de nosotros. Descubrieron al traidor Milan, lo interrogaron y lo liquidaron ellos, los de inteligencia; y él dijo ante toda la compañía que nos quería mucho. Antes de que lo zurráramos, porque no debíamos dispararle. Me corrió un frío por la espalda cuando oí las claras palabras del oficial de inteligencia, Peter, y por su mirada entendí que de algún modo yo había ayudado a decidir esta acción. Ahora de pronto era uno de ellos, un informante de inteligencia. Un delator. Der größte Schuft, Denunziant. Cuando di mi reporte a Štefan pensé que lo que fuera a ocurrir —fuera lo que fuera— iba a ocurrir sin que yo estuviera presente. Lo que le fuera a ocurrir a Hubmayer; no pensé que algo podía pasarle a Veronika. Si es que algo pensé en medio de esa furia contra el médico, contra Veronika, contra todo. Ahora quería decir que tal vez Hubmayer no era de la Gestapo y que yo no había dicho eso, que lo que le había dicho al tío Štefan era que el médico había sido movilizado al frente ruso. El de la Gestapo era Wallner; aunque es cierto que los dos estaban conversando. Y en el patio de la cárcel.

Con el oficial de la Gestapo Hubmayer, continuó el compañero Peter, que ya asesinó a nuestros hermanos eslavos en Rusia. Podemos imaginarnos, dijo, lo que su querida le habrá susurrado al oído en la cama. Los otros se rieron por lo bajo. Él es un agente de la Gestapo, concluyó Kostja, ella es una puta de la Gestapo. Los vamos a interrogar, y vamos a ver qué es lo que estos dos traidores del pueblo esloveno llevaron ante las narices de la ocupación. Estaba por acercarme a Janko; quería decirle que prefería no ir, que allá todos me conocían. Pero iba a parecer que tenía miedo de la acción, tal vez hasta pensaran que simpatizaba con los traidores y los agentes de la Gestapo. Peter dijo que habían hecho una investigación, así que mi aviso sobre Hubmayer no podía haber sido decisivo. Me consolé con esa idea incluso después, cuando bajábamos por la ladera boscosa entre la espesa nieve. Le dije a Janko que prefería estar en el grupo de

guardia. Está bien, dijo Janko, venís conmigo. El comisario Kostja, cuando me oyó, se echó a reír: ¿qué, no querés ver a tus amos, no? Prefiero estar en la guardia, dije cortante. Los dos sabíamos que era cierto, yo no quería estar ahí, al menos para mí no eran mala gente; si por lo demás habían hecho algo malo, no lo sabía. Ni siquiera hoy lo sé. Eso lo saben Peter y Kostja, tal vez también lo sabía Janko. Tal vez él lo entendía; yo tan sólo no quería que los compañeros vieran mi debilidad o mi compasión por el enemigo. Si por ejemplo la señora o él me dirigían la palabra, yo seguramente no iba a poder gritarles que no me hablaran; si es que no eran malos, al menos no conmigo; qué le habían hecho a la nación eslovena y al pueblo trabajador era otra cosa, eso lo sabía bien el comisario.

Y así terminé frente a la mansión Sotomontana. Jamás hubiera pensado que iba a estar ahí parado con un fusil en la entrada. Los nuestros entraron; se oían palabras en voz alta, órdenes, el ruido de pasos por las escaleras de madera, las preguntas temerosas de las mucamas y del resto del personal de servicio que habían metido en la cocina. Después se encendieron las luces de arriba y volvieron a apagarse. Después de un rato todo se silenció, reinó la calma, llegaban voces aisladas desde el sótano, donde los nuestros estaban comiendo algo de salame y queso y tomando vino. Lo sé porque Jožica llegó al patio, no sé si quería salir a buscar ayuda o sólo daba vuelta por ahí como ganso desorientado por el miedo. Le apunté con el rifle, no vas a ningún lado, le dije. Ella me miró con los ojos como platos y gritó: ¡pero si sos vos, Ivan! Estaba muy nerviosa. Quería saber qué estaba pasando. Después se puso a hablar en medio de una confusión, primero que fuera adentro a explicar, después que me iba a traer salame y queso y vino también a mí, y al final empezó casi a aullar: ¡pero no les van a hacer nada! ¿no? Tuve miedo de que alguien la escuchara; yo estaba de guardia, y eso no es broma, sino una gran responsabilidad; le dije que desapareciera, que volviera inmediatamente para adentro, por donde había venido.

Balbuceó alguna cosa, corrió hacia adentro, tropezó y se cayó en la nieve, y luego desapareció dentro de la casa.

Después de eso, el tiempo se me hizo largo. Estuve zapateando por la nieve, no sólo por el frío sino también porque quería que todo terminara de una buena vez y yo pudiera irme de ahí. Del lugar donde conocía cada mata, la gran puerta y el cerco, los caballos allá abajo en el establo. Y también a todas las personas que ahora estaban encerradas en la mansión. No sabía qué se proponían hacer con ellos. Tal vez iban a interrogar a Zarnik, quizá buscaban algunos papeles. Esperaba que no asustaran demasiado a Veronika. En todo caso a ella no le deseaba nada malo, aunque estaba enojado con ella, en especial desde aquella mañana en que la vi junto al estanque. Miraba hacia

abajo, al camino donde Janko estaba con los otros en la emboscada. Me parecía que en cualquier momento iba a oír el rumor de los automóviles alemanes. O que directamente iba a oír tiros; muchas veces pasaba que había silencio y de repente se oían disparos. Y corridas. A veces también peleaban, pero en este caso habrían sido corridas; estábamos casi en el valle, y habría que haber huido, no se podía combatir ahí. De la casa venían de nuevo ruidos de pasos por las escaleras y el corredor; a veces alguna orden en voz alta, el llanto y las palabras fuertes de una mujer; creo que la reconocía, era la cocinera, Fani. Después empezaron a apagarse las luces, como si la fachada del gran edificio cerrara los ojos, uno tras otro. Después de unos minutos el edificio estaba a oscuras.

Sólo en una ventana brillaba la luz; evidentemente se habían olvidado de apagarla.

Por la puerta empezaron a salir los nuestros con mochilas cargadas. Cargaron algo hasta el patio, en la nieve; supe que eso lo íbamos a tener que llevar los guardias. Respiré aliviado: la acción estaba por terminar. Respiré también porque pensé que sólo se trataba de una requisa. Pero en ese momento aparecieron en la puerta los dos, Veronika y Leo, y detrás de ellos salió el comisario Kostja. Estaban vestidos con ropa de invierno y tenían los borceguíes puestos. Ella tenía un gorro de lana sobre la cabeza. Aunque la casa todavía estaba a oscuras, vi claramente su rostro iluminado por la luz de la luna. Miraba hacia abajo, temí que levantara la cabeza y me mirara a los ojos. Admito que se me estrujó el corazón. Ahora sabía que venían con nosotros y que esto no podía terminar bien. Leo se volvió hacia mí; yo di un paso hacia atrás, a la sombra contra la pared. La noche era luminosa, casi plateada. Todos estábamos en silencio. Quise no haber estado ahí. Si unas horas antes se lo hubiera dicho a Janko, tal vez podría haberme quedado con el batallón y esto hubiera ocurrido sin mí. Pero no, todo ocurría en mi presencia. Alguien corrió hacia afuera y bajó al camino; esperamos a que viniera la guardia y avanzamos todos hacia la montaña.

Entonces desde la mansión se oyó cantar.

Fue algo verdaderamente extraño, algo que es difícil olvidar. Estábamos todos ahí en el patio, esperando en silencio; el comisario Kostja iba de acá para allá y miraba su reloj; Veronika temblaba de frío o quizá de miedo. Leo le pasó el brazo por sobre los hombros y le acariciaba la espalda con la mano enguantada, como si quisiera darle calor. Dejó de temblar y lo miró agradecida y a la vez preocupada, asustada. Y entonces en medio de ese silencio se oyó cantar tras las ventanas cerradas. Todos miramos hacia arriba, a la ventana donde había luz. Era una voz de mujer que cantaba una canción monótona; no se podía distinguir la letra, sólo la repetición monótona de la

melodía desconocida. Recién en ese momento recordé que ésa era la ventana de la anciana señora. A menudo la veía sentada ahí en los días de verano, desde que no podía caminar se sentaba junto a la ventana; a veces también canturreaba en voz baja o hablaba con alguien en el cuarto. Veronika llevó la mano a sus ojos; volvió a temblar, tal vez estaba llorando. Kostja se inquietó, llamó a uno y lo mandó a la casa. En ese momento los de la emboscada con Janko a la cabeza ya estaban entrando al patio. El que iba arriba se detuvo; Kostja hizo un gesto de desdén con la mano, dejémoslo. Nos echamos las mochilas restantes al hombro y nos dirigimos rápidamente al bosque.

Aún hoy me parece escuchar el canto de la anciana señora del castillo. Su hija estaba de pie, bajo custodia, en el patio, un momento antes de salir, y ella allá arriba cantando como si no supiera nada o como si estuviera un poco confundida. Era un poco desconcertante oír algo tan extraño.

Más adelante la volví a ver. Otra vez en la ventana. Pero en Liubliana, en mayo del 45, el día que habló el mariscal. Los del pueblo nos reunimos en una calle de las afueras; creo que era en Moste, la ciudad es grande y la conozco poco. Cuando avanzó el desfile con la banda y las banderas, miré hacia las ventanas, desde donde nos saludaban los ciudadanos emocionados. En una de las ventanas abierta de una vieja casa de donde se desprendía la mampostería, estaba sentada la anciana señora. Presté atención porque era la única ventana que no estaba decorada con flores de primavera y banderitas. Apenas la reconocí; ahora se veía muy vieja, una verdadera anciana con el pelo revuelto y sucio. Ella también me miró, porque me detuve. Estaba por levantar la mano para saludarla, pero la volví a bajar; no tenía ningún sentido. Ni me pregunté qué estaba haciendo ahí; estábamos felices, éramos desenfadados; la banda tocaba, íbamos a la plaza a escuchar hablar al mariscal. La vida sigue andando, algunos se quedan rezagados.

Formamos una fila y nos adentramos en la montaña nevada. El estrecho sendero estaba pisoteado, porque la noche anterior habíamos dormido en la cabaña de caza; ahí habíamos estado también durante el día, y a la noche bajamos por la nieve espesa hasta la mansión. Regresamos por el mismo camino; después de una hora de marcha volvimos a detenernos en la cabaña de caza de Zarnik. Como había estado montando guardia abajo, Janko no me asignó ningún lugar. Los guardias se apostaban más abajo; arriba no había nadie, ahí habitualmente nos retirábamos cuando descansábamos en la cabaña, comíamos o nos despiojábamos, y cuando hacía más calor hasta lavábamos la ropa en el arroyo cercano, bosque adentro. El comisario Kostja, Peter, el de inteligencia, y algunos de los suyos se fueron con

los del castillo a la cabaña; Janko, yo y uno de Primorska, que unos días después cayó en una persecución, nos quedamos afuera.

Yo estaba parado a unos metros de la cabaña de caza. Oía cada palabra. Primero interrogaron a aquel criador de caballos que habíamos encontrado esa noche en la cocina del castillo. Los de inteligencia suponían que era justamente él el nexo entre Zarnik y los de la Gestapo en Kranj. Alguien le ordenó que diera vuelta los bolsillos y vaciara la mochila. Oímos el ruido de los objetos que cayeron sobre la mesa, unas hebillas de metal o algo así, monedas. Después hubo silencio por un rato. No hay nada, dijo uno. Después Kostja tomó el control en sus manos. ¿Qué hacía en el castillo? ¿Quién lo había mandado? ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Zarnik? El tipo contestó con voz trémula y asustada que había ido por un caballo dañado; habían hablado de la compra de uno nuevo, es decir de la venta. Zarnik lo confirmó. Confesá que estás acá por el contacto, gritó Kostja. ¿Por qué contacto?, gimió aquel hombre; un instante después cayó una bofetada. Y otra. Por el contacto con la Gestapo. Siguió un golpe sordo. Se oyeron sus sollozos y gemidos. Mirá, dijo uno, se meó encima. Así te cagues encima no te va a servir de nada, dijo el de inteligencia. Dejalo, Peter, dijo Kostja. Después Zarnik estuvo explicando algo sobre los caballos. Dijo que Veronika amaba los caballos, se había afligido mucho cuando uno se quebró la pata y hubo que sacrificarlo, así que inmediatamente llamaron a aquel señor para que les recomendara un nuevo caballo, tal vez un lipizzano. ¿Y éste va estar mascullando mucho sobre los caballos?, dijo el de inteligencia, el tal Peter. Dejá de mascullar sobre caballos y mejor contá qué relación tenés con la Gestapo. En voz baja y razonable —como hablaba siempre que encargaba un nuevo trabajo—, Zarnik dijo que esperaba que olvidaran la comida que él suministraba en el puesto de caza, la ropa y la imprenta que con gran dificultad había comprado en secreto y un año antes habían llevado desde su patio. Ésa fue una buena farsa, dijo Kostja, nos entregaste la imprenta para poder ocultar mejor tu colaboración con la Gestapo. Sabemos que aquella noche llegó a la mansión Zarnik el oficial de la Gestapo Hubmayer, dijo Peter, vio lo que estaba pasando y se hizo el que no veía nada. Así que también él sabía de la farsa.

Entonces intervino Veronika. Señor Peter, dijo, el señor Horst Hubmayer no es oficial de la Gestapo, es médico. Por unos segundos se hizo un silencio. Me pareció muy osado que en ese momento abriera la boca. Si ella hasta ese momento no era sospechosa. Evidentemente quería salvaguardar a su marido, eso era más que evidente. Y quiso aprovechar el silencio que reinaba después de su sorpresiva intervención para distender un poco los estados de ánimo. ¿Usted es Peter?, dijo con tono amable; parecía que la estaba viendo

sonreír afablemente mientras lo decía. Su sonrisa y su tono amable podían desarmar a cualquiera. Mi papá también se llamaba Peter, dijo en voz baja. Recordé cómo a veces, cuando conversaba con ella, se me aflojaban las rodilla ante esa voz y esa sonrisa. Por una cierta calidez que irradiaba esa mujer, por su femineidad. Puta de la Gestapo, gritó Peter, ¿qué tengo que ver yo con tu padre? Pensé que... dijo. Hubieras pensado antes, puta, gritó Peter, antes de hacer de puta de la Gestapo... cayeron unos golpes, esta vez evidentemente sobre ella, aunque ni siquiera se quejó. Hubo un silencio; alguien respiró profundo. Vamos a ver, dijo luego Kostja, pongamos un poco de orden. Vamos a conversar sobre todo; tenemos mucho tiempo, como mínimo hasta el amanecer. Vos, le dijo a uno, andate de acá. Ocupate de tus matungos. Evidentemente esto estaba dirigido al criador de caballos. Y si llegás a abrir la boca sobre dónde estabas, te vamos a buscar y a reventar como a un sapo. Peter agregó: sabés bien que sabemos dónde encontrar a todo el mundo. Ni una palabra, lo juro, ni una palabra, repitió el tipo y gimió como un chico, ni una palabra a nadie. Se abrió la puerta y el tipo salió volando por la nieve con ojos aterrorizados. Janko se puso a reír. Pero qué te pasa, dijo, tendrías que estar feliz. Estoy feliz, muy feliz, de verdad feliz, balbuceó el criador de caballos. Janko se volvió hacia mí. Acompañalo abajo por el camino, y ahí dale una patada en el culo, para que baje más rápido.

Vamos, dije, y fuimos hasta mitad de la montaña, desde donde siguió por el sendero pisoteado. Hacia arriba sólo quedaban nuestras huellas, porque según viejas costumbres arrastrábamos ramas a nuestro paso para borrar las huellas. Se daba vuelta asustado todo el tiempo y trastabillaba. Seguro que pensó que le iba a disparar por la espalda. No disparábamos sobre los inocentes, sólo sobre los agentes y los traidores. Y éste en realidad estaba acá por casualidad y tuvo mucha suerte de que lo hubiéramos soltado. En realidad hasta el día de hoy no puedo entender por qué Kostja tomó esa decisión. Quizá él también era de los nuestros, quizá por eso mismo estaba en el castillo antes que nosotros. Y habían tenido que mantener el secreto, la gran conspiración, simulando un interrogatorio, hasta con la bofetada. No sé. Si era de los nuestros era un buen actor; nadie que haya participado en la acción podría creer que cooperaba con nosotros. Y si no era de los nuestros, tuvo una suerte increíble. Cuando llegamos al claro nevado sobre el camino lo encañoné entre las costillas y le ordené que desapareciera. Lo vi correr por aquel camino abajo, caer, rodar y levantarse todo mojado y blanco de nieve. Cuando ya estuvo muy lejos aún seguía dándose vuelta para mirar. No podía creer haber salido con vida. Corté una gran rama de un abeto y la arrastré tras de mí al volver al puesto de caza de Zarnik. Janko mostraba sus dientes blancos desde lejos, y cuando estuve cerca me susurró risueño: ¿le

diste una patada en el culo? Me pareció raro que susurrara. Estábamos muy arriba, apenas si se veía alguna luz en el valle; nos rodeaba la seguridad del bosque y la nieve, no había ninguna razón para susurrar. Pero Janko frunció la cara y sacudió la mano como si la hubiera sacado del agua hirviendo. Acá la cosa está fea, susurró. Recién ahora veía al de Primorska, que estaba apoyado en un árbol y se tapaba los oídos.

Entonces yo también oí el golpe sordo sobre el cuerpo y el grito de Zarnik seguido de un largo gemido. Hubo un ruido como si alguien diera vuelta una silla, pasos aquí y allá, jadeos, golpes, un cuerpo arrojado contra la pared. Te voy a romper todas las costillas, dijo resollando Peter, todas.

Oí los sollozos de Veronika. Le suplico, balbuceaba en voz baja, déjelo, ¿qué le puede decir? ¿Qué le puede decir?

¿Alguien va a hace callar a esta puta alemana?, dijo furioso el comisario Kostja. ¿Cómo vamos a interrogarlo si esta tipa está acá lloriqueando? Llévenla afuera. Se abrió la puerta y en la débil luz vi la silla dada vuelta de la que había caído Leo Zarnik. Estaba junto a la pared, a su lado estaba Peter que lo arrastraba de vuelta al medio de la habitación. Tenía el rostro todo ensangrentado, parpadeaba con un solo ojo, le brotaba saliva y sangre por labios.

El otro oficial de inteligencia, un muchacho joven de pelo oscuro con la camisa arremangada, le ató a Veronika las manos a la espalda y la empujó por la puerta. Vigílenla, dijo. Primero vamos a ocuparnos de este soplón de la Gestapo. Después le toca el turno a ella. Estuvo un tiempo en la puerta con los pies separados. ¿Qué pasó con el otro?, masculló. Miró al de Primorska, que estaba apoyado en la pared con los oídos tapados. ¿Qué almita frágil, no?, dijo y se volvió hacia Janko, mandalo abajo de guardia, no se vaya a mear encima él también. Salió y se limpió las manos llenas de sangre en la nieve. Se echó nieve por el rostro también, y se la refregó; tenía calor. Después fue adentro y cerró la puerta. Veronika estaba de pie en la nieve y miraba hacia abajo. Limpié el banco que estaba al frente de la casa y lo cubrí con una manta. Me miró agradecida. Recién ahora me reconocía. Esperé que dijera, Ivan, ¿de qué se trata todo esto? Tal vez incluso: Ivan, vos sos uno de nosotros, ayudanos. No dijo nada; se sentó en el banco, los hombros le temblaban.

Adentro la cosa continuaba. ¿Conocés a Wallner? ¿Conociste a Remškar? ¿Cuánto hace? ¿Sabías que Remškar era un agente? Lo liquidamos, y si no hablás te vamos a liquidar a vos también. ¿Sabías que trabajaba para Wallner? Zarnik contestó algo ininteligible. ¿Quién es Hubmayer? ¿Era el nexo entre vos y Wallner? Hubo golpes. No sé cuánto tiempo duró. Yo nunca había oído hablar de Remškar. Salieron otros nombres; ellos sabrían de qué estaban hablando. Y caían los

golpes, sordos, los gritos del interrogatorio cortaban el aire en la noche. Tardé menos de una hora en llevar a aquel criador de caballos hasta el camino al valle, y cuando volví esto era una carnicería. Tampoco sé cuánto tiempo pasó hasta que se cansaron. Oí que Kostja decía: ahora vamos a interrogar a la puta, a ver qué hacía en Berlín.

Veronika oyó sus palabras. Me miró implorante y aterrorizada. Como Jožica, cuando yo estaba de guardia en la entrada. Con una mirada que creía que yo podía ayudar en algo, o al menos explicar algo.

Yo daba vueltas por la nieve y miraba hacia el valle. Abajo, aquellas pocas luces titilaban a lo lejos. Me pareció que ya había más. En las chacras, la gente se levantaba y tomaba leche caliente, se preparaban para ir a los establos, pronto sería de mañana. Janko arrojó una manta en el banco junto a Veronika y se sentó a su lado. Se sacó los guantes, tomó las manos de ella entre las suyas y las sopló para calentarlas. Le pasó el brazo por sobre los hombros. Yo sólo lo miré azorado: ¿y esto ahora qué era? Él le habló en voz baja, como si le dijera que todo iba a estar bien. Ella asintió, él deslizó la mano de él hasta su cadera. Él seguía hablándole; pensé que si se abría la puerta, iba a tener que vérselas con Kostja; pensé que menos que con Kostja se podía joder con Peter; él se iba a enloquecer si veía lo amable que era Janko con la sospechosa. Pero nada de eso sucedió.

Después adentro todo volvió a empezar. Con cada golpe y cada grito a Veronika le temblaba todo el cuerpo. Pasé por muchas cosas y vi y oí muchas cosas en aquellos meses de combate por las montañas de Gorenjska, pero eso no podía tolerarlo. Como evidentemente tampoco podía aquel de Primorska, que estaba apoyado en el árbol con los oídos tapados y rogaba que lo mandaran a la guardia, lejos de ahí. Yo también quería estar lejos de ahí. Me resultaba difícil; al fin y al cabo esta gente era casi mi gente. Lo que más quería era huir de ahí, irme por el camino hasta el que había llevado a aquel criador de caballos, y en casa echarme sobre el heno. No hui, sólo me fui al rellano nevado junto a la cabaña, pero era lo suficientemente lejos como para ya no poder oír nada. Quería que ocurriera sin mí. Corté algunas ramas de abeto, me senté sobre ella y me apoyé en el árbol. Me adormecí por el cansancio. Cuando desperté me pareció que había dormido sólo unos segundos. Miré el reloj y vi que habían pasado más de dos horas.

Cuando volví a la cabaña, se estaban preparando para irse con el amanecer. Nadie se había dado cuenta de que yo había faltado tanto tiempo. Estábamos cansados como perros de caza después de una larga marcha, no habíamos dormido en toda la noche. Oí que Kostja y Janko estaban discutiendo; Kostja decía que era mejor esperar el día cerca de aquí y avanzar cuando cayera la noche. Janko decía que con

toda probabilidad los alemanes nos estaban persiguiendo, y que donde primero nos iban a buscar era aquí. Hacia arriba de inmediato y por el desfiladero hasta el campamento del batallón. Kostja dijo en marcha y nos fuimos. No me atreví a preguntar dónde estaban los interrogados. Esperaba que los hubieran mandado al valle, como yo a aquel criador de caballos. Tenía el rostro de ella todo el tiempo ante mis ojos. La expresión de cuando salió de la cabaña y le limpié el banco para que pudiera sentarse. La luz de la cabaña le daba en el rostro; bajo la gorra le asomaba el pelo rubio; me agradeció, me reconoció y me miró como si yo pudiera hacer algo. No sabía qué había ocurrido después. Antes de alejarme hacia el bosque había vuelto a mirarme; me pareció que iba a decir oí que vas a casarte, Ivan. Cuando la vi por última vez estaba sentada en el banco con Janko. Quise preguntarle a él qué había pasado después. Pero subíamos resoplando por la montaña y se me nublaba la vista por el agotamiento. Tenía frente a mí el rostro ensangrentado de Leo. Si así había vuelto a casa, sin duda iba a pensárselo cien veces antes de volver a recibir a algún oficial alemán. Cuando llegamos a la cima y se abrió ante nosotros la planicie nevada iluminada por el sol allá abajo, me apoyé en un árbol junto a Janko, que estaba ahí acuclillado y buscando algo en la mochila. Me miró, y aunque apenas podía tener los ojos abiertos, me guiñó un ojo.

Y no hizo falta andar en moto, dijo morboso.

Un frío helado me corrió por la espalda.

No habrás... a la pobre mujer, le dije jadeando.

Accedió solita, dijo él.

Me metí una bola de nieve en la boca para ahogar la vaharada caliente que me venía del pecho. No quise entender.

¿Y dónde están ahora?, pregunté con voz ahogada.

Preguntale a Bogdan, dijo Janko con un tono extraño, y se paró con la petaca en la mano, él fue el último que estuvo con ella.

¿Qué último, qué último, qué último?, grité. O sea, que también otros, primero Janko, después también los otros, con ella, con Veronika. El último había sido Bogdan, el trabajador vial con ojitos diminutos y manazas como palas. Janko intentó sonreír, pero su voz estaba un poco ahogada, preguntale a él, a Bogdan. Qué le voy a preguntar, dije, empecé a sollozar, de pronto odiaba su sonrisa, su voz, me le tiré encima. En el envión lo hice rodar en la nieve, lo golpeé y le clavé las uñas como garras en el rostro y el cuello; lo empecé a acogotar hasta que se le saltaron los ojos. Lo estaba asfixiando, le salía un sonido gangoso desde la garganta como si quisiera pedir auxilio. Oí a Kostja gritar: ¿se volvieron locos? Los otros se abrían paso por la nieve espesa hasta nosotros dos; unas manos me aferraron y arrancaron de Janko. Dos me ataron las manos a la espalda, me empujaron a la nieve; alguien se me sentó encima, en la

cabeza, y me hundió el rostro en la nieve; me faltaba el aire, sentí que alguien me sacaba el rifle de los hombros y me desabrochaba el cinturón con el revólver. Oí que Kostja decía: ¿está desarmado? La presión del cuerpo sobre mí cedió; alcé la cabeza de la nieve. Muy bien, dijo Kostja. Estás arrestado. Atacaste a un compañero en medio de una misión. En el batallón decidirán qué van a hacer con vos. Janko y yo nos pusimos de pie.

Maldita sea, resopló Janko, maldito campesino estúpido, ¿te volviste loco? Cuando vio que las armas apuntaban hacia mí, trató de suavizar la cosa, fue una pelea amistosa, dijo y trató de reírse entre los labios ensangrentados.

Por una pelea de amigos como ésta, dijo cortante Kostja, se va al batallón decimotercero.

Yo sabía qué era el batallón decimotercero: disparo por la espalda.

No me devolvieron las armas. Caminé en mitad de la fila, detrás de mí venía Bogdan apuntándome con el rifle; cada vez que me detenía, me lo metía entre las costillas. Alrededor de mediodía llegamos al campamento del batallón bajo el acantilado rocoso. Seguía sin saber si finalmente habían soltado a Veronika. Y qué había pasado con Leo, a quién habían golpeado terriblemente. No sé por qué esperaba que sólo les hubieran dado una lección, una lección tremenda, y que ahora estuvieran en la mansión vendándose las heridas.

Abrí una lata de conserva, me tragué el contenido, me acosté en la tienda y me dormí de inmediato.

Cuando me desperté ya era de noche.

Alguien roncaba muy fuerte a mi lado. Lo sacudí un buen rato, se callaba por un momento y después seguía, más fuerte todavía. Al final palpé su rostro en la oscuridad y le apreté la nariz. Boqueó y se alzó sobre sus codos. Encendí un fósforo; era Bogdan, jadeando aterrorizado con sus diminutos ojos parpadeantes. Pero qué diablo, dijo cuando me reconoció, ¿qué me despertás?

Bogdan, susurré, ¿qué pasó en la cabaña de caza?

Yo con vos no hablo, masculló.

Todos estaban furiosos conmigo porque me había arrojado sobre Janko y casi lo había estrangulado. Después de un momento agregó: sabés que estás jodido.

Tal vez, dije. ¿A ese... agente de la Gestapo, a ese lo mandaron al valle? ¿Como al criador de caballos?

Estuvo en silencio un tiempo. Bogdan era lento. Tenía que pensar cómo era que yo no sabía lo que había pasado, si había estado ahí en la acción. Después su cerebro lento pergeñó un: ¿vos estabas... en la cabaña... de guardia?

Sí, mentí. No podía decir que casi me habían dado náuseas. Que por así decirlo me había escondido lejos de la cabaña.

¿No sabés lo que pasó?

No.

La quedó, dijo. Peter se puso como una bestia porque el canalla no quería hablar. Un manotazo demás y no volvió a despertarse. Le echamos agua y lo frotamos con nieve, pero él ya estaba del otro lado.

¿Y ella?

Con ella nos divertimos un poco.

¿Quiénes?

Primero Janko, después los otros.

¿Vos también?

No contestó. Dijo que no podían soltarla después de lo que había ocurrido.

Y ahora dejá de preguntar, dijo. Mejor preparate, porque por la mañana vas a tener que responder las preguntas vos. Ante el consejo de guerra.

No pregunté nada más. No quise saber cómo la habían matado también a ella, ahora que sabía cómo había muerto su marido. Sabía que no había sido de un disparo, porque estábamos en una posición... Ya en retirada. Y ahí no se dispara.

No dormí en toda la noche. Escuchaba los ronquidos de Bogdan y temblaba pensando qué había sucedido con Veronika. Yo no quería eso cuando le dije al jefe de estación lo que finalmente le dije. Lo que intuía por las palabras de Bogdan, aunque no conocía los detalles, iba más allá de mi razón. Ya era demasiado con lo que me había dicho Janko. La última vez que los vi estaban sentados en un banco, y él le deslizó la mano hasta la cadera. Dijo que no había hecho falta andar en moto. Pero si ella hubiera andado en moto y hubiera ocurrido eso, habría sido una cosa muy distinta. Esto en cambio... Me enloquecí, lo ataqué, lo estrangulé. Aquella noche no dormí. Mis pensamientos saltaban de Janko a Veronika, y a este hombre roncando a mi lado, Bogdan, y volvían a empezar. Y al juicio que me esperaba al otro día.

Al menos no hubo juicio. No había terminado de amanecer cuando nos despertó un disparo aislado. Hubo un rato de silencio, después se descerrajaron unas ráfagas. Ya todos estábamos frente a las tiendas cuando llegó corriendo el guardia y gritó: los alemanes.

Nos arrastramos por la ladera todo el día, bajamos por un desfiladero que no conocía. Ahí descansamos un poco junto a la corriente congelada de un arroyo. No pasó mucho tiempo antes de que volviera a tronar. Los disparos venían desde donde menos los esperábamos, desde arriba. La avanzada que ya estaba en camino se había topado con los alemanes; veía cómo se movían las figuras rápido entre los árboles a los dos lados del desfiladero. Estaba todo verde por sus uniformes y evidentemente no tenía ningún sentido arriesgar un enfrentamiento. Volvimos a bajar por donde habíamos

subido, saltando piedras y cayendo en las grietas entre el hielo, arrastrando la retaguardia en la huida, y después de unos diez, no sé, veinte minutos, cuando volvió a reinar el silencio, avanzamos por la ladera escarpada entre los abetos nevados. Después bajamos deslizándonos sobre nuestros traseros desde la cima a otro desfiladero y volvimos a subir; no era posible que hubiera una emboscada también aquí: si avanzábamos hacia abajo hubiéramos debido bajar al camino, lo que era igual a dejarse fusilar ahí abajo. Así que volvimos a subir, jadeando, mojados, agotados, teníamos la sensación de que dejábamos el alma. Recién al anochecer estuvimos bajo el acantilado rocoso. Por debajo había un poco de nieve arrastrada y el pedregullo de la roca casi seco. Kostja envió patrullas y todos volvieron con buenas noticias; los verdes no estaban cerca, habían ido en otra dirección. Armamos el campamento. Janko dijo que íbamos a estar ahí por unos días; con suerte, ésa era una buena posición: con buena visibilidad y a la vez segura. Le pareció sensato que nos hubiéramos retirado hasta tan arriba. Aunque aquel invierno nos habíamos movido bastante y a conciencia por los bordes del bosque, y hasta habíamos bajado a los pueblos, después de la acción en la mansión Sotomontana era claro que nos iban a tratar de encontrar y rodear. Aquí arriba eso les iba a costar mucho. Estos alemanes de la ocupación no eran gran cosa; en su mayoría eran hombres grandes de nuestra tierra o de Koroška, de Carintia. Los que realmente sabían tirar estaban en Italia o en Rusia. Kostja nos leía a menudo las noticias diarias sobre los avances del Ejército Rojo y la retirada de los alemanes de Italia. Pero cada vez que reunían un buen número de alemanes de los de acá, tampoco era chiste; sus rifles no mataban menos que las armas de los SS. Además, no dejaban nada librado al azar; cada vez que iba a una persecución llevaban con ellos ametralladoras pesadas y morteros.

Bajo aquel acantilado rocoso reinaba la calma.

A mí ya me estaba preocupando cuándo iban a interrogarme; ahora era un buen momento. Pero Janko vino riéndose, me palmeó la espalda y dijo: ¿qué pasa, Jerko, tenés miedo? Yo sabía qué quería decir. No que me dieran miedo los alemanes, sino el interrogatorio por el disturbio durante la acción. Por el ataque a un compañero en combate. No tengas miedo, dijo antes de que pudiera contestarle, amistoso como antes, se sonrió: ya está todo arreglado. Le dije a Kostja, dijo, y al comandante del batallón, que yo te había pegado primero. Y vos sos un campesino obstinado y me devolviste el golpe.

No sé si le agradecí. Sólo respiré aliviado. Y un instante después me dormí. Con el alivio me olvidé de Veronika y de todo lo que había ocurrido en el puesto de caza. Cuando es una cuestión de vida o muerte, la vida es lo primero, no importa nada más. Y en mi caso se

trató de una cuestión de vida o muerte dos veces: allá arriba podrían haberme llevado las balas de los cazadores alemanes, como se lo llevaron a ese de Primorska y su cadáver quedó tendido en la nieve espesa; podrían haberme llevado también a mí, o a Janko, si éramos como fieras perseguidas en la cacería, y ellos como monteros y cazadores sin compasión. Y no ellos, me habrían llevado los nuestros, lo cual era lo más probable. Y de eso me salvó Janko. No sólo del interrogatorio y la muy probable condena. Con su hábil retirada por picos y desfiladeros que conocía muy bien nos salvó a todos la vida. Dos veces me salvó. Más tarde no hablamos de eso nunca más. Ni de lo que pasó en la cabaña de caza ni de que con su mentira de seguro me salvó la vida. Por cosas como ésa, en ese entonces se iba al decimotercer batallón, eso todos lo sabíamos. Hizo algo muy grande por mí. Aunque los alemanes nos estaban persiguiendo, después de sus palabras me tranquilicé por completo, me arrastré hasta las ramas de abeto bajo la tienda junto al gran cuerpo tibio de Bogdan, que ya temblaba con los ronquidos, y me dormí inmediatamente.

Pero justamente aquella noche, bajo el despeñadero de rocas, vino a mí por primera vez la aparición que nunca más me abandonó. Muchos años después de la guerra seguía viniendo a mí a eso de las cuatro de la mañana, en esa extraña hora cuando la noche aún no se ha ido y el día aún no ha llegado. Entonces llegó, en mi sueño sobre las ramas de abeto bajo el despeñadero de rocas. Y aún ahora viene, aún estoy tendido sobre las ramas de abeto, Bogdan ya no está en ningún lado, miro hacia el valle como aquella noche. Primero divisé a lo lejos, allá abajo, un montón de plumas oscuras que estaban agazapadas en la punta de un abeto. Era una noche clara, la luna casi llena iluminaba el paisaje a mis pies. Bogdan, que poco antes roncaba a mi lado, ya no estaba en ningún lado; ni Janko, ni el comisario Kostja ni los otros compañeros; pensé que se habían ido así como así y me habían dejado solo ahí en la cima, donde ya no había bosque; sólo rocas nevadas, hielo, frío. Después de aquel amasijo gris de plumas aparecieron las alas; era un gran pájaro que extendía sus extremidades, era como si tuviera grandes manos como palas. Las agitó y se elevó. Por un rato sobrevoló el bosque; después vi que me miraba. Era raro, porque estaba tan abajo allá por sobre el bosque y sin embargo yo veía sus ojos, amarillos, parpadeantes, en medio de la cabeza que era como una cruza de pájaro y rata. Su pico tenía dientes de rata y era grande, afilado; sabía desde la infancia que con él los halcones rasgaban la carne de los corderos perdidos. Pensé que las águilas y los ratoneros tenían los picos corvos; este pájaro tenía el pico completamente recto y en los bordes tenía pequeños dientes afilados. Recordé dónde había visto un pico así: en la pared del vestíbulo de la mansión, donde estaba el cocodrilo embalsamado. Aquella cabeza que

me parecía una cruza de pájaro y rata era la cabeza del cocodrilo, cubierta con una piel envejecida, rugosa, gruesa; miraba hacia todos lados, y después volvió a mirarme a mí y empezó a acercarse con grandes aleteos. Corrí, se abrió ante mí una meseta ancha y rocosa, buscaba frenético con la vista un lugar donde pudiera esconderme, alguna gruta o una abertura bajo la roca. Y sobre mí revoloteaba aquel gran animal emplumado. Corrí mucho, como si aquella huida fuera eterna, después me enredé entre unas zarzas nervudas entre las rocas y caí. Estaba tendido de espaldas, como una oveja antes de ser carneada, como un cordero al que el gran pájaro iba a empezar a rasgar la carne, devorarla y llevarse a sus crías. En ese momento se me ocurrió algo. A mí no, grité, a mí no. Allá abajo hay dos muertos, dije rápidamente, andá allá. Señalé el límite alto del bosque, ahí yacían Veronika y Leo, sus cuerpos ensangrentados. Su carne aún está tibia, dije, a ellos, arrancales la carne, devoralos. El pájaro volvió la cabeza con su rostro de rata, de pájaro, de cocodrilo, volvió a revolotear y se fue volando en la dirección que le había indicado. Tenía un grito en la garganta, pronunciaba palabras confusas, en el cielo estrellado mi alma quería aullar palabras de alegría porque el pájaro se había ido volando, pero no podía pronunciarlas porque también eran palabras de dolor. Por ella, por Veronika, que estaba tendida con su pelo rubio, su gorra tirada en la nieve; yo veía su rostro con nitidez, su ojos abiertos, vacíos, que me miraban.

Cuando desperté y miré afuera, vi que la luz plateada de la luna bañaba las rocas, el bosque y nuestro campamento. Había una figura apoyada en la roca; era el guardia, a quien se le caían los párpados de los ojos. Bogdan seguía roncando.

Como por los pueblos de los alrededores corrían voces sobre la desaparición de los dos dueños del castillo, el comisario Kostja escribió un informe sobre su ajusticiamiento. Para que se sepa, dijo cuando lo leyó, y para que se acuerden. Habían sido declarados culpables de colaborar con la ocupación, con la ayuda de un contacto habían trabajado para la Gestapo, en especial para el conocido chupasangre de la nación eslovena Wallner. Bajo la fachada de reuniones de negocios, Zarnik llevaba bajo su techo a los peores criminales, y su mujer lo ayudaba en la empresa. Nadie se deje engañar por las habladurías de que ayudaron en la Lucha por la Liberación, porque esto sólo fue una máscara para sus actos de traición. Las máscaras han caído y el tribunal del pueblo ha dictado sentencia.

La hoja volante fue reproducida con una técnica secreta en la imprenta de que nos había provisto Zarnik. La pregunta era cuánta gente la había tenido entre sus manos, porque muchos años después de la guerra seguían llegándome rumores de que habíamos matado a

dos personas inocentes y estupendas, así decían, que eran personas estupendas que cuidaban bien de su gente. Y ayudaban a los partisanos. Y también aquellos rumores de que todavía los teníamos encerrados en los bosques de Kočevje y que ya iban a volver. Un informante, porque después de la guerra mantuvimos y ampliamos la red de informantes, trajo un rumor que era el que más le gustaba a nuestra gente.

En el año 44 un empleado forestal de Jasna encontró en el bosque cerca del puesto de caza de Zarnik una cabeza de mujer en descomposición con cabello rubio que un zorro había sacado de una tumba superficial y arrastraba por los alrededores. Esos rumores son los que más les gustan a las gentes de esta zona, cuanto más horripilantes y aterradores, más los repiten. Durante la guerra se habló mucho, pero después se olvidó; aunque las habladurías sobre esa cabeza de mujer no se acabaron ni siquiera después de la liberación. En el año 46 empezamos a buscar a aquel empleado forestal en Jasna, pero no encontramos a alguien así ni siquiera después de varios meses. Por eso encerramos al siervo de Gorenja vas, que siempre estaba borracho y era el que había contado eso en el restaurante. Él tampoco conocía al empleado forestal. Así que había mentido. Después de un breve procedimiento fue condenado a dos años por propaganda falsa. No lo vi más. Tampoco le creí. De a poco fui olvidando esas habladurías; había mucho trabajo, había que construir todo de nuevo.

Después de algunos años Bogdan volvió a levantar el avispero con una pavada que provocó que volviera a hablarse de aquellos sucesos. En septiembre del 54, cuando ya todos nos habíamos dispersado a los cuatro vientos y nos encontrábamos sólo en las conmemoraciones, fuimos en tren a Ostrožno. Ahí volvía a hablar el mariscal, como en mayo del 45 en Liubliana. Dio un discurso decidido ante una gran multitud emocionada; después comimos gulash de las marmitas, tomamos un poco de vino y revivimos viejas épocas. En el camino de vuelta, Bogdan iba por el tren con una damajuana de vino en sus manazas como palas y de jactaba de sus condecoraciones. Finalmente se sentó entre un grupo de gente joven de nuestra tierra; lo miraba mientras estaba contando y ellos lo escuchaban con los ojos abiertos. Ésas fueron las escenas durante muchos años después de la guerra; todos querían saber de nosotros, cómo habíamos luchado y qué habíamos vivido. Todo estuvo muy bien hasta que Bogdan, con todo lo que había tomado, se fue de boca y dijo todo lo que le venía a la cabeza.

Después de unos días vino a verme un hombre de Liubliana, me mostró su credencial del servicio de inteligencia, Ozna, y dijo que lo mandaba el compañero Peter. Esperaba que yo supiera quién era el compañero Peter. Claro que sé, lo conozco desde los días de lucha.

Todos conocemos al compañero Peter. Me preguntó si conocía bien al compañero Bogdan, empleado de la administración vial. Cómo no, muchas noches pasó roncando a mi lado en el bosque, dije en broma. Por eso mismo, dijo el de inteligencia, el compañero Peter piensa que lo mejor es que primero hable con él su compañero de armas, antes de que nosotros tomemos la cosa en nuestras manos.

Resulta que Bogdan, en aquel tren ante esa gente joven, había contado que en el invierno del año 44 le habían encargado la tarea de enterrar a una mujer ajusticiada. En el bosque había mucha nieve y la tierra estaba helada; no tenía tiempo de cavar una fosa del largo necesario. Así que le cortó las piernas a la mujer y después todo estuvo listo enseguida.

Peter me pedía que fuera a hablar con Bogdan y le explicara que no estaba bien hablar tonterías e inventar cosas, y que sí estaba bien cerrar el pico. Fui a buscarlo y le dije eso. Me miró parpadeando con sus ojos diminutos. Tenía las grandes manos sobre la mesa y me pareció que temblaban un poco. Tal vez era también porque en la mesa no había ningún vaso. Le dije que estaría bien que, además de cerrar el pico, tomara menos. Eso no, dijo. Mucho tuvimos que padecer en los malditos bosques. Fue todo lo que dijo. No le pregunté si era verdad lo que había chismorreado en aquel tren. Tal vez no quería oír la respuesta.

Yo aquella noche que supe de sus charlatanerías volví a soñar con aquel pájaro negro que revoloteaba sobre mi cabeza mientras yo estaba quieto allá arriba en una meseta rocosa. Eso había soñado también después de la acción en Podgorsko, cuando dormía junto al gran cuerpo tibio de Bogdan.

Tal vez la cagamos un poco, como dijo el compañero Janko Kralj hace dos semanas, cuando lo visité en Liubliana. No teníamos pruebas contundentes, es cierto. Pero hay que comprender que éramos jóvenes y estábamos enloquecidos por la lucha incesante, nos perseguían como a fieras, como también decía el compañero Janko, y a veces nosotros teníamos que devolver el golpe sin compasión. Tenía razón. Mi hijo, Janko, que lleva el nombre de mi amigo, lo va a entender cuando algún día se lo cuente. Que sabíamos y teníamos que devolver el golpe. No eso que pasó con los del castillo en la cabaña de caza, eso no necesita saberlo. Es suficiente que sepa lo que está escrito en los libros que tengo en el estante; fueron ajusticiados. Que sepa que estábamos todo el tiempo entre la vida y la muerte, todo el tiempo en esa hora cuando no se sabe si es de noche o de día. Cuando de un lado cuelgan los cuernos de la luna, y del otro ya está saliendo el sol. Cuando era joven, a esa hora iba a segar y miraba al cielo, para ver si desde algún lado se asomaba alguna nube. Entonces también va a entender, mi hijo, por qué tengo en la pared eso a lo que él llama una

pintura horrible, y por qué a veces me siento con un vaso de vino en las manos entre los compañeros que ya no están. Como no está ya Janko, a quien hoy enterramos y cuyo diminuto cuerpo está en un ataúd, en nuestra tierra siempre fría.

BÄRENHAUS
EDITORIAL